María Man Ging

LABORATORIO BÖRN EYJARINNAR

LABORATORIO BÖRN EYJARINNAR

María Man Ging

Primera edición: noviembre de 2020
Copyright © 2020 María Fernanda Man Ging Quintero
Ilustración de cubierta: María Man Ging

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, escaneada ni distribuida por ningún medio existente o por inventarse, sin el permiso previo, por escrito, de la autora. Diríjase a manging.mf@gmail.com en caso de solicitudes.

ISBN: 9798567142172
Independently published

ÍNDICE

PRELUDIO EN LA BEMOL MENOR
PRIMERA PARTE. EXPOSICIÓN
Motivo B102
Compases hasta la cadencia deceptiva
Compases hasta el silencio dramático
Compases hasta la semicadencia
Compases hasta la cadencia frigia
Compases hasta la cadencia plagal
SEGUNDA PARTE. LOS TRES EPISODIOS
Episodio 1: los seres de la nave
Episodio 2: éxodo
Episodio 3: canto de ísidore
FLORITURA

Preludio en la bemol menor

La función de medición horaria se llevaba a cabo con eficacia. «18:00». Miré hacia afuera por la ventana en busca de respuestas al cosquilleo en la frente. ¿Sería un presagio? Quizás. O un tumor no detectado que producía síntomas con la luz. Me levanté de prisa. La vibración de los objetos, la hora, la humedad, todo indicaba que un suceso extraordinario acontecería y no había más opción que resignarse. *Pater Noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum*[1]. ¿Continuaría el tremor de los días anteriores? *Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra*. No lo sabía. Solo tenía la certeza de obtener un castigo divino mayor si no rezaba. Y ya eran suficientes condenas. Ya no más. *Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra*. Algo en el exterior tenía el poder de llamarme e invitarme a salir. O era mi instinto de supervivencia actuando ante las señales predecesoras de la catástrofe. ¿Ocurriría otro temblor? *Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo*.

Me fui. Debía encontrar un lugar abierto y caminé hacia la llanura. Con el cuerpo debilitado me tumbé en el suelo y esperé que el contacto con la hierba me diera descanso, no obstante, fue más incómodo de lo imaginado. Las piedras angulosas me hirieron la piel y las hormigas emergieron de la tierra para huir de la destrucción provocada por mi peso. *Gloria Patri, et Fili, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum*. Sentí que la calidez golpeaba con fuerza mis mejillas mientras me embriagaba un olor parecido al de la canela. Todo era familiar y a la vez errático. *Amen*.

Me quedé en el terreno, quería que llegara la noche y esta fuera como un animal que, sin previo aviso, me tragara. Mas el crepúsculo estaba lejos. Y distantes también los dioses que me abandonaron en un mundo terrorífico. Fijé la mirada en un punto muerto del cielo donde solo las nubes grises eran la amenaza. Vi sus formas a varios kilómetros. Cumulonimbos, pensé. Tú me lo enseñaste. Nube de desarrollo vertical formada por una columna rotatoria de aire ascendente generada en la atmósfera por contraste térmico. Venía una tormenta, sin embargo, no tuve tiempo para procesarlo, la tierra

volvió a sacudirse con movimientos trepidatorios leves. Otro sismo. Por sus características, el epicentro estaría lejos. ¿Cómo saberlo? No había manera de verificarlo. ¿Qué más miseria quieres traer ante mí?, cuestioné y pedí perdón. Perdón. ¡Pero no tenías que hablar de la ciencia! No debías compartir tus discursos y luego dejarme a la suerte. Qué momento tan estúpido de nostalgia: los enjambres sísmicos no cesaban, asomaba la tormenta y lo relacionaba todo contigo. Me giré para no pensar y las luces desaparecieron en la hierba. ¡Si con juntar y apretar los párpados era suficiente, me rehusaba a abrirlos una vez más!

Algo me fastidió en la cara y me sacudí para mirar.

Hormigas.

Acromyrmex. Las reconocí por su rojo oscuro y sus cuatro pares de púas en la parte trasera del tórax. Sus cerebros complejos recuerdan el olor de los miembros de su colonia para orientarse. De pronto, me pareció que hacían demasiado ruido. *Toc toc toc toc*. Como si gritaran. Rodé tres veces hasta apuntar de nuevo la cara en dirección al cielo. Gris. Cumulonimbos. *Tantum ergo sacramentum veneremur cernui: et antiquum documentum novo cedat ritui*. El viento era tan hiriente y convulso como las imágenes en mi memoria. *Praestet fides supplementum Sensuum defectui*. Aparecía tu silueta y cubría una pizarra acrílica. *Genitori, genitoque laus et jubilatio*. La perspectiva lineal. *Salus, honor virtus quoque sit et benedictio*. El libro y tu dedo que enseñaba mi error en la ecuación. *Procedenti ab utroque compar sit laudatio*. Tu boca abierta y suplicante. *Amen*. ¿Por qué me enseñaste el mundo y permaneciste como alucinación? Aquí. Conmigo. En mí. Sonriendo al flash de la sinapsis.

Me asusté cuando al fin empezaron a caer gotas y el ambiente convirtió su dulzura en efluvio amargo de bacterias. Petricor. Efervescencia de aerosoles a causa del agua en contacto brusco con la geosmina y los aceites exudados por las plantas. Tú me lo enseñaste. ¡Basta! Me puse en pie y corrí tras los sauces. Y quería, de verdad quería, que todo fuera un aterrador delirio que después habría de olvidar.

Que se esfumara todo junto a tus malditas nubes y tu maldita ciencia. *Deus meus, Deus meus*. Ignoraba por dónde iba. *Ut quid dereliquisti me*.

La lluvia incrementó su fuerza y destellos de luz se conjugaron con melodías de procedimiento fugal: preludios a los que les sucedían polifonías vertebradas por contrapuntos entre líneas instrumentales de tonalidades diversas. «No más de esos recuerdos», pedí por favor. Tan solo anhelaba algo que me calmara.

Lluvia.

Hormigas.

El clave bien temperado.

Había que tranquilizarse.

Cumulonimbos.

Anima Christi, sanctifica me. Disfracé mi voz interior con la tuya y el «tranquilízate» que me repetí adquirió más poder del que imaginé. Quizás más del que habría tenido si hubiera sido real. *Corpus Christi, salva me*. Gracias por prestarme tu voz. Aunque en realidad no me la prestaste, la usé sin permiso. *Sanguis Christi, inebria me*. Entonces, gracias por haberme hablado. Mi memoria te tomó como el mejor recurso para consolarme. *Aqua lateris Christi, lava me*. No. No te tomó a ti, sino a lo que escuché y lo que sentí por quien creí que eras en determinado momento. *Passio Christi, conforta me*. Me entristecí sin poder llorar. *O bone Iesu, exaudi me*. O acaso lloré, solo que mis lágrimas se confundieron con la lluvia. *Intra tua vulnera absconde me*. Sacudí mi cabeza de un lado a otro. *Ne permittas me separari a te*. Y corrí con más fuerza. *Ab hoste maligno defende me*. Comencé a ver el agua de un anormal púrpura. *In hora mortis meae voca me*. ¿Estaba soñando? ¿Era yo un sueño? *Et iube me venire ad te*. El sueño de alguien muy triste. El sueño de un violinista. *Ut cum Sanctis tuis laudem te in saecula saeculorum. Amen*.

No debía parar. La lluvia ya era torrencial y todos saben que en tales circunstancias los monstruos se manifiestan. Surcan y calientan el aire a más de veintiocho mil grados centígrados generando ondas de choque que se traducen en un horripilante estruendo. Y cuando eso sucede, ni las más gentiles elaboraciones de la imaginación pueden batallar. Era obvio, había que refugiarse pronto. Avancé sin evadir los charcos. Sentí la textura pegajosa y diluida de la tierra transformada en lodo. Entonces ocurrió lo insólito, lo que tal vez esperaba desde que salí: el cielo comenzó a aclararse hasta convertirse en una poderosa luz blanquecina enceguecedora que volvió al aire un cuerpo pesado.

La lluvia cesó en cuestión de segundos.

Caí al piso.

Me hundí en la vegetación y la tierra.

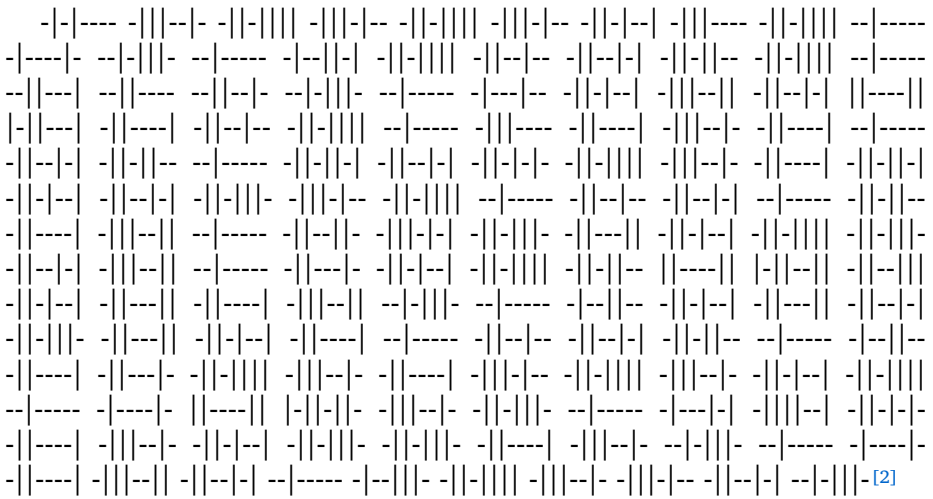
Hormigas.

Pater Noster, qui es in caelis.

El destello, como lo llamaron los sobrevivientes, acabó con dos tercios de la vida en el planeta.

PRIMERA PARTE
EXPOSICIÓN

MOTIVO B102



COMPASES HASTA LA CADENCIA DECEPTIVA

Es un acontecimiento inusual realizar una misión de traslado en la época próxima al afelio. En latitudes del extremo norte, la excentricidad de la inclinación del eje planetario acorta la distancia con la enana amarilla Sōwilō, estrella cercana de tipo espectral G, y hace que sus rayos incidan de manera directa.

En tales condiciones, salir se torna peligroso. Se tuvieron que calcular los tiempos con sumo rigor a través del ángulo de salida, cenit, declinación, escalada, diámetro angular y crepúsculo astronómico, para evitar la radiación electromagnética y sus consecuencias.

La comandante Sunna nunca ha visto la luz sōwilar en toda su magnitud y tampoco es algo que desearía hacer. Le basta con el alarmante resplandor permanente que deja tras de sí el cortísimo ocaso en ese punto de la órbita. Se mantiene de pie y con los brazos cruzados. Lleva varios minutos en la misma postura, si bien eso no parece perturbarla. Lo que sí le incomoda es la escafandra con doble capa de poliparafenileno tereftalamida para la protección. Suspira. Con cierta impaciencia consulta la hora en su nanoimplante B102. «26:18», le informa la lectura. Sabe que es tarde y que pronto terminará el período seguro en el exterior. Está preocupada, mas impide que su rostro lo demuestre. Irradia tanta confianza como si el éxito del traslado fuera indiscutible, aunque no puede confirmarlo. No todavía. Y su presencia allí refleja la gravedad del asunto. Una aceleración en el ritmo cardíaco es indicadora de ansiedad. Tiene motivos para experimentarla, hace dos horas debieron aparecer los encargados de las misiones.

Adalberg la contempla como si le hubiera escuchado gritar esas palabras.

—¿Estás ansiosa? —él pregunta por el intercomunicador, motivado en confirmar sus sospechas.

—No —miente rompiendo el propio estupor y esboza una ligera sonrisa.

—Ya veo.

La comandante utiliza su visión periférica para observar por unos segundos a través del casco y luego vuelve a clavar la vista en el

horizonte. Había olvidado que Adalberg estaba a su lado y notarlo le trajo tranquilidad. Pero no la suficiente. Todavía le angustia la hora y la solicita de nuevo a su B102. «26:22». En treinta y ocho minutos la radiación les causaría reacciones tisulares, síndrome hematopoyético, gastrointestinal y cerebrovascular. Una hora más de espera y las alteraciones en el ácido desoxirribonucleico serían permanentes.

—Sunna, ¿considerarías prudente regresar?

—Prudente, aunque imposible.

—Nos hemos mantenido en espera más de lo necesario y la ventana de seguridad terminará pronto.

—Correcto, pero el tiempo transcurrido carece de importancia en esta situación. Tenemos que estar presentes cuando los misioneros arriben.

—¿Sí? ¿Y si se arrepintieron de emprender el viaje y retornaron?

—Con tanto tiempo afuera, ya nos habrían avisado desde la base. Llegarán, ten pa —deja suspendida la frase y gesticula una mueca—. Los veo acercarse por la llanura.

Adalberg le sigue la mirada en dirección al este. Primero distingue el fiordo y luego, en la planicie, logra divisarlos. Lanza un resoplido de felicidad.

—Tienes razón, ahí vienen —comenta de prisa, mas un segundo análisis le arrebata la alegría—. Parecen tener dificultades.

—En efecto —responde Sunna y en su B102 registra: «Páll está herido. Lárus y Úlfur lo ayudan a movilizarse».

—¿Qué habrá pasado?

—Ya lo averiguaremos, Adalberg, no creo conveniente conjeturar ahora.

—Sí, discúlpame, iré a recibirlos. Por favor adelántate para que no te expongas más —le pide y se apresura a reunirse con ellos.

Ella vigila la escena desde lejos y continúa en el mismo lugar hasta atestiguar que Adalberg los alcanza. Regresaron con vida, eso es alentador. Se da la vuelta y camina hacia la entrada de la base, cuyas paredes lisas y pulcras le generan un efecto sedante. Pasa su mano izquierda por los sensores de la máquina de reconocimiento. «Individuo autorizado», resuena en su mente una voz sin emociones. Dos puertas de defensa se elevan una después de la otra y dejan descubierta una estancia de seis metros cuadrados: la antesala A, la primera de cuatro. Tras cruzar, solo percibe cómo se corta el viento y la iluminación natural debido al cierre automatizado de la portería. Suspira. Disminuye la sensación de estar ante peligro inminente. Orienta sus ojos al techo y se encandila con los proveedores de luz artificial, unos aparatos en forma triangular que despiden resplandor blanquecino. Al menos ha vuelto la convicción de saberse protegida por la estructura.

De súbito, el sistema apertura un pasillo inclinado con control de temperatura y ozono para la desinfección. Lo atraviesa. El exterior la puso en contacto con entidades biológicas, físicas y químicas de potencial pernicioso. Tiembla por la posibilidad de contagio. El nanoimplante B102, por su parte, realiza un monitoreo interno. «Presión arterial: 129/79 milímetros de mercurio. Respiración: 17 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 96 latidos. Temperatura: 35.8 ˚C. Libre de virus y bacterias perjudiciales», arrojan los resultados.

Es grato saber que está a salvo de infecciones. Cuando finalice su tránsito por el corredor e ingrese a la antesala B será posible quitarse la escafandra. Anhela el momento.

Tan pronto entra, se clausura el acceso. Al fin está aislada por completo y en zona segura. Desabrocha el casco y se lo saca. El fenómeno acústico de la reverberación en un espacio más amplio trae consigo una impronta de libertad. Aprecia la vibración del sistema de oxigenación y ventilación. Inspira despacio. El aire es óptimo y se permite atrapar por la sensación placentera. Espira con lentitud. Deposita la escafandra en las tuberías de pulverización y se queda con la indumentaria de aislamiento primario que tiene debajo. La liviandad de su cuerpo le provoca el deseo de arrimar su espalda a la pared. Es la primera vez, luego de cuatro horas, que experimenta verdadero alivio.

«Ya estamos por ingresar», recibe Sunna a través de su B102. Se trata de un pensamiento intrusivo sin tono emocional. Proviene de Adalberg.

«Bien. ¿Alguna explicación de la demora en el arribo?», le contesta.

«Riñas. Páll es el que está más grave».

¿Riñas?, se sorprende y fastidia. Un leve dolor en el tórax le sugiere hiperactividad en su glándula suprarrenal y liberación de cortisol. Apretuja su mandíbula.

«¿Te participaron del origen del conflicto?».

«No con exactitud, Sunna, te corresponderá averiguarlo luego de la curación».

«Sí, entendido».

«26:45», revisa la hora. Están al borde de la desgracia. Decide pasar a la antesala C y allí se dispone a esperarlos. Sin el casco, la iluminación la golpea bruscamente, volviendo más claros sus ojos rojizos. Y su piel, tan transparente, muestra sus venas. Junta los párpados en un intento de frenar la cadena cognitiva estresora. Fija su atención en los músculos contraídos de la espalda. Los afloja. Comienza a relajarse, pero de inmediato se levanta la puerta por la que ha entrado minutos antes.

—¡Sunna! —exclama Lárus, quien trae el cabello alborotado y luce

aturdido. Su indumentaria de aislamiento primario parece intacta, mas su piel descubierta sufre marcados hematomas. ¿Cómo es posible? Detrás de él vienen Adalberg y Úlfur, ambos cargando a Páll, el único que mantiene su escafandra y está inconsciente.

Sunna se obliga a mostrarse vigilante y se concentra en Lárus.

—Bienvenido seas —lo saluda.

—Gracias. Necesito hablar contigo.

—Pronto habrá oportunidad de dialogar.

—Entiendo, solo —se detiene porque ella lo interrumpe.

—Por ahora la prioridad es otra —Sunna concluye con frialdad y luego interroga a Adalberg—. ¿Inmovilizaste a Páll?

—Sí. Despertará en unas horas.

«¿Qué arrojó el monitoreo?», le consulta a través de su nanoimplante. Pensamiento teledirigido solo a él.

«Detectó patología infecciosa y se activó el sistema de seguridad de la escafandra, por eso la conserva. Debo examinar y determinar la naturaleza de patógeno y vías de transmisión».

Es usual el secretismo entre los altos mandos, así que los misioneros esperan en silencio con cierto grado de incomodidad ante lo que claramente fue una conversación privada.

Sunna aprueba con un movimiento de cabeza y se pone en marcha. Coloca su mano izquierda sobre otra máquina de reconocimiento. «Comprobación de huellas», recepta, a la vez que se escanean sus patrones dactilares. Un segundo después, el B102 le induce una potente alucinación y visualiza el inconfundible tono verdoso de desbloqueo. Los datos han alcanzado el sistema informático central y se han habilitado sus funciones como alto mando de la base.

«Sunna Friggdóttir. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Comandante de Operaciones Especiales».

Otra pared de acero se alza y revela la antesala D con el último sistema de defensa del laboratorio. Entran. La radiación infrarroja traspasa los cuerpos al ejecutar el escaneo térmico y la aniquilación de elementos invasores.

«Sin error de mapeo. Permitido el descenso a pisos subterráneos».

Recibido el mensaje, Sunna verifica la idoneidad de sus acompañantes y les solicita ingresar a la cápsula transportadora. Le obedecen.

La base 00011, conocida con el nombre genérico de Base Norte, debido a su ubicación al extremo septentrional en la Isla de la Genética, consta de una entrada en la superficie y tres subsuelos en la corteza continental. El primero está destinado al alojamiento de sus miembros operativos, en su mayoría científicos. El segundo alberga al Laboratorio Börn Eyjarinnar, especializado en reproducción humana. Y el tercero es una extensión para el desarrollo de la vida infantil y los

cultivos.

«Ir a nivel dos», ordena la comandante. Los recién llegados deberán ser atendidos en el laboratorio de Adalberg, abastecido con cámaras de cuidado y restauración.

El viaje de quince kilómetros ocurre sin percances, empero, ella comienza a fijarse en Úlfur. Ha callado durante el trayecto y eso le hace suponer responsabilidad en el retraso y el estado físico de Lárus y Páll.

«Más tarde necesitas explicarme por qué los atacaste», envía a su B102.

Úlfur se incomoda con el reclamo y lo hace notorio en su cambio de postura.

«Me disculpo, fue en defensa propia, casi interfieren con lo que se me encomendó llevar a cabo. Reporto que terminé con éxito las misiones de códigos Fertilización 00361 y Fertilización 00362».

«Descargar», ordena satisfecha. Úlfur destaca por su precisión, motivo por el cual fue elegido para las fertilizaciones artificiales tras un estricto examen de habilidades. «Gracias por tu desempeño y lamento los contratiempos. Ya recibirás asistencia médica».

Él responde con una ligera venia y un pestañeo cortés. Luego se deja caer en el suelo con la finalidad de descansar. Lárus ha hecho lo mismo. Están exhaustos y se rinden al sueño.

Es indescriptible el asco que aquella visión suscita en Sunna. Se voltea para evitarla.

«¿Te encuentras bien?», recibe de Adalberg.

«Sí. ¿Qué tal tú?».

«Algo agotado».

«¿Requieres de una plataforma para Páll?».

«Sí, en breve gestionaré la petición».

«A esta distancia ya es posible una telecomunicación con la tecnología subterránea».

Demora en contestar.

«Tenías razón, Sunna, la acabo de solicitar con éxito».

Ella sonríe y le responde: «Justo a tiempo. Estamos por llegar».

«Sí. Por cierto, te relevo en la obligación de velar por los misioneros».

«Entendido».

Se abre la puerta y puede verse un equipo de traslado que Adalberg se apura a introducir. El movimiento despierta a Úlfur y Lárus, quienes se reincorporan con prontitud. Sunna permanece inmóvil, como de costumbre, y vigila el proceso de acomodación del cuerpo al aparato móvil. Está incapacitada para ayudar y experimenta una sensación de inutilidad.

No es la única.

—Esperaré en el pasillo —manifiesta Úlfur y recibe el consentimiento de Adalberg. Antes de retirarse, se dirige a Sunna para despedirse con un gesto formal.

Entretanto, dentro de la cápsula, Lárus reparte miradas difíciles de interpretar. La comandante finge ignorarlo, no obstante, Adalberg frunce el ceño mientras termina de asegurar las extremidades de Páll.

—Listo —dice al culminar—. Vamos, Lárus, es hora de partir.

El misionero inhibe sus reacciones, lo cual es llamativo, y esquiva el contacto visual. ¿Toma valor para decir algo? A Sunna le es inaccesible la comprensión de tal comportamiento desarticulado y clava sus ojos en Adalberg en busca de auxilio.

«Tampoco entiendo», contesta de prisa, mas sus pupilas realizan el típico micromovimiento que acompaña al procesamiento orgánico de información.

—Deben marcharse —ella les exhorta—. Que tengan buen descanso.

Lárus murmura el inicio de un desvarío.

—Disculpa —interrumpe Sunna con impaciencia—, no comprendí ¿Qué es lo que deseas?

—Necesito hablar contigo antes de la curación —logra articular.

—Las memorias de lo ocurrido pasarán al sistema de forma automática al sincronizarse tu B102 con las máquinas del laboratorio. Realizado este proceso, no precisas reportar nada.

—Sí, eso lo sé. Sin embargo, pido hablar contigo.

—Esa no es mi decisión, hay alguien más a tu cargo. —Orienta la mirada hacia Adalberg, quien elude perturbarse, pero sus emociones se desbordan en un sinfín de pestañeos. A juzgar por su apariencia, lo solicitado le ha parecido una insensatez. —¿Lo crees conveniente?

—No, lo lamento —expresa molesto, una actitud que pocas veces hace pública—. Ambos conocen el protocolo. El examen físico es requisito obligatorio y tu necesidad de recuperación indiscutible.

—Estoy bien —replica Lárus con acento infantil, vestigios de un pasado cercenado por una prematura entrada a la adultez—. Son golpes soportables —defiende—, te prometo bajar cuando termine mi conversación con Sunna.

«Por favor», recibe la comandante en su B102 y esa inconfundible señal de Lárus la estremece. A pesar de ello, le desconcierta que no priorice su salud.

«No autorizo», le remite.

«Es importante».

«Con certidumbre lo es, solo pongo en duda la urgencia». Luego le comunica a Adalberg «también me lo ha pedido por esta vía».

Él respira hondo, planea pronunciarse, pero sus palabras son contenidas por Úlfur, quien ha regresado. Voltean a verlo.

—¿Podemos irnos? —musita con desgano y los residuos de su

fuerza—, estoy exhausto.

—Lo siento —se disculpa Adalberg—, necesito resolver una situación.

—¿Quieres mi ayuda para trasladar la plataforma? —se ofrece el misionero.

—No, gracias. Avanza, por favor.

Úlfur le obedece.

Todos están cansados, han sido horas intensas. Lo único inadmisible es perpetuar las desavenencias.

—¿Es un Asunto de Seguridad? —Adalberg interroga a Lárus. Es evidente que la insistencia del joven debe fundamentarse en razones insoslayables.

—Lo es —afirma.

«Mi B102 no detectó falta a la verdad en su declaración», recibe Sunna a través del nanoimplante. Es un pensamiento enviado por Adalberg.

«Entiendo. En este caso, me vuelve a corresponder estar a su cargo».

—Autorizo una excepción —concede Adalberg—, pero estoy preocupado por tu salud, Lárus, y espero verte pronto en mi laboratorio.

—Lo haré.

Tras despedirse, ella y el misionero lo observan partir con el aparato móvil. La espalda angosta de Adalberg y sus brazos endebles agradecen la ayuda de Úlfur cuando vuelve a ofrecérsela.

«Ir al nivel uno», comanda Sunna para cerrar la puerta de la cápsula transportadora y comenzar el ascenso al subsuelo de alojamiento. Ella está enfadada y tiene prisa.

—Aclaro que tu comportamiento ha sido errático —le dice a Lárus—. Si lo que precisas reportar es apremiante, solo dilo.

Él tarda en verbalizar una respuesta, pero su oposición se exterioriza en un prolongado balanceo de cabeza.

—¿Qué significa eso? —Sunna le pide clarificar.

—Aquí no, en un área más reservada.

—Está bien, Lárus, aunque la charla deberá ser breve.

—¿He interrumpido alguna diligencia?

—No —miente y se arrepiente de lo dicho—. Es decir, sí, siempre hay ocupaciones. No obstante, la limitación del tiempo ahora responde a la urgencia de restablecer tu salud.

Lo cierto es que esto se aparta de su planificación. Luego de cada misión, la prioridad de la comandante no es cubrir las necesidades de los misioneros sino atender los Asuntos de Seguridad. Tendría que comunicar los hechos al presidente Valdi con la mayor inmediatez posible y discutir con él las siguientes consignas. No será así en esta

ocasión. Y es innecesario revelarlo a su acompañante. Además, Lárus suele sobresaltarse con solo escuchar el nombre del presidente.

Llegan al subsuelo uno. Sunna escruta el panorama, pues resulta difícil pasar por alto el silencio y la quietud de las horas de sueño. «27:02», verifica. Camina con determinación hacia el pasillo seguida por Lárus y su extremo recelo. Se detiene en el umbral de su habitación y pone su mano izquierda en la máquina de reconocimiento.

«Sunna Friggdóttir. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Comandante de Operaciones Especiales».

La puerta se desliza.

—Puedes pasar, Lárus.

—Gracias.

Adentro suspiran al unísono. Qué reconfortante es el resguardo de los sitios más afables. El exterior es traumático y aterrador, nunca se sabe a qué peligros invisibles se exponen los valientes que se arriesgan. Lárus se acomoda en uno de los muebles. Luce en pésimas condiciones y Sunna lo observa retorcerse de dolor. No podría hablar con él a sabiendas que soporta daño físico. Se dirige al aparador para tomar frascos y una esponja quirúrgica, planea limpiarle la herida que sangra en su parietal derecho.

—¡Ni lo pienses!

—¿De qué hablas?

—¡No me vas a tocar con eso!

—Es suero fisiológico, no arderá. Lo menos que puedo hacer es intervenir en la herida más grande —le menciona y se acerca.

—¡Deberías tener una cámara de cuidado y restauración como las de Adalberg!

—Tendrías que haberte quedado abajo con él. Te inmovilizaré.

—¡Espera!

Ella es capaz de hacerlo, ha sucedido antes. Lárus abandona su actitud evasiva. Se mantiene quieto y hace un gesto de dolor.

—Gracias por dejar de gritar, aunque tu reacción es exagerada.

—A ti no te duele.

—Yo no intenté atacar a Úlfur y sabotear una misión.

De golpe, él cambia su semblante, se ve muy afligido. Se pone en pie.

—Eso es porque… Sunna… No lo ent —murmura e inaugura el llanto descontrolado como si fuera un infante sin consuelo.

Ella espera. Como antigua cuidadora identifica que la mejor estrategia es dejar que el individuo afectado descargue sus emociones durante al menos treinta segundos. Uno. Dos. Tres. Los quejidos de Lárus la sulfuran. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Lo ve mecerse como si le ardiera una parte profunda. Ocho. Nueve. Diez. Once. Doce. Trece.

Catorce. Quince. Dieciséis. Diecisiete. Dieciocho. Diecinueve. Ha presenciado escenas análogas, pero eso no le resta incomodidad. Veinte. Veintiuno. Veintidós. Veintitrés. Veinticuatro. Veinticinco. Pausa el conteo y realiza una inspiración prolongada a la que le sucede una exhalación resonante.

—Intenta ordenar tus pensamientos para que puedas explicarte mejor —recomienda luego de un tiempo prudencial.

Lárus solloza y sus lágrimas se mezclan con la sangre. Vuelve a sentarse. La descarga afectiva sirvió, aunque sigue vulnerable y ella es incapaz de empatizar con su dolor. Todo lo contrario, siente aversión y solo atina a examinar las manchas en su mueble. En unas horas se tendrá que limpiar el desastre.

—Urge que colabores para que pueda ayudarte —le espeta, mas no obtiene respuesta, él se halla sumido en su propio laberinto de indignación.

«Supresión temporal de la tristeza. Supresión temporal del enojo. Supresión temporal del miedo», Sunna le comparte a través del B102.

«Descargar todo».

Lárus intenta acomodarse en el asiento y la mira perplejo. Aunque ha dejado de experimentar miedo, enojo y tristeza, continúa sin poder hablar. Los sucesos adquieren un nuevo concepto. Nada lo percibe como antes.

—La supresión durará apenas diez minutos. Habla.

—Es que —se interrumpe a sí mismo para entender. Su ceño fruncido delata la dificultad—. No deja de extrañarme esta sensación tan novedosa. La historia en mi mente se me presenta ahora muy distinta.

«Supresión temporal de la sorpresa».

«Descargar».

—¿Mejor?

—Sí —comenta tranquilo.

—¿Qué es lo que deseas decir?

—Es sobre las recientes misiones. ¿Tú sabías que Úlfur aprovechaba la sedación posterior al tratamiento de las dos hijas del agente Sólmundur con fines de realizar una fertilización artificial?

—En efecto. Soy quien comanda las misiones especiales.

—¿Es a propósito que no nos dijeron?

—¿Acaso son seres simbióticos incapaces de cumplir objetivos claros por su cuenta?

—No.

—Desde esa lógica, explícame cómo les afectó que Úlfur tuviera tal misión.

—Páll ama a la hija menor de Sólmundur.

—Repito. Explícame cómo les afectó que Úlfur tuviera tal misión.

—La ama. La cuidaba.

—¿Qué tiene que ver el amor y el cuidado con la fertilización artificial? ¿Cuál es la conexión entre ello y herir a Úlfur?

—Ninguna —logra manifestar con frialdad—. Solo que entonces no lo vimos así. Yo —se autocensura.

—¿Qué fue lo que aconteció?

Lárus suspira y organiza los eventos antes de hablar: —El agente le dio a Úlfur un trato especial a la salida, también un sistema de salvaguarda de muestras químicas.

—¿Y?

—Páll estaba furioso por eso y comenzó a temer una fertilización. Confrontó a Úlfur desde que emprendimos el regreso.

—¿Confrontar es golpear?

—No, no. Claro que no. Veo tu punto. Es que primero Páll le consultó repetidas veces y su negativa a responder lo enfureció. Fue cuando se lanzó para atacar y corroborar.

—Lo que hizo Páll atenta contra el Laboratorio Börn Eyjarinnar y la buena convivencia de la Base Norte.

—Lo reconozco. Y sé que Úlfur actuó en defensa propia.

—Si la pelea fue entre ellos, ¿por qué entonces cargas heridas?

—Al inicio me enfadé porque creí que el acto era desleal. Fui a golpear a Úlfur y resulté lastimado pues él, ya sabes, es mucho más fuerte.

—Es una insensatez atentar contra tus propios compañeros. ¿Por qué es tan urgente comunicar esto?

—Porque Úlfur seguía órdenes. ¿Cómo es posible que quienes nos mandan a salvar a dos convalecientes sean los mismos que las utilizan como matrices descartables?

—¿Por qué asumes que las usamos y luego descartamos? —interpela indignada, aunque finge serenidad—. Las hijas de Sólmundur hicieron un trato con nosotros. Su condición genética es apropiada para la gestación y queremos que ellas y sus crías sobrevivan.

—¿Por qué nos lo ocultaron? ¿Qué harán con las hijas de Sólmundur? ¿Qué pasará con Páll? ¿Van a sufrir?

—Son demasiadas interrogantes. Te daré una solución general: en cada ocasión procuramos cuidar a todos e intentamos incurrir en el menor daño posible. La información que no se comunica es porque es irrelevante. Pongo de ejemplo tu primer cuestionamiento, a saber, por qué ocultamos ciertos datos. Pues tú ibas a elaborar una medicina, Páll a brindar cuidados, todo lo demás no aportaba a la ejecución de sus misiones y hubiera sido una distracción.

Consulta la hora en su B102. «27:17».

—Está a punto de acabar el efecto de la supresión emocional —le

dice.

«Supresión temporal de la tristeza. Supresión temporal del enojo. Supresión temporal del miedo. Supresión temporal de la sorpresa».

«Rechazar la descarga».

«Supresión temporal de la tristeza. Supresión temporal del enojo. Supresión temporal del miedo. Supresión temporal de la sorpresa», le vuelve a enviar.

«Rechazar la descarga».

—Acepta los archivos, por favor.

—No lo haré, Sunna. Prefiero que me veas llorar —confiesa sintiendo un nudo en la garganta; las lágrimas comienzan a resbalar por sus mejillas—. Quiero que seas testigo de las consecuencias de permitir que se —no puede continuar.

Ella contiene el aliento. Le incomoda ver sufrir a Lárus y escucharlo hablar sobre sus sentimientos. Ese malestar se niega a soportarlo. «Ejecutar disminución del nivel de conciencia e inhibición forzada de la función volitiva del miembro operativo de misiones L00322, alias Lárus. Asunto de Seguridad», ordena sin dudarlo.

Eso era todo.

Su pieza, que siempre es silenciosa, torna notorios los sonidos de la respiración. Le resulta agradable la tranquilidad del lugar. Suspira y baja los párpados de Lárus con sus manos para evitar la sequedad ocular y daños mayores en la córnea. De pronto percibe un olor ácido y putrefacto. Él se ha orinado. Decide alejarse, mas nota que una hormiga deambula por el mueble. Es posible que se infiltrase con ellos entre su ropa saltándose, como de costumbre, el sistema de defensa de la base. Se pone en pie y busca un recipiente de muestras orgánicas. Localiza el óptimo. Con ayuda de una placa acrílica, mete al animal en el receptáculo bloqueante de partículas radioactivas. Los insectos provenientes del exterior resultan interesantes en la investigación de los niveles de radiación.

«Muestra orgánica encontrada. Clase: Insecta. Orden: Hymenoptera. Familia: Formicidae. Subfamilia: Dolichoderinae. Especie: Linepithema humile. Obrera de 3 milímetros. Radiación a niveles seguros», registra en su B102.

Pone la muestra en la superficie de una mesa. Desde allí le echa un vistazo a Lárus, quien sangra y emana olor a descomposición. «Miembro operativo de misiones código L00322, alias Lárus, urge traslado desde mi habitáculo a una cámara de cuidado y restauración», le comunica a Örn, su asistente.

Es probable que Adalberg se enoje por el aspecto del misionero, pero no es a quien le debe explicaciones ahora. Se saca su indumentaria de aislamiento primario y la pone en el dispositivo de desinfección y lavandería. Toma un traje gris del armario para

vestirse.

«Örn solicita acceso».

«Permitir», concede.

Él ingresa y se desconcierta ante el espectáculo de sangre y un Lárus inconsciente.

—¡Sunna, ¿qué pasó?! —exclama atónito.

—Llévalo, por favor, necesita recuperarse. Después habría que limpiar este desorden. Te agradecería que lo hicieras por mí, yo debo hablar con el presidente Valdi.

—Sí, entendido. Iré por un equipo de traslado. —Se marcha y regresa agitado—. ¿Y tú estás bien?

—Sí.

Örn queda satisfecho con lo enunciado y se va.

A Sunna le alarma el impacto emocional suscitado en su asistente, pero confía en que hará lo encomendado con eficiencia. No hay razones para preocuparse por él y, de todos modos, en ese instante no es su prioridad. También sale, está atrasada con su reporte al presidente. Se apresura al caminar aun cuando sufre cansancio.

Detiene su paso al llegar a la puerta correcta y ubica su mano en la máquina de reconocimiento. Bajo el resplandor del proveedor de luz espera a que se le conceda el acceso.

«Permitido».

Toma aire antes de entrar. Al cruzar el umbral, observa que el presidente Valdi se encuentra distraído: ordena documentos holográficos en el visor principal, un dispositivo interactivo de alta velocidad con circuito conductor de plasma capaz de proyectar gráficos volumétricos omnidireccionales.

—Aquí estoy como me solicitaste antes de la misión.

—Te lo agradezco —menciona sin voltear—. Adalberg me ha pasado su reporte médico junto con las memorias de las misiones. Me faltan las de Lárus. —La mira para llevarse una sorpresa—. Imaginé que vendría contigo, parece que me he equivocado.

Sunna sopesa sus términos.

—No hubiera querido saludarte. Me pidió hablar con el objetivo de reclamar la información parcializada que le otorgamos. Al final lo he tenido que transferir al laboratorio dado su estado.

—En los elementos almacenados de Páll y Úlfur vi sus heridas. ¿Cómo sigue?

—Presenta múltiples hematomas. Necesita una revisión completa y reconocer el grado de afectación en órganos internos. Muestra clara deshidratación y desnutrición. También hay irregularidades en el funcionamiento de sus neurotransmisores.

—¿Por qué sugieres esto último? ¿Viste síntomas psicopatológicos llamativos?

—Sí, marcada inestabilidad emocional.

—Adalberg me reportó lo mismo —asevera con tono melancólico. O reflexivo.

Ella es poco hábil para definirlo y prefiere no concentrarse en un dilema absurdo. Retoma el tema central.

—Considero —dice Sunna— que debemos tener en cuenta las reacciones de Lárus al asignarle misiones con alta exposición a estrés. Lo mismo en relación a Páll. Es evidente que carecen de entrenamiento suficiente en estrategias de regulación emocional.

El presidente asiente con la cabeza.

—Te lo encargo —resuelve, y desactiva las ventanas holográficas—. ¿Algo más sobre las misiones, Sunna?

—Lo sabes todo. Se espera que en el próximo período de horas seguras se efectúe la siguiente fase, dar la bienvenida a las hijas del agente Sólmundur.

—Bien, mantenme al tanto, por favor. También reporta a Sólmundur que los misioneros están en la base y omite los detalles de la pelea, a menos que creas pertinente mencionarlo.

—Lo haré para justificar el retraso de mi comunicación. Te dejaré saber si hay percances —replica con cordialidad.

—Te lo agradezco —termina la conversación. Parece impaciente, se yergue y deambula por la habitación antes de volver a sentarse en uno de los muebles.

Ella lo examina con intriga, pues luce alterado.

—¿Requieres esclarecer otra situación? —le pregunta.

—Considero que sí.

—Dímelo.

—Antes te invito a tomar asiento, me irrita verte de pie.

De esa forma, la comandante adquiere conciencia de su inmovilidad. Ha estado rígida desde su aparición. Acude a sentarse y durante el proceso nota que le palpita veloz el corazón y le sudan las palmas de las manos. Se ubica diagonal a él y espera que se pronuncie, pero demora más de lo soportable.

—¿Acerca de qué deseas hablar?

—Sobre lo que en realidad me importa. —Hace una pausa para tomar impulso—. ¿Cómo percibiste el exterior?

—Temo que soy incapaz de comprender la información que precisas.

—¿Qué viste? ¿Había diferencias en el cielo, en el terreno o en el clima? ¿Te topaste con organismos? —Suspira—. No encontré mayor referencia en las memorias que revisé. Me interesa porque estamos cerca del afelio y las condiciones se tornan especiales.

Sunna intenta rememorar características inusuales y rastrea entre los propios elementos almacenados en su B102.

—Te describiré lo que percibí, por si acaso ayuda.

—Confío en que sí.

Organiza sus pensamientos antes de hablar.

—La neblina cubría parte del territorio. El sensor marcaba una temperatura de nueve grados Celsius. Por la luminiscencia era difícil ver las típicas regiones de hidrógeno y helio en el medio interestelar. El cielo tenía una tonalidad rojiza. En el horizonte se alcanzaba a divisar la llanura casi desprovista de vegetación. Más allá, el fiordo. En el suelo había agregados de silicatos de aluminio hidratados que procedían de la descomposición de granito, y…

«Muestra orgánica encontrada. Clase: Insecta. Orden: Hymenoptera. Familia: Formicidae. Subfamilia: Dolichoderinae. Especie: Linepithema humile. Obrera de 3 milímetros», comparte con él.

El presidente Valdi ve la misma imagen que Sunna a través de su B102, pero algo terrorífico se activa en su memoria epigenética. Un escalofrío le recorre la espalda. Se levanta incómodo. Es momento de terminar la charla.

COMPASES HASTA EL SILENCIO DRAMÁTICO

Sin volver a mirarla, se dirige a su visor principal y manipula diagramas holográficos. Revisa la secuencia genética de la *linepithema humile* y el conteo de avistamientos. Treinta y dos. La red de información que él maneja es la más compleja porque integra conocimientos de uso restringido. Sunna no debería ver aquello.

—Gracias por tu reporte, puedes retirarte —le ordena al recordar que sigue ahí.

—Sí —responde con amabilidad y sale de la pieza.

Que tengas buen descanso, piensa Valdi, pero no se lo dice. Se engaña a sí mismo intentando analizar los abundantes datos, empero, no logra concentrarse. Algo dentro suyo le empuja a padecer de insatisfacción por su forma de despedirse. Se arrepiente.

«Que tengas buen descanso. Gracias por tu reporte», le envía.

«Que tengas buen descanso», le contesta de vuelta, pero lo siente tan mecánico que se fastidia.

Detesta lidiar con la frialdad del B102. Y la de Sunna. ¿Para qué se despiden de esa forma? ¿Para perpetuar una costumbre? ¿Para reforzar lazos? Se molesta. Le indigna que ella no se conmueva ante lo ocurrido. Deja a un lado los hologramas y lleva las manos a sus cuencas oculares, las aprieta hasta que la calma temporal que proporciona la presión se transforma en un campo visual colmado de puntos verdes. E irritación. Se detiene y lanza un resoplido burlón. ¿Por qué iba a conmoverse Sunna?, se reprocha a sí mismo. Su funcionamiento cognitivo es diferente. ¿Cómo se sentirá ser ella? ¿Será como no tener alma?, se pregunta. Rechaza su desafecto y el relacionarse con los demás como si solo fueran piezas de un gran objeto social.

Se pone en pie y de nuevo activa el visor. Llegó la memoria de Lárus. Lo primero que advierte es el curioso trato de Sunna en los últimos minutos: le quitó la volición sin ningún tipo de titubeo. Un pensamiento derivado de la escena observada lo deja pasmado de repente. ¿Ella sería capaz de asesinar con sus propias manos sin sentir remordimiento si se expusieran los argumentos lógicos que respaldasen el acto como medida preventiva ante un mal social? Se lo imagina y un escalofrío le sobreviene. ¿Podría incluso matarlo a él

para librar a la base de sus malas decisiones? Vuelve a fantasear, pero esta vez, lejos de aterrarse, se descubre sonriente ante un holograma al que no presta atención.

Enseguida trata de disipar las ideas de muerte. Desvía la mirada de las memorias, camina al sitio de descanso y se lanza aturdido contra el mueble. Ya no es Sunna quien motiva su malestar, ¡es él mismo! Se recoge en posición fetal como si le doliera la existencia. Reincide el pensamiento luctuoso y patético. Ese que tira de las cadenas de su aflicción. ¿Por qué? ¡¿Por qué duda si sus acciones son las correctas?! ¡¿Y correcto para quién?! Para la especie, se contesta como si fuera obvio. Su único objetivo ha sido evitar la extinción de los humanos[3], una amenaza real a causa del deterioro en la capacidad reproductiva.

Aparecen secuencias de material genético que flotan sobre su coronilla, orejas y hombros. Está tan cansado, que su cognición se vuelca en la realidad en forma de alucinación. ¡Malditos códigos genéticos!, impreca y con sus manos ásperas se cubre el rostro arrugado. Las formas desaparecen. Gruñe. Hace un tiempo los humanoides[4], como Sunna, le propusieron que desistiera de su afán y focalice los recursos de la Base Norte en metas distintas a la eugenesia y transgénesis, en vista de los resultados desfavorables.

En aquel entonces, se molestó y dijo que intervendría el doble con el objetivo de continuar la reproducción humana. Pero con el discurrir del tiempo se diluye la finalidad de sus esfuerzos. ¿Vale la pena exponer decenas de vidas en el nacimiento de un par de niños que vendrán a sufrir? Como Lara, su amada hija. Como Lárus. Como Páll. ¿Por qué traerlos a un mundo de dolor? Tanta emotividad y empatía humana resultan ser un peso. ¡Nada de eso sirve en este fango subterráneo y decadente! ¿No es más fácil rendirse a la selección natural y acabar con toda la farsa egoísta?

Suspira dos veces como si una no fuera suficiente. Se pone en pie y da un par de vueltas por la estancia antes de pasarse la mano por el cuello. Aunque lejos, logra distinguir su visor holográfico y lo activa a fin de revisar el resto de elementos almacenados de Lárus. Son todavía más desgarradores que los registros de sus compañeros y eso le genera angustia paroxística. Se siente con dificultad respiratoria, a punto de la pérdida de conciencia. Lleva su mano izquierda al pecho e intenta sosegarse. Considera que es su culpa que ellos estén heridos y le suscita horror imaginarse afrontando las consecuencias.

Pasa sus dedos delgados por sus mechones pelirrojos.

Lo ahoga el riesgo de perder la cordura.

Con dificultad alcanza una dosis de emergencia con extracto de *hypericum perferatum*. No la ingiere, pero la aprieta para obtener sus efectos a través del contacto y la sugestión. Permanece recogido unos minutos hasta que recupera cierta calma.

Respira profundo.

Al menos ya puede respirar.

Deja a un lado la ración de medicamento. Tendrá una mejor ocasión de uso, piensa. Quizás le convenga ir a visitar a Adalberg para cerciorarse de hacer lo correcto, de modo que sale de prisa en dirección al laboratorio.

Necesito tu ayuda, piensa enviarle, pero se contiene.

Los pasillos se sienten solitarios por la hora, mas teme ser visto. ¿Qué pensarían los demás si lo hallaran tan agitado? ¿Qué supondría Sunna? Anda rápido y sus rizos rojos se pierden en la velocidad con la que se mueve. Es un fantasma, reflexiona. Un espíritu de fuego. O un monstruo. Uno con el don de arruinar sociedades.

Ingresa a la cápsula transportadora y baja al subsuelo dos. Además de sumirse en fantasías de poder, solo acierta a pensar que se encuentra en un estado deplorable. Mete sus finas manos en los bolsillos del traje gris. Las vuelve a sacar. Odiaría proyectarse vulnerable.

Al pasar al cuarto de verificación, lo hace con aire imponente. Él no necesita protocolos ni permisos operativos. Se adentra y segundos después recibe en su B102: «Presión arterial: 132/80 milímetros de mercurio. Respiración: 14 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 103 latidos. Temperatura: 37.7 ˚C. Libre de virus y bacterias perjudiciales. Requiere asistencia. Se ha enviado un reporte automático a su médico».

«Anular reporte automático», ordena enojado.

«Reporte automático anulado».

Dentro de las instalaciones científicas, lo primero que nota es la mirada fisgona de los individuos con que se topa. En especial un par de humanoides que, con su patrón retardado de parpadeo, parece que lo observan más de la cuenta. Es probable que su presencia allí, sin previo aviso, les generase una disonancia cognitiva. Y eso le causa gracia al monstruo Valdi. Se regocija con ostensible satisfacción, pero se perturba de inmediato al percatarse que ellos le devuelven la misma sonrisa gentil que ha visto antes en Sunna. Asqueado, los evita y avanza con ritmo apresurado. Prefiere que lo consideren arrogante antes que exponer su frágil situación mental.

Al fin está ante el portal. No necesita autorización y la puerta se desliza cuando lo ordena. Adalberg escucha el ruido y, sobresaltado, voltea para identificar al visitante. Se burla de su propia ingenuidad al divisar al único individuo posible.

—Val —lo saluda tal como lo llama en los momentos a solas—, no te esperaba, pero qué alegría que estés aquí.

—Adal —murmura y se acerca torpe—. ¿Interrumpo tus labores?

Si no se calma, delatará su estado. Su corazón se acelera. Debe

controlarse. ¡Pero qué estupidez pensar así! A eso acudió, para pedir ayuda, ¿o no?

—En lo absoluto —niega Adalberg y pone en suspensión el visor holográfico—. He terminado con la programación de curaciones y me disponía a compartir el reporte. ¿Revisaste las memorias de Lárus?

—No en su totalidad. Y hasta cuando vi, era un desastre —trata de seguir la conversación, mas su voz se acompaña de cierto temblor—. ¿Cuáles son las actualizaciones?

Adalberg no es ningún tonto y ha fruncido el ceño, gesto irrefutable de cuestionarse el signo.

—¿Cuáles son las actualizaciones? —Valdi repregunta para hacer valer su autoridad.

—Los tres tienen patología remediable que no representa un peligro vital. Lo que me preocupa es el trauma psicológico.

—Habrá que trabajar eso después. ¿Ya duermen en las cámaras? —y los busca. Necesita verlos.

—Sí. Están ahí —le muestra.

—¡Lucen horrible!

—Arribaron peor.

Valdi suspira mientras contempla horrorizado. Desearía que fuera una pesadilla.

—Indícame la hora programada de su despertar —le pide a Adalberg.

—Pues —activa el visor principal y manipula hologramas—, dentro de veinte horas y media. Páll diez horas adicionales a las mencionadas.

¿Tanto? Se sorprende y desiste de verlos pronto. Su rostro dibuja la marca de la decepción.

Adalberg deja la compostura formal.

—Val, ¿estás bien? —interroga.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Tu qué crees? —replica con tono irónico—. Voy a ordenar la denegación automática de las peticiones de acceso para charlar sin interrupciones. Y lamento recordarte esto, pero si necesitas ayuda en un Asunto de Seguridad relacionado con los misioneros, puedes decírmelo. O si solo precisas asistencia con tu salud, ten la certeza de que pondré mis recursos a tu disposición —asevera con el ceño delator de su enfado—. Te veo perturbado.

Te veo perturbado, le retumba. Esta parte le golpea el pecho y lo lacera. Maldice en sus pensamientos a toda la galaxia. ¡Ah, maldita sea! Su impulsividad lo llevó hasta ahí y eso es síntoma de psicopatología. *Serénate*, se repite a sí mismo.

—¿Y bien? —insiste Adalberg.

Suspira indispuesto para confesar.

—Quería constatar cómo estaban los misioneros —le responde—. Aunque, en vista de lo prolongado de su estancia en las cámaras, tendré que esperar para entrevistarlos.

—¿Por qué constatar? ¿Desconfías de mis reportes? ¿Es eso? —interpela con un tono que es mitad reclamo y mitad suspicacia de su falta de lógica y cordura.

Y, en efecto, todo se resuelve con las actualizaciones médicas. Se reprocha su elección de palabras. Abandona la postura erguida conforme el malestar se acrecienta. Agacha la cabeza volviendo notorio su pelo rojo a la luz de los equipos y deja escapar un suspiro mientras mantiene la vista fija en el piso. Busca cómo refutar las dudas de Adalberg, pese a que en su mente cualquier argumento se erige como malo. Entonces resuelve exponer su verdad.

—No —admite con voz ronca y apagada.

—¿Entonces?

—Vine abatido por la culpa de siempre.

—¿Puedes expandir tu respuesta?

—No me aguanto —dice y ladea la cabeza—, tuve una crisis. Necesito ayuda.

—Lo último es evidente —y desvía la mirada con hastío despertando alarma en Valdi.

—Pareces enojado conmigo por mi estado.

—No lo estoy, lo siento. —Lleva sus dedos a su entrecejo para suavizar la expresión—. ¿A qué te refieres cuando hablas de crisis?

—No podía respirar. Lo superé con mentalización.

—¿De nuevo?

Adalberg es muy expresivo. No consigue disimular su descontento y su tic nervioso de parpadeo ha hecho una breve aparición.

—Lo ves, estás molesto —señala Valdi—. ¿Es por el método que uso?

—Va más allá de eso.

—Explícame.

—Las crisis no aparecen por azar y es probable que un cúmulo de situaciones sin comunicar te condujeran a este punto. —Suspira—. Y eso me frustra porque siento que no me sé aproximar a ti e inspirarte confianza para buscarme. Entonces recurres a estrategias a corto plazo.

Valdi traga saliva y rehúye el contacto visual.

—Aunque —prosigue Adalberg— entiendo que tu función al mando de la base entraña prohibiciones que te obligan a ser sigiloso sobre ciertos asuntos.

—Sabes que no se trata de falta de confianza —replica de inmediato y esta vez sí lo mira.

Adalberg suaviza más el rostro, pero se mantiene frustrado al decir:

—Se trata de una mezcla entre las circunstancias y tu temperamento. Cuán agotador es pelear con la parte de ti que se odia a sí mismo e insiste en sabotear el progreso.

Valdi permanece en silencio ante las duras palabras. Lo que escucha lo sabe de primera fuente. Y le duele. Cómo quisiera anestesiar el dolor. O ser un humanoide que, por intolerancia al sufrimiento, halle escapatorias satisfactorias a los problemas.

Adalberg suspira al notarlo abatido.

—Tómalo como un empujón para reflexionar, Val, no para culpabilizarte. Lamento si te herí, lo importante es que ya estás aquí. Voy a revisarte.

—Está bien —concede tras frenar sus cavilaciones.

Respira hondo.

Adalberg se acerca para agarrarlo de la barbilla e investigar su faz. Persigue huellas de enfermedad, pero los mechones rojos tornan la tarea difícil y su examinador debe acomodarlos hacia atrás. La situación empeora con la inspección de las pupilas, Valdi se pone a temblar y deja caer unas lágrimas.

Es difícil trabajar así y Adalberg lo suelta.

—Disculpa, presento ideas intrusivas —le confiesa como justificación del llanto.

—Descuida, lo supuse. Esperaré unos minutos antes de intentar estudiar las estructuras oculares. ¿Qué más sientes?

—Agitación.

—Es lo más notorio. ¿Cuánto llevas en vigilia?

Valdi calcula en su mente, pero le es difícil precisar.

—¿Unas treinta y seis o cuarenta horas? —trata de atinar.

—¿Me lo preguntas? Eres quien debería saberlo. Igual es demasiado. ¿Y cuánto dormiste la última vez?

—Seis o cinco horas.

—¿Al despertar te sentiste descansado?

—No. Bastante mal.

—¿Alucinaciones?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—Sí, tal vez.

Adalberg toma una pequeña linterna y la enciende. Revisa las pupilas del enfermo. Examina tan de cerca que Valdi puede percibir su calor corporal. Se agita más, no suele permitir que se le aproximen tanto. Lo detesta. Además, le fastidia la luz. Se mueve. Su médico apaga la linterna y deja notar su ceño fruncido.

—¿Te molesta la luminiscencia?

—Mucho.

—Ya veo, descansa.

Valdi frota la zona de los ojos con sus dedos.

—Si continúas, te vas a lastimar —le previene Adalberg, pero él está esperando los puntos verdes para detenerse.

—Se me irrita y con esto me alivio.

—Porque estimulas la producción de lágrimas con movimientos bruscos. Tienes sequedad ocular por tu falta de descanso. —Guarda la linterna—. ¿Cómo has sentido tu pulso?

—Acelerado.

Adalberg le agarra la muñeca izquierda. Coloca las puntas de los dedos índice y medio en la parte interna por debajo de la base de su pulgar. Presiona con ligereza.

—Así lo registro —le dice y después lo suelta.

A Valdi le comienza a incomodar el trato frío y una serie de preguntas asaltan su mente. ¿Adalberg se resentiría por lo interpretado como desconfianza? ¿Ha dejado de sentir afecto? ¿Le frustra más de la cuenta velar por él? ¡¿Y si ha notado una enfermedad tan grave que ha resuelto callar?!

—Adal, ¿por qué has perdido tu amabilidad conmigo? ¿Estoy tan mal?

—¿Mal? —se sorprende del reclamo—. Pues —menciona y hace una pausa para ir a su visor principal, allí activa los hologramas de control a las cámaras de cuidado y restauración y señala un modelo HL100 para ingresar el código de inicio—, sí. Incluso tendré que obligarte a reposar como hice con los misioneros. Y estoy serio porque me preocupas y pretendo cuidarte.

Lo último elimina la mayor tensión. Valdi da una ojeada de soslayo al trabajo que realiza Adalberg. Confía en su criterio y a él lo aprecia tanto. Lo admira. Tiene vívidos recuerdos colmados de risas y juegos. Y seguridad. En especial cuando se benefició de sus atenciones durante un largo período luego de haberse expuesto a la radiación. O cuando salvó de la muerte a su hija Lara, hazaña que repitió varias veces. Es imposible que esté mal querer que humanos así sigan viniendo al mundo.

Rememora de golpe los sucesos dolorosos de las postreras horas.

Las dudas.

La culpa.

Sunna.

—Acércate, Val, ya está lista la cámara.

Lara.

Lárus.

La misión de traslado.

Se exalta.

La hormiga.

—Val, ¿me escuchas?

Lo escucha, pero una súbita idea lo consume. Adalberg también ha ido al exterior en esta ocasión. ¡Y Valdi siente toda la energía regresar a su cuerpo! Se sacude el pelo.

—¡Espera! —advierte sonriente y camina precipitado hacia el mueble—. Antes de empezar la curación quisiera hacerte la misma pregunta que le hice a Sunna.

—¿Cuál? —trata de averiguar y lo sigue atónito con la mirada.

—Ven —y le sonríe.

—Eres —busca el término adecuado, pero no lo encuentra. O prefiere no decirlo—. En un segundo me haces creer que pasas por una gran calamidad y de repente te entusiasmas.

—Estoy en terribles condiciones —afirma riendo—, pero requiero registrar datos cruciales.

—Bueno. De verdad espero que sea importante —le espeta antes de suspender sus acciones para sentarse frente a él—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Cómo percibiste todo allá afuera?

—Es eso —exterioriza con desdén—. Veo que es más de un tema el que se posiciona como foco obsesivo.

—Contesta, ¿cómo lo percibiste?

—Pues, ya conoces, el cielo es hermoso y en afelio es una cúpula violeta con salpicaduras de luces y otros colores. El viento te golpea con irregularidad sin hacerte perder el equilibrio. Asumo que lo consultas porque ambicionas salir.

—¿Había algo diferente? —evade la declaración anterior.

—¿A qué te refieres? Estaba igual.

—¿Te topaste con seres vivos? Si tienes elementos almacenados en tu B102, solicito que los repases con detalle.

—Sabes bien que limito mi uso del B102, aunque —menciona con cautela— sí. Es curioso, me topé con organismos. Muchas hormigas.

Valdi se pone en pie y pasea de un lado a otro mientras se sacude la cabellera.

—Lo siento —se disculpa Adalberg, hablar de hormigas es un tema sensible.

—No es lo que imaginas. Es que Sunna ha conseguido un ejemplar, me lo ha mostrado. Te paso el registro.

«Muestra orgánica encontrada. Clase: Insecta. Orden: Hymenoptera. Familia: Formicidae. Subfamilia: Dolichoderinae. Especie: Linepithema humile. Obrera de 3 milímetros», le envía a través de su B102.

—Vaya —comenta asombrado—, es una *linepithema humile*. Forman supercolonias que exterminan a las demás especies circundantes. Eso denota un cambio en la superficie. Debería haber áfidos y vegetación al menos en un trayecto de tres mil kilómetros.

—Sí. Pero ve más allá. Podría ser algo mejor.

—¿Qué?

—Sospecho que hubo un cambio en la magnetosfera del planeta y en los niveles de radiación estelar que nos alcanza desde Sōwilō.

Su interlocutor intuye a dónde va esa conversación. La ha oído una decena de veces, así que se acomoda en su asiento.

—Aun si son válidas tus conjeturas —opina Adalberg—, es absurdo pasar veintinueve horas dando vueltas a ideas difíciles de comprobar y —se ve interrumpido.

—Pero posibles.

—En fin —suspira hastiado y abandona la idea anterior en vista de la inutilidad de su expresión—, ¿cómo lo comprobarías? ¿En una misión suicida a plena luz de Sōwilō?

Las interrogantes dejan a Valdi estupefacto. De todos modos, deberá viajar en las siguientes negociaciones. Esa información se la reserva al igual que las demás inquietudes que devienen en desasosiego. El miedo a dormir. La culpa por el sufrimiento de otros en la lucha que él gesta. La esperanza en el cambio. Lara. Los humanoides sonrientes. Hormigas.

—Adal, hay fragmentos de mí que guardo por tu seguridad y la mía. Si voy al exterior, no es de tu incumbencia.

—Claro que me incumbe —replica y se yergue para acercarse—. ¿Quién crees que terminará cuidándote si enfermas por hacer cosas estúpidas? —le interpela angustiado y le pone su mano izquierda en la frente.

—¿Qué haces?

—No te muevas.

Obedece y lo advierte mirándole los labios, gesto que le ayuda a percibir que los siente secos y encendidos.

—Tienes fiebre —asegura Adalberg—, mejor entra a la cámara.

Valdi se ve obligado a abandonar sus hipótesis sobre el exterior. No se había percatado de la fiebre. Observa a Adalberg con resentimiento. No importa si se trata de un misionero, un alto mando o el mismísimo presidente monstruo, siempre se pierde autoridad en el laboratorio al consentir la atención. ¿Qué pensarían los otros si lo vieran subyugado? ¿Qué interpretaría Sunna? Es verdad, su mente tiende a divagar y arrojar dudas.

—¿Qué esperas? —lo apura Adalberg.

—¡Dame tiempo, me duele todo!

Al no coordinar sus movimientos por la debilidad, ingresa con torpeza a la cámara de cuidado y restauración.

—Cuando salgas, vas a estar mejor —le murmura el médico con cariño y le cree. Le cree todo.

La puerta de la cámara baja sola por la presión. Acostado allí dentro comienza a sentirse claustrofóbico y ansía que la tortura pase

rápido. Su prototipo B102 se acopla con la máquina modelo HL100 que monitorea Adalberg. Lo divisa a través del panel transparente y eso lo tranquiliza.

Sus manos se adormecen.

Sus párpados móviles se cierran.

Su respiración es más lenta.

«¿Dónde estoy?».

«¿Yo elegí venir a este lugar?».

Sus músculos se relajan.

«Esta calidez es lo que necesitaba».

Disminuye su ritmo cardíaco.

«Ahora mismo anhelo estar en este sitio».

Deja de resistirse.

«Luces. Veo pequeñas luces como esferas que se elevan y son hermosas. Jamás vi un paisaje así. Quiero quedarme un buen tiempo descansando en esta calidez».

Pese a no verlo, sabe que Adalberg vigila del otro lado.

«¿Por qué tengo estos pensamientos tan extraños? ¿Estaré soñando? Todo es más liviano. ¿O es que soy una manifestación de otra conciencia? ¿Acaso la extensión de una de esas esferas de luz con vibración sutil? Carece de importancia. Aquí estoy. En un sueño, en un paraje tan tranquilo y eterno. Y, si me fijo bien en el cielo, veo una hermosa cúpula violeta con salpicaduras de luces y otros colores».

De pronto acontece algo que le es familiar. Siente una terrible intromisión. Un dolor sordo estalla de golpe y pone fin a la inducción. La sensación abrumadora se cristaliza como si todo lo disperso se agrupara y adquiriera peso y forma a una velocidad descomunal.

«No puede ser que elijan el peor momento para ponerse en contacto conmigo».

Valdi, aunque inconsciente, empieza a moverse dentro de la cámara de cuidado y restauración. Adalberg se asusta, pues los valores mejorados con la medicación se alteran de manera abrupta y es la primera ocasión que ve tal anomalía. Intenta programar la detención del proceso, pero no lo logra.

«Siento la densidad del universo, Adal. Si me pidieras que te explicara por qué las cosas suceden así, no podría. Hay un adentro y un afuera. Siento un sonido incesante de ríos calientes dentro de mí. Son escandalosos y están bombeados por una agitada máquina que me sacude. No es mi corazón. Y siento la carne pegada a una superficie dura de la cual no puedo levantarme. No sé cómo moverme. ¡No puedo, Adal! Me he convertido en una masa pesada e incontrolable. Y no sé cómo escapar. Y me desespero».

Los valores retornan a la normalidad, el médico se apura a abrir la cámara con el objetivo de sacar a Valdi.

«Hay un fluido liviano, doloroso y vital, que no es aire y que con esfuerzo se mete por orificios anatómicos. No ingresa a mí, a menos que lo desee y me mueva para conseguirlo. Hay un arriba y un abajo. Estoy boca abajo, Adal. Y todo se dirige hacia allá halado por una fuerza invisible y poderosa. No es la gravedad. Me propongo voltearme. Lo intento. Lo vuelvo a intentar. Se requiere demasiada fuerza. Lo logro, pero sucede algo impredecible. La luz impacta unas masas blandas que hasta entonces no me había percatado que me permitían ver. No son ojos, solo se le asemejan. Un sonido ácido las calcina mientras todo se torna borroso y sufro dolor. Afuera, ahí afuera, parece haber tanta luz. La siento introducirse, hace agujeros que exponen mi carne. Necesito girar. *¡Lo hice!* Ahora percibo un líquido caliente queriendo brotar. Me apoyo con los brazos y manos y me separo un poco del suelo. Con fuertes contracciones expulsó la sustancia a gran velocidad. Es vómito, Adal. Vómito que sin querer recala por los orificios de la respiración y la complica más. Anhelo que acabe pronto. Quiero dejar de respirar. Pero estos ríos calientes que recorren mi carne siguen su violento cauce».

COMPASES HASTA LA SEMICADENCIA

Adalberg consigue sacarlo. «Monitorear signos vitales», solicita al nanoimplante de Val. «Error al intentar comunicación», recibe. Con ayuda de su mano y su B102 comprueba que continúa con vida. «Presión arterial: 102/65 milímetros de mercurio. Respiración: 15 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 70 latidos. Temperatura: 37.2 ˚C». Suspira. Lo mira. Después de la medicación suministrada es normal que experimente un sueño profundo. Y así luce, inconsciente y en un estado similar al que llegó Lárus. No obstante, las causas son distintas. Acomoda el cuerpo en un mueble largo y advierte la presencia de movimientos oculares aleatorios y rápidos propios de la fase de sueño paradójico. Al menos eso es indicador de un buen funcionamiento del tallo encefálico.

«Medición de neurotransmisor acetilcolina». «Error al intentar comunicación».

«Medición de ondas ponto-geníiculo-occipitales». «Error al intentar comunicación».

«Ejecutar aumento del nivel de conciencia». «Error al intentar comunicación».

«Activación forzada de la función volitiva. Asunto de Seguridad». «Error al intentar comunicación».

Lo lógico es que las anomalías sean por una falla del B102 y tenga que pedir ayuda tras descartar daños en sus máquinas. Se dirige a su visor holográfico y comprueba que la cámara usada funciona como de rutina. Se confirma la veracidad de sus suposiciones.

«Estoy con el presidente Valdi en mi laboratorio. Ahora duerme. Acudió por descompensación, pero su B102 parece defectuoso. Necesito tu asesoría», le envía a Sunna y suspira ansioso en espera de la desagradable sensación que le producen las respuestas telemáticas. Le inquieta tener una conciencia distinta a la suya dando mensajes parcos en su cabeza: es invasivo, exige prontitud en la organización del pensamiento y echa de menos información paralingüística relevante.

«Adalberg, acabo de revisar y hay una interferencia».

Le sobreviene el cosquilleo desconcertante, pero el contenido de la señal de Sunna le preocupa más.

«Rechazó los algoritmos de la cámara de cuidado y restauración y mis órdenes. ¿Estará dañado?».

Espera inquieto la contestación.

«Tampoco me permite el contacto. Rastrearé la señal para averiguar su procedencia. Adalberg, voy rumbo al segundo subsuelo».

«Anular denegación automática de las peticiones de acceso al laboratorio».

Sunna viene y ha vuelto a entremezclar la solemnidad del respeto que le tiene con la comodidad de la costumbre, su necesidad de distancia y el pavor de no ser suficiente. Le hormiguean las manos. Su corazón se acelera. Para distraerse, ordena el caos provocado por la movilización del cuerpo yacente.

«Sunna solicita acceso», resuena la voz neutra.

«Permitir», comanda y entonces ella entra con la preocupación dibujada en la cara, aunque es probable que se perciba relajada.

—Qué bueno que viniste.

—Gracias por el aviso, debemos averiguar qué ocurre —dice seria y saca de su bolsillo un artefacto diminuto y liso hecho de wolframio. Lo ubica cerca de la sien izquierda del afectado y luego lo analiza con su B102.

Adalberg la contempla unos minutos. Ignora la finalidad de sus acciones y el silencio le hace sentir que estorba. Considera la idea de dejarla sola, pero Sunna se voltea horrorizada para verlo.

—La interferencia viene de afuera —afirma.

—¿Qué?

—La interferencia viene de afuera —repite.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Algo en el exterior interviene y propicia una alteración selectiva en el B102 del presidente Valdi.

—¿Pero tienes certeza? —exclama, incrédulo de la respuesta.

—Es lo que indican los datos.

—Es imposible.

—Insisto, es lo que indican los datos.

—Casi es afelio y son horas inseguras.

—Lo sé.

Aguardan consternados unos interminables segundos. La luz que emiten los proveedores comienza a resultar incómoda, así mismo el ruido del sistema de ventilación y oxigenación.

—Sunna, ¿qué sabemos del responsable de la interferencia? —corta la propia perplejidad.

—Al parecer ha estado en comunicación constante. Cinco veces desde el inicio de la reciente misión. Y he contabilizado ciento veintinueve contactos en intervalos irregulares de tiempo.

Adalberg se sienta en un mueble cercano.

—Las señales de tu rostro me sugieren que experimentas estupor —Sunna asevera con la impasibilidad fingida que la caracteriza—. Interpreto que se debe al desconocimiento de los antecedentes que acabo de proporcionar, pero voy a corroborarlo por Asunto de Seguridad.

—Esto es nuevo para mí, puedes saltarte la verificación de mi B102.

—Debo seguir el protocolo.

«Sunna Friggdóttir ejecuta una revisión de información adicional relacionada con interferencias del exterior. Asunto de Seguridad. Datos no encontrados». Sí. Claro que no halló datos, esto es parte de lo que Val le oculta. Y le duele. Le disgusta. Le enoja demasiado. Se despega de su asiento y comienza a deambular. Ella lo mira con extrañeza.

—Deja ver si entendí bien, Sunna. ¿Es probable que seres vivos inteligentes anden sin dificultades por la superficie del planeta?

—Es una suposición inicial factible.

—¿Cómo es que lo hacen?

—En primera instancia, desconocemos si son homínidos u otra familia de especies. Pero también puede que cambiaran las condiciones climáticas actuales.

Eso le recuerda la conversación con Val y evita emitir comentarios.

—Aún más extraordinario —continúa ella— es que tienen una tecnología tan avanzada que, aunque se infiltraron en nuestros sistemas, la detectamos por accidente. Y tengo diversas posibilidades.

«Análisis de datos», recibe y vuelve a sentirse inquieto. Se sienta. Decide ignorar el mensaje aun sabiendo que es tan fácil como ordenar el comando «descargar». Descarga el archivo por error. Se enoja más y pestañea frenético. Ahora está al tanto de las veintiuna posibilidades contempladas por Sunna a partir de lo disponible. A veces tiene ganas de destrozar los nanoimplantes.

Suspira resignado.

—Gracias —le dice por cortesía.

—Sea lo que fuere, es prematuro adelantarnos. Tendremos que esperar a que el presidente Valdi despierte para corroborar nuestras hipótesis.

—Sí, concuerdo.

—Este suceso cambia el curso de la historia —comenta con un reconocible tono de emoción por el descubrimiento.

A Adalberg no le sorprende, a ella le es ininteligible la afectación moral en los procesos individuales. Empero, en esta ocasión le irrita.

—Cambia la historia, sí, solo que ignoramos si en el buen sentido.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si el presidente desconoce que vivencia intervenciones externas? ¿Y si son para sustraer información sobre el Laboratorio

Börn Eyjarinnar o la Base Norte?

—La señal es bilateral, hay una intercomunicación. A pesar de ello, me es inasequible aislar las frecuencias. Es una posibilidad más a considerar, debemos esperar.

Esas palabras son suficientes para que disminuya su enfado. Empieza a asustarle la probabilidad de gestores malintencionados.

—Sunna. ¿Cuánto suelen durar estos eventos? ¿Puedes revisar?

—La duración promedio es de una hora, con un margen de error de catorce minutos.

—Ya veo. ¿Y corre riesgo su salud en ese lapso? Lo he examinado y, salvo la alteración al principio, son nulos los desajustes en sus signos vitales. Es como si durmiera, pero me inquieta que esté amenazada su vida.

—Según el historial que encontré, no corre peligro. Aunque tras las comunicaciones vienen desequilibrios en sus niveles de serotonina y dopamina.

Eso tiene sentido. Según el diagnóstico previo, Val presenta severos problemas con la síntesis de sus moléculas neurotransmisoras. Suspira. Le tortura su negligencia al adjudicar dichos valores a una depresión crónica.

Sunna tose.

Embargado por la culpa, se ve obligado a cambiar de tema.

—¿También enfermaste?

—Podría ser que me haya resfriado.

—Discúlpame, con tanto ajetreo en las últimas horas olvidé verificar cómo estabas de salud.

—No creo que sea una prioridad inquietarse por mí.

—Aún sobran minutos, si la interferencia dura la hora que mencionas. Voy a revisarte. Siéntate acá.

Ella se resiste a desviar el foco de atención, pero es bastante lógico el argumento del tiempo. Al final le obedece. Él le coge la barbilla y examina su cara. Busca signos de enfermedad. Se detiene en sus pupilas. La suelta. Trae un bajalenguas y una linterna para revisarle la garganta.

—Abre la boca y di “aaa”.

Lo hace.

—Está irritada.

—Cobra sentido el ardor que siento. ¿Es grave?

—Podría serlo —declara y agarra un estetoscopio—. Cuando yo te diga, respira hondo —le ordena y ubica el auscultador en su espalda a nivel pulmonar. Le hace inspirar varias veces—. Todo bien por aquí. ¿Sientes alguna molestia en especial, además de la tos?

Deja el estetoscopio.

—Sí, mialgia.

—¿Estuviste en contacto con alérgenos?

—Podría ser a través de Lárus.

—Es cierto. Sugiero hacer una revisión a profundidad y obtener cuidados en una cámara de mi laboratorio.

—Entiendo la necesidad, mas será imposible. Tengo que estar consciente cuando el presidente se despierte. Además, tú mismo debes descansar y dejar de ocuparte de otros.

Adalberg arquea las cejas. Se sorprende, pese a que su comentario puede corresponder a un análisis que toma en cuenta su bienestar como parte del engranaje de una óptima funcionalidad social. La empatía no es la mejor característica del *homo eusocialis*, su naturaleza la reemplazó por altruismo.

—Gracias, Sunna, por pensar en mí, pero tu curación dura menos de diez minutos. Aun si el presidente Valdi termina su comunicación con lo que sea que esté en el exterior, se despertará después de horas debido a la medicación sedante.

—Entiendo.

—Autoriza la inducción, por favor. Luego, ambos podremos permanecer tranquilos. Y te prometo descansar.

Lo reconsidera. Esta vez carece de motivos para oponerse.

—Lo haré —consiente y sonríe de forma gentil, aunque sus extremidades tiemblan.

Ansiedad, identifica Adalberg, pese a que no se arriesgará a preguntar. En la última confrontación se sintió entrometido. Se acerca a su visor holográfico y activa el control de las cámaras de cuidado y restauración. Señala el modelo HL50, ideal en procesos de programación corta, e ingresa el código que inicia la preparación.

—Adalberg.

Voltea a verla y nota que se curva en señal de molestias torácicas.

—Dime.

—Cuando nos hallábamos en el exterior y me consultaste sobre la ansiedad, te mentí.

—Lo sé. ¿Existe un motivo por el cual cobra relevancia?

—Sí. Creo que tengo altos niveles de cortisol.

«Medición de hormona cortisol», solicita. «Cortisol en sangre: 49 mcg/dL».

—Ya veo. Sí —le responde serio. Resulta que su especie tiene una hiperconciencia de funciones corporales relacionadas con el sistema endocrino. Lo desconocía—. De ser el caso, debes saber que puedo regularlo con fármacos, aunque demorará horas en bajar sin ayuda de la máquina.

—Está bien, igual te lo agradezco.

—¿Te inquieta algo más? —pregunta, pero tarda en reaccionar, ha elegido una formulación incorrecta—. Perdón, ¿precisas reportar otro

dato?

—No, solo te agradecería una explicación de por qué soy susceptible a la ansiedad.

La escucha con asombro y ordena en su mente lo que conoce sobre la etiología del síntoma en la especie de ella. En realidad, se ha estudiado poco porque representa un problema insignificante en comparación con la estadística de la alteración en los humanos. Sunna es un caso atípico por su método de hibridación.

—Tu sistema nervioso va a tender a esto —le devela con pesar—. Lo lamento, empeorará con el tiempo. Si me permites, podría programar una serie de horas con alguien de mi laboratorio para que te haga un seguimiento.

—¿Por qué razón otro diferente a ti? —y carraspea.

—Dudo que desees verme más horas de las que ya me ves —bromea y se tropieza con la sobriedad de su rostro—. Puedo hacerlo —reelabora—, sin embargo, no quiero. Me es llevadero pasar tiempo contigo, pero procuro lo mejor para ti y eso implica que tu caso lo revise quien comparta tu genética.

Ella realiza un gesto afirmativo.

—Lo que sí me gustaría decirte —prosigue Adalberg— es que tus síntomas se exacerban con la utilización continua del nanoimplante, dado que este alimenta tu necesidad de control.

—El prototipo B, modelo 102, está diseñado con el propósito de mejorar las capacidades biológicas.

—¿Qué capacidades? Que yo sepa es selectivo para el área de monitoreo y telecomunicación. ¿Sabías que no existe perfeccionamiento específico sin atrofia o entorpecimiento de otras áreas? ¿Y acaso la saturación de información no es una fuente de estrés corporal?

Sunna lo reflexiona y no encuentra errores para refutar. Tose.

—Ahora tienes que ir a la cámara —ordena Adalberg.

Ella demora en acatar. Pasea su vista por los proveedores de luz, la rejilla del filtro del sistema de ventilación y oxigenación, la cámara de cuidado y restauración. Almacena datos o es que, ante la ansiedad, sus rituales se exhiben más elaborados. A él le gustaría señalar el síntoma, pero se guarda el comentario.

Al ingresar a la cámara, el B102 de Sunna se acopla con la máquina y Adalberg puede comprobar el diagnóstico en su visor principal. Alergia y estrés oxidativo. Programa el incremento de oxígeno a una presión parcial por encima de la atmosférica, consiguiendo elevarla a dos mil cuatrocientos milímetros de mercurio. Cuando vuelve la mirada sobre el panel transparente, nota que ella ya se encuentra dormida. La observa durante varios segundos y luego posa sus ojos en Val, quien de verdad lo intranquiliza.

«Val». «Error al intentar comunicación».

El silencio inunda el laboratorio, no obstante, se rompe de repente. Un ruido singular es producido por una de las cámaras de cuidado y restauración de donde emerge un niño con traje gris.

—¡Adalberg! —exclama alegre y con unos cuantos brincos llega hasta él. Lo abraza por la cintura y enseguida se suelta—. Estoy súper bien.

—Así veo —participa con la misma alegría—. ¿Qué tal esas horas de sueño?

—¡Esas horas fueron geniales! Soñé que estaba en un lugar hermosísimo y cálido. Y veía luces pequeñas como esferas que se elevaban. ¡Jamás había visto un paisaje así! Quería quedarme a descansar. Era tranquilo y eterno.

—Qué bueno que tu sueño fuera así de bonito y te sientas mejor.

—¡Sí! Ahora deseo ir a la residencia porque extraño mi piano y mis otras cosas. ¿Puedes avisar que me vengan a recoger?

—Puedo y lo haré.

«Paciente L00624 necesita traslado a subsuelo tres», envía a través del B102.

—Listo. Ya está hecho.

—Gracias. ¿Puedo venir otro momento?

—Si enfermas. Pero puedo ir a visitarte.

—¡¿Qué?! ¿En serio tienes permitido hacer eso?

—Muy en serio.

El niño da brincos de alegría. Sus ojos brillan de emoción y esboza una sonrisa que vencería cualquier mal del universo.

—Y cuando vaya —le dice Adalberg—, llevaré mi violín y tocaré para ti. Conozco melodías antiguas y hermosas.

—¡¿De verdad?! ¡¿De verdad tocas violín?!

—Sí, es mi instrumento favorito.

«Adaldís solicita acceso», resuena en su B102.

—¿Adaldís se llama tu actual cuidadora? —le consulta al niño.

—Sí, es mi cuidadora. ¿Tan pronto asistió?

«Permitir», concede a la máquina de reconocimiento.

—Sí, debe haber aguardado cerca. Lo supongo porque ya te espera. Vamos a recibirla.

—¡Adaldís! ¡Adaldís! —grita alegre y corre a saludarla.

—Gracias por cuidarlo —expresa ella sin traspasar el umbral. Desde ahí muestra una sonrisa gentil.

—Fue un gusto —le devuelve el gesto y luego mira al niño. Planea despedirse, pero él se le adelanta con un fuerte abrazo. Sus ojos grises les recuerdan a los suyos. Y a los de Lara, la hija de Val. De inmediato siente un vacío en el pecho. Le viene la imagen de la muerte de la pequeña. Las pupilas inertes. Sus bracitos blandos colgantes y su

melena pelirroja. El llanto desconsolado del padre. Se conmueve.

—¿Estás bien? —indaga el niño muy perspicaz.

—En general, sí lo estoy. No hagas caso a mi semblante.

—Está bien. Por cierto, gracias por cuidarme. Esperaré tu visita.

—Sí, con certeza iré. Ahora vete y cuídate para que estés sano. Que tengas buen descanso. Lo mismo tú, Adaldís.

Ambos se despiden y se van. La vida solo parece agradable si se desarrolla en el tercer subsuelo. Adalberg recae en rumiar la idea que lo persigue desde niño, que la Base Norte es como una gran colonia de hormigas. A kilómetros de la superficie se desarrolla la vida colectiva dividida en castas. Los individuos gastan su energía en la reproducción asistida de las reinas y el cuidado de sus larvas. Y la mayoría ignora lo que hay arriba.

Vuelve a reparar en Val. Todavía duerme.

«¡Despierta!», le insiste, pero es imposible establecer una comunicación.

Se acerca, le acomoda los rizos y le besa la frente. Revisa de nuevo sus signos vitales antes que despierte Sunna y se percate de la desconfianza a su análisis de datos.

«Presión arterial: 90/60 milímetros de mercurio. Respiración: 9 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 64 latidos. Temperatura: 36.5 °C». Todos los valores son correctos.

COMPASES HASTA LA CADENCIA FRIGIA

Aunque un historial es sugerente de probabilidades, puede resultar inútil para predecir lo que ocurrirá en la interferencia actual. Y, a pesar de los temores de Adalberg, Sunna estaría de acuerdo en dudar de la veracidad de su propio análisis. Se escucha el sonido de la cámara modelo HL50. Es ella, que despierta. Abre los párpados y deja ver sus enormes pupilas producto de una adaptación selectiva a la escasez de luz. Se toma su tiempo en reconocer y ordenar los sucesos. Quizás por costumbre consulta la hora.

«00:07», registra.

Logra divisar a Adalberg del otro lado del panel y eso la tranquiliza. Con sus dos manos empuja la puerta. Tiene la imperiosa necesidad de comunicar que está mejor. Y sí, la tos y la mialgia han desaparecido, pero las ganas de expresarlo proceden de la programación expuesta durante su estancia en la cámara. Le parece ridículo hacerlo, empero, el condicionamiento es más poderoso que su razonamiento lógico. Se acerca.

—Me siento mucho mejor —le dice al médico.

—Me alegra que te sirviera —y le sonríe discreto, sabe que a ella le molesta la fase de verificación de la curación programada.

Ella espera impaciente el comando que viene a continuación.

—¿Cómo te fue en esas horas de sueño? —comprueba Adalberg.

—Fueron minutos. Y me fue bien —garantiza e intenta controlar la urgencia de narrarle lo que ha visto, no obstante, hay que seguir el guion—. Era un paraje hermoso y cálido. Justo lo que necesitaba. Vi luces pequeñas que se elevaban en un paisaje tranquilo.

Detesta las frases que ha usado, sin embargo, admite que disfrutó el descanso.

—Qué bueno —expresa él tras escuchar con paciencia.

Sunna reacciona con una casi imperceptible sonrisa y, libre de la programación, vuelve a centrarse en el problema. Divisa al presidente Valdi e intenta acceder a su B102, pero sigue interferido.

—¿Revisaste de nuevo sus signos vitales? —consulta.

—Justo antes de tu despertar. Son normales y mejoran.

—Al culminar la interferencia, ¿crees imprescindible realizar otro diagnóstico? —indaga con incomodidad sin precisar la causa. Acaba

de recuperarse y todo malestar debería haberse eliminado.

—Es lo que pensaba hacer. Programaré una máquina HL100 después de dar mantenimiento a la que acabas de usar.

Sunna intenta concentrarse en la conversación sobre el presidente. Es en vano. Un poderoso olor consume su atención. «Analizar», ordena. El aroma le resulta familiar y, a pesar de ello, le cuesta recordar. Su B102 arroja resultados regulares. Es un olor con composición semejante a la canela.

—¿Alguien más estuvo aquí? —pregunta molesta. La posible implicación de terceros problematiza la confidencialidad de los recientes acontecimientos.

Él voltea para verla y frunce el ceño.

—¿Requieres esa información por un motivo en especial?

—Adalberg. ¿Alguien más estuvo aquí? —vuelve a formular su interrogante—. Es por Asunto de Seguridad.

—Han venido varios individuos en las últimas veintinueve horas —contesta inequívoco.

—¿Y mientras estuve en la cámara?

«Activar detector de mentiras en la voz», ordena a su B102.

—Nadie ha ingresado al laboratorio en los minutos que pasaste inconsciente, Sunna. ¿Por qué lo consultas?

Visualiza el color verde. Según su B102, dice la verdad. «Analizar último acceso en la máquina de reconocimiento de Adalberg Þórsson». «Acceso denegado», recibe y se frustra.

—Sunna, acaba de informarme mi sistema de defensa que has intentado analizar mis datos.

—Sí. Soy alto mando, ¿por qué tengo un bloqueo?

—Perdón porque tuvieras que enterarte así, es por precaución. Solo el presidente Valdi y yo gozamos de autorización. ¿Qué es lo que buscas? Si es un Asunto de Seguridad, quiero ayudarte.

Ella comienza a olfatear, trata de hallar el origen del aroma, pero está por todos lados. Incluso proviene de Adalberg, quien la mira extrañado.

—Huelo algo indescriptible —le comenta.

—¿Un olor, dices?

No le responde, presiente que esconde información. «Activar luz infrarroja», comanda. Entonces logra ver que hace poco ha sido utilizada una de las cámaras vacías de cuidado y restauración.

—Salió alguien de aquí. ¿Quién se curó en esa HL100? Se vincula con el olor —insiste.

—Lo lamento, debo preservar su identidad. Aunque estás en lo cierto, uno de los individuos bajo mi cuidado acaba de irse. Lo misterioso es que no poseía ningún aroma inusual o por lo menos llamativo.

—¿Ha visto al presidente Valdi?

—Veo de dónde viene tu preocupación. No. No ha reparado en él. Su atención es muy selectiva y pasó la mayor parte bajo los efectos posteriores a la programación.

Esas palabras deberían ser suficientes para calmarla, pero ese olor la trastoca. ¿Cómo es posible que un rastro logre perturbarla?

—Perdóname —Adalberg se disculpa al notarla alterada.

Es difícil molestarse con él porque es lícito encubrir datos por motivos de seguridad. Lo examina como si eso le diera acceso a una solución. Él casi siempre parece saberlo todo. ¿Por qué esta vez lo desconoce?

—Podría ser que —Adalberg inicia y se interrumpe—. Por favor prueba con suprimir el aroma incómodo.

«Suprimir aroma incómodo».

Qué acción tan efectiva. Sunna deja de percibir el olor. También el malestar. Lo contempla intrigada.

—¿Sabes qué me sucedía?

—Tengo mis conjeturas, enseguida te las comento. La supresión no durará más de diez minutos y debo acelerar el proceso de purificación del aire para que el ambiente esté en condiciones óptimas. El aroma no está relacionado con el sujeto que acaba de irse —explica mientras manipula hologramas—. Con anterioridad me han reportado este síntoma luego de inducciones breves. La fuente varía. Y como lo hace de forma aleatoria, infiero que se trata de una alucinación olfativa transitoria provocada por un mecanismo no estudiado del circuito sueño-vigilia. Identifiqué hiperactividad dopaminérgica.

Sunna lo mide desde su B102. «Dopamina en sangre: 46 pg/mL».

—Es verdad, acabo de detectar lo mismo.

—Nada de qué preocuparse —la tranquiliza Adalberg—. Con base en la casuística, el síntoma es temporal e inofensivo. La única novedad es que a ti te ha generado displacer.

Comienza la aceleración de la purificación y el aire circula con celeridad, hace más ruido del habitual.

—¿Lo regular es que agrade?

—Sí. En todo caso —suspira—, todavía carezco de conclusiones válidas y generalizables. Solo ten confianza en que desaparecerá en su totalidad en unos minutos.

—Entiendo. Por lo pronto, estoy mejor con la supresión. Gracias —dice y se sienta en el mueble para procurar relajarse.

Él responde con una exhalación de alivio y luego orienta la mirada al presidente Valdi. Sunna lo imita desde la calma que le proporciona el descanso.

Una rodilla del presidente parece contraerse.

—¿Viste eso?

—Lo he visto. Verifiquemos.

«Prueba 13», Sunna explora desde su B102 sin obtener resultados favorables.

—Ya lo he hecho, Adalberg, no pude acceder.

—Ya veo. Yo tampoco. Debió tratarse de la actividad motora habitual durante el sueño.

—Nuestra mejor alternativa es esperar. Todavía fal —se detiene porque recibe de Örn: «Sólmundur se identificó para abrir una comunicación». Había olvidado que antes de bajar al laboratorio coordinaba el traslado de las hijas del agente.

«Gracias. Luego me pondré en contacto con él», envía al B102 de su asistente.

—¿Fal? ¿Estás bien? —se cerciora Adalberg.

—Sí —afirma convencida.

—Es que cortaste tu discurso.

Se distrajo de lo que hablaba. Contempla a Adalberg aturdida y hace una venia.

—Te extiendo mis disculpas, era Örn reportando una situación.

Incómodo por el gesto, él comienza a pestañear.

—No, no, Sunna. No necesitas excusarte. Comprendo que deberías irte a preparar la logística de la movilización. —Le devuelve la venia—. Discúlpame y gracias por venir a ayudarme.

—Es cierto que la misión es relevante, pero la interferencia lo es todavía más. Es absurdo que te disculpes, pues mi prioridad es atender los Asuntos de Seguridad.

—Entiendo.

—Pero en relación al traslado, en las siguientes horas te pasaré la información que precisas sobre tu participación.

—¿Saldré en tu reemplazo? —pregunta pasmado.

—Aprovechemos que gozamos de este tiempo para discutirlo. Irás a la superficie si el presidente Valdi lo resuelve —dice y vigila su figura acostada. Ya recuerda lo que iba a decir antes de la interrupción, mas exteriorizarlo carece de actual significancia—. Puede que desee tu compañía y no la mía.

—Es probable —especula Adalberg—. Le interesa mucho el arribo de las hijas de Sólmundur.

—Más que cualquier otro.

—Sí —comenta angustiado y cambia su postura—, tiene sentido que busque un mayor control.

—Identifico muestras de inconformidad. ¿Te preocupa salir?

—Si soy honesto, Sunna, más que el exterior, el recibimiento o las complicaciones médicas, me inquietan las consecuencias sociales de la venida de las jóvenes.

—¿A qué te refieres?

—Quizás lo preveas. O no. No lo sé. Pero es probable que se dé una convivencia conflictiva cuando las hijas de Sólmundur suban al subsuelo de alojamiento.

—Eso es lo que he sido incapaz de entender sobre las últimas misiones. Perdón si me desvío del tema inicial, no obstante, te solicito me esclarezcas lo que a Lárus se le hizo difícil explicar.

—¿Cuál es tu duda?

—Todo lo referente a la desavenencia en el retorno. Está por fuera de mi lógica el comportamiento egoísta disfuncional de Páll.

Prevalece una diferencia fundamental filogenética entre especies. A Sunna le es intolerable que se atente contra los intereses colectivos en beneficio propio. Un historial de segregación y rechazo categórico ha hecho que en su especie sea rara la aparición de individuos con este tipo de accionar. Si ocurre es, con certeza, una aberración vinculada a la hibridación humana.

—Lo que pasó con el misionero —explica Adalberg— es que dejó en segundo plano la eficacia social porque se activó un inusitado mecanismo instintivo con el que entró en contacto por primera vez.

—¿Y la incontrolabilidad es porque el impulso es nuevo?

—Yo diría nuevo, intenso y desadaptativo en nuestra sociedad. Creo que en Páll subyace un impulso sexual que moviliza acciones para su satisfacción.

—¿Sexual?

—Sí, así parecería. A pesar de la imposibilidad por el hipogonadismo causante de la esterilidad en nuestra especie. Sería como una esquirla psíquica de la reproducción arcaica que permitió antes la proliferación humana.

—¿Es eso posible?

—Es la única explicación que tengo a su conducta, Sunna.

—A pesar de ello, analizarlo así relativiza la disfuncionalidad. Y la justifica.

—A Páll le sería ineludible, ya que no poseería un marco de racionalizaciones al respecto. Lo sintió como imperativo.

—Pero es patológico. Todo lo que no aporta al mejoramiento de la subsistencia común resulta patológico. ¿Habría que separarlo y estudiar el mecanismo?

—Dudo que resulte sencillo. Sufriría porque todo lo que se desvía de la satisfacción de los instintos de supervivencia, aunque en este caso sea uno ilusorio, también deviene en patología.

—Explícate.

—Antes deja programar la ralentización del sistema de purificación. —Se voltea para hacerlo y en veintiséis movimientos lo consigue—. Si te fijas, la disfuncionalidad de Páll también puede ser el resultado de objetivos sociales egoístas que no toman en cuenta sus necesidades

individuales y las frustran. Como cuando intentas controlar las situaciones según un código de buena convivencia, pero lo que logras es incrementar tu capacidad de enfermar por la ansiedad.

Lo mira y procura asimilar el señalamiento moral. No se defiende. El aire comienza a circular más lento. El olor molesto se ha ido por completo, tal como lo predijo.

—Aunque tienes razón, Sunna —agrega Adalberg—. Y me preocupa. Es absurdo arremeter contra los individuos y los objetivos del propio sistema.

—Sí, lo es. Tendré que planificar una estrategia con el objetivo de evitar nuevos conflictos.

—¿Has analizado la alternativa de aislar a las hijas de Sólmundur hasta que se adapten a nuestra sociedad? Entretanto, Páll aprende a sublimar sus impulsos.

Las palabras de Adalberg le han generado una disonancia cognitiva a tal punto que ella misma ha notado el aumento del tamaño de sus pupilas, signo típico de los procesos mentales más complejos.

—¿He propuesto un disparate? —cuestiona él, haciendo gala de su experticia en leer detalles expresivos.

—Es que consideraba un hecho que los restos de impulsos sexuales humanos, suponiendo que en realidad existen, son sublimados a través del amor. Sin embargo, Lárus me ha relatado de un Páll que amaba como origen del problema. O hablamos de un concepto distinto al amor —logra argüir— o la estrategia de sublimación no funciona.

—Es un amor atravesado por factores ajenos a tu entendimiento. Que cursa con cambios neuroquímicos abruptos y sostenidos de dopamina, serotonina, oxitocina y noradrenalina. Tal hiperactividad, en los humanos con mayor predisposición, inhibe la corteza prefrontal, lo cual se traduce en una reducción de la capacidad de razonamiento.

—Entiendo. Su naturaleza le tendió una trampa.

—Por ello, la sublimación debe reforzarse. El pseudoimpulso sexual vino con un extraordinario sentido de posesión y violencia que discuerda con nuestras normas sociales y costumbres. Y el amor que le enseñamos no fue suficiente para frenar el daño.

Su lógica carece de contraargumentos y resulta desestimable cualquier extrapolación de experiencias. Aun así, todo acercamiento compasivo queda anulado cuando recuerda que Páll atentó contra los intereses comunes.

—No hablamos de amor, entonces —concluye.

Su interlocutor elude el contacto visual porque se incomoda. *Deseo que dejes de verbalizarlo*, dijo Adalberg la última ocasión que ella declaró en alto que lo amaba.

El presidente Valdi también le realizó una petición similar.

Lo mira.

«Prueba 14». «Error al intentar comunicación».

—Tú amas todo —sustenta Adalberg y sonríe, aunque luce triste porque tiene las pupilas dilatadas y la conjuntiva con apariencia vidriosa—, menos usar escafandra y que las cosas se descontrolen. Tampoco amas que reneguemos del B102. Nos amas, pero es un amor diferente al que la humanidad es susceptible de sentir.

—¿Y tengo forma de aproximarme? —siente una repentina curiosidad.

—No de manera directa. Pero podrías comprenderlo con una simulación de empatía —dice, exaltado—. ¿Quisieras probar?

Sí. No obstante, detesta la idea de admitir que ansía ensayar humanidad.

—Podría ser que le encuentre utilidad —contesta.

—Ya veo.

«Simulación de empatía ampliada», recepta Sunna en su B102, suscitando en ella ligera sorpresa. «Descargar y activar», ordena, pero nada anormal ocurre.

—Por cierto, tiene una programación retardada de seguridad, pronto llegarán instrucciones.

«Ha intentado activar la simulación de empatía ampliada. Tiene derecho a veinte segundos de cambios neuroquímicos importantes, temporales y reversibles que le permitirán imitar un funcionamiento límbico complejo. En su activación requiere vigilancia especializada y doble comando», resuena una voz neutra en su B102.

—Me entristecería verte en aprietos. Consúltame antes de usarlo.

—Lo haré, te describiré el contexto y —para de golpe.

El presidente Valdi balbucea algo inentendible y ambos voltean a verlo.

Adalberg demora en pararse debido al excesivo cansancio, si bien se adelanta a verificar el estado del nanoimplante.

—Se acabó la interferencia —afirma con entusiasmo.

Ella saca de su bolsillo el artefacto de wolframio y enseguida se dispone a comprobar.

—Es cierto —concuerda.

—Por fin. Lo devolveré a la cámara de cuidado y restauración.

Él carga el cuerpo con cuidado. Sunna se abstiene de ayudarlo, al igual que ocurrió con Páll. Su constitución es endeble durante el trabajo físico, pero vigila de cerca todo el proceso de reubicación a la máquina.

Adalberg realiza un diagnóstico detallado desde su visor.

—Su salud es similar a la que presentaba justo antes de la anomalía.

—Interesante. ¿Se ven alteraciones en sus neurotransmisores?

—Ya no.

—Qué extraño.

—Podría ser efecto de la medicación suministrada.

—¿Y qué tan conveniente es detener el proceso, Adalberg?

—Conoces cómo es. Si lo despertamos, es probable que se resista a hablar y volver a pasar por la curación.

—Se trata de un Asunto de Seguridad y los biomarcadores que visualizo en tus hologramas señalan factibilidad.

—Lo sé, solo que soy más pesimista. Pon atención a lo de acá —indica el desgaste de los telómeros.

—Tienes razón, irrumpir su sueño sería contraproducente.

Adalberg también parece necesitar reposo, aunque ella se reserva su apreciación. En cambio, analiza las circunstancias.

—El protocolo prescribe que si el presidente Valdi se niega a hablar —reflexiona en voz alta—, se deberá reportar el caso a los demás altos mandos para convenir cualquier propuesta de solución.

—Pero existe la probabilidad de cometer un error si lo sucedido es informado de manera apresurada —replica Adalberg.

—Por otro lado, los minutos transcurren y se posterga saber quiénes son los seres que envían las señales. Si son peligrosos, es mejor saberlo pronto y prevenir ataques. ¿Hay forma de agilizar el proceso de recuperación?

—Incrementando la energía para acelerar el tiempo dentro de la cámara. Y, como sabes, carecemos de los recursos.

La base no los tendrá ni a corto ni mediano plazo, según las últimas negociaciones. La situación bajo tierra se proyecta con una sostenibilidad en detrimento. Desde ya se sacrifican investigaciones en pos de un flujo constante de insumos destinado a mantener las condiciones del subsuelo tres.

Sunna ladea la cabeza.

—Si resulta imposible —concluye la comandante—, es más eficiente que descansemos hasta que despierte el presidente.

—Estoy de acuerdo. El agotamiento me vence y faltan siete horas todavía.

«01:04», consulta en su B102 para calcular. Luego se dirige a la salida. Pensaría más veces antes de irse, pero confía en él.

—Regresaré cuando sea el momento, Adalberg. Que tengas buen descanso.

—Gracias, tú también. Por cierto, puedes partir tranquila. No programaré ninguna detención en tu ausencia.

Sobra la aclaración. Ella le devuelve una sonrisa gentil que arruga su rostro. Y se retira.

COMPASES HASTA LA CADENCIA PLAGAL

Después de un riguroso proceso de preparación, al fin están en la cápsula transportadora. Adaldís lo toma de la mano y él se siente resguardado a su lado. Son marcadas las diferencias anatómicas. La piel de ella es más fina y su estructura ósea la hace ver frágil. Tiene ligera megacefalia y ojos grandes con pliegues retráctiles que funcionan de forma parecida a los párpados humanos. Todo eso es ajeno al niño, aunque entiende la biodivergencia.

Oh-oh, dice para sí mismo. Adaldís ha notado que la estaba mirando y le ha sonreído con gentileza. Eso lo avergüenza, pero aviva sus ganas de hablarle.

—Adaldís…

—Dime, Dagur.

—¿Volvemos al paraíso?

—¿Paraíso? ¿De dónde sacaste esa palabra?

Lo olvidó. Alguien había dicho que el lugar de las residencias se llamaba paraíso y que arriba de este se hallaba el infierno. Intenta recordar, pero no lo consigue. La cápsula se transparenta y les permite divisar un jardín lleno de vegetación.

—¡Qué bonito —grita entusiasmado y pega su cara y sus manos a las paredes—, es la primera vez que lo veo desde arriba!

—Nuestro destino está cerca, cuidado te caes. Debes ponerte aquí en el centro.

—Bien —le responde con tristeza y se aleja a tiempo.

La cápsula se detiene y se abre. Logra reconocer el aroma particular que emanan las flores. Inhala aire con fuerza. Cómo extrañaba estar de nuevo en el paraíso. Caminan por un sendero de césped cortado a la perfección y cruzan entre los viveros colgantes. La última ocasión que Dagur estuvo ahí fue reprendido por sus tutores por molestar a los adultos vigilantes de los cultivos hidropónicos. Se ríe, porque fue divertido. Se introducen en la zona residencial donde se distinguen doce construcciones artificiales ubicadas en forma circular y separadas unas de otras por jardines y un espacio esencial común. Eso es algo que ha visto muchas veces, lo que en verdad le llama la atención es el color de la cúpula general. Está blanca y su luz es tenue. Adaldís también observa hacia arriba.

—¿La habías notado así? —pregunta con curiosidad infantil.

—Pocas veces. Significa que todos duermen. ¿Deseas reposar también o permanecerás despierto? —le consulta y le acomoda el cabello.

—Dormí en la cámara de Adalberg, no tengo sueño. Preferiría tocar el piano.

—Es un contexto inadecuado para las melodías, despertarás a los que alcancen a escucharte y tendrán malestar horas después.

—Tienes razón. ¿Entonces qué puedo hacer?

—Si gustas, podemos pasear. La única condición sería procurar hacer silencio.

—Esa idea me agrada. Pasearé, pero deseo ir solo. Tú debes dormir ahora —le espeta y enlentece su paso para obligarla a parar.

Ella se coloca al frente y lo contempla.

—Gracias, Dagur, qué amable de tu parte. Si necesitas de mi ayuda puedes utilizar tu prototipo A, modelo 750, y llamarme. Confío en que evitarás meterte en aprietos. Te amo. Mas si me disculpas, iré a la residencia a descansar.

Le suelta la mano y la abraza con fuerza.

—Gracias a ti por cuidarme.

Ella se aparta y ejecuta una venia como gesto de despedida. Se va. El niño la sigue con la vista. Le avergonzaría que se enterase de su mentira. No irá a pasear. Avanza al espacio esencial común y se acuesta en la piscina de arena para rodar tres veces y colmarse de suciedad. Le gusta estar ahí porque es cálido como un abrazo. Se asemeja un poco a la sensación que tuvo mientras dormía en el infierno. O en el laboratorio. O como sea que se llame. Se disgusta. Esta cúpula es menos interesante que la del sueño. La observa. Va a esperar que cambie de color y su luz se vuelva tan intensa y amarilla que sea difícil de mirar.

Empieza a sentir cansancio y sus párpados se tornan pesados. Se cierran. Bosteza. Se siente relajado y le sobreviene la somnolencia. Mece los pies para arrullarse hasta que el trance se intensifica. De pronto escucha pasos, alguien se acerca. Está tan cómodo que ni siquiera se esfuerza en ver.

—Dagur —murmura una voz suave y familiar—. ¿Te encuentras bien?

No puede contestar, permanece en un estado letárgico.

—Dagur, soy Adalberg.

—¡Adalberg! —exclama, y se sienta de golpe para descartar que sea una elaboración onírica.

—Despacio o te vas a marear.

La advertencia llega tarde, el mareo aparece a los tres segundos. Dagur se agarra la frente y el estómago.

—Tranquilízate, el malestar ya pasará. Ten paciencia —aconseja—. ¿Estás mejor?

—Sí. ¡Es que me emocioné! —se justifica feliz y se da cuenta que ha alzado la voz, así que comienza a susurrar—. Estás aquí tal como me dijiste, pero en tu visita *vienes como un ladrón en la oscuridad*.

—¿Qué has dicho? —susurra también.

—Ah, que me encanta que me visites.

—Voy a ser sincero —y se arrodilla en el suelo—, pero me va a doler si te genera tristeza. No esperaba verte, por eso he dejado mi violín. Te he encontrado por casualidad y me di un buen susto al principio. Ahora pienso que es una bella jugada del azar.

—Lo es, Adalberg. Deja de disculparte por lo incontrolable. Me da alegría saber que es cierto que puedes venir.

—En ningún momento te mentí. Tengo por ley jamás faltar a la verdad —le confiesa y bosteza—. Perdón, es que estoy muy cansado. ¿Puedo acostarme aquí?

Adalberg se tumba en la arena sin esperar reacción. Sin embargo, el niño murmura: —Claro que sí, todos lo hacen.

—Es que en realidad vine a esto.

Junta los párpados y Dagur lo contempla extasiado.

—Adalberg. ¿Deseas que me eche contigo en la arena para que te sientas acompañado cuando sueñes?

—Eso estaría bien.

Entonces Dagur se recuesta a su lado sin tocarlo ni hacer ruido y vuelve a estar aletargado, aunque tanta calidez en el pecho le hace sonreír.

—Yo una vez fui como tú —musita Adalberg—. Y viví en este sitio —se interrumpe para cambiar de postura y, por la proyección de su voz, el niño adivina que se ha ubicado de lado—. Tuve una cuidadora como Adaldís y un hermano mayor. A los dos los amo con todas mis fuerzas.

Dagur es incapaz de articular comentarios, está adormecido.

—¿Sabías que Adaldís puede mantenerse flotando en el aire? —le pregunta Adalberg—. Solo que quizás prefiera abstenerse para ahorrarte un susto.

Sí la ha visto volar algunas veces. El sopor lo vence. Ya recuerda dónde escuchó lo del paraíso y el infierno. Suele espiar cerca de los cultivos. Los adultos, a menudo, conversan de la diferencia entre una locación y otra. Pero el infierno no es tan malo ni el paraíso tan bueno.

—Adalberg.

—Dime…

—¿Cómo se llama tu cuidadora?

—Hmmm…

Ambos dejan de batallar, se rinden dormidos en la arena, drogados por el gas somnífero.

SEGUNDA PARTE
LOS TRES EPISODIOS

EPISODIO 1: LOS SERES DE LA NAVE

Resuenan todos en coro: «Lamentamos contactarlo en su descanso y durante el período de luz estelar. Le atestiguamos que está a salvo en las instalaciones de su hermano. Hemos aislado las frecuencias de su B102 y lo hemos corporizado en la superficie a través del programa *Stentor*. El tiempo Sōwilō estimado de adaptación a las funciones del cuerpo virtual es de diez minutos. Intente las funciones de movilidad para que pueda abordar a nuestra nave».

«¿Por qué me llaman ahora?».

«Las funciones de movilidad son fáciles de manejar. Intente las funciones de movilidad para que pueda abordar a nuestra nave».

«¡¿Qué carajos quieren?!».

«Intente las funciones de movilidad para que pueda abordar a nuestra nave».

«Son unos malditos».

«Podemos receptar todas sus cogniciones y emociones, incluidas las expresiones malsonantes que pretende ocultarnos y el enojo. Intente las funciones de movilidad para que pueda abordar nuestra nave».

«Quería descansar y ustedes lo arruinaron todo. ¡No me importa si me leen la mente o las malditas funciones de movilidad o la nave! ¡No vuelvan a mencionarlo!».

Silencio de corchea

«Intente las funciones de movilidad para que pueda abordar a nuestra nave».

«¡Maldita sea! ¿Por qué a mí? ¡No me voy a mover un carajo!».

Silencio de redonda

«¿Qué pasó?» Gruñe. «¿Dejarán de meterse en mi conciencia a implantar ideas? ¿Me van a abandonar acá hasta que acepte subir? ¡Sepan que los odio!».

Silencio de corchea

Le embarga una súbita tristeza. «¡Pero qué tontería! ¿Me están transmitiendo sentimientos, estúpidos manipuladores? ¿Creen que no

me doy cuenta?».

«Sentimos extrema tristeza porque queremos que suba a la nave para mostrarle las dos crías en desarrollo que pertenecen a la licencia del Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte».

«¡Pudieron hacerlo como las otras ocasiones! ¡¿Con qué objetivo traerme?!». Valdi se exaspera. Cae en cuenta que ha llevado su mano izquierda a la cara. Se sorprende. «Esto es más sencillo de lo que imaginé».

«Las funciones de movilidad son fáciles de manejar. Intente las fun…».

«¡Ya lo sé, idiotas! Me lo han dicho incontables veces. Me muevo, ¿ven? Ya me senté. Woah, la luz de Sōwilō. Es increíble». Se cubre con el antebrazo.

«Cinco veces».

«¿Cinco veces qué?».

«Contabilizamos cinco invitaciones a que intente las funciones de movilidad».

«Lo que faltaba». Lanza un bufido burlón. «Que empezaran a parecerse a Sunna». Y de repente, sospecha una posibilidad. «¿Han tenido comunicación con ella?».

«Observamos a su cuidadora».

«¿En serio?». Siente terror. «¡Jamás le hagan daño!».

«La intervención maliciosa se aleja de nuestro proceder. Somos seres multidimensionales con interés intelectual hacia las formas de vida que habitan en este planeta».

«El mismo discurso de siempre. No tengo pruebas y, como científico, desconfío de ustedes».

«Puede hallar pruebas en cada acercamiento. Espaciamos los contactos para hacer el menor perjuicio posible a su cuerpo durante las transmisiones. Creamos un programa virtual que anula el daño neuroquímico. Estamos pendientes de su entorno y aseguramos una atención oportuna».

«Ya», les responde con hastío. «Nada de eso prueba sus intenciones». Cubre su rostro con sus manos. «¿Por qué tiene que pasarme esto?».

«Usted posee vastos conocimientos, marcados ideales y pureza en los afectos».

Se incomoda con lo que interpreta como halago. «Estúpidos seres que piensan que les hablo a ellos cuando me digo cosas a mí mismo».

«Podemos receptar todas sus cogniciones y emociones, incluidas las expresiones malsonantes que pretende ocultarnos y el enojo».

Se yergue fastidiado. El calor que emite Sōwilō le hace sudar. Se limpia la frente con el dorso de la mano. Sus ojos ya se acostumbraron a la luz. «Woah, es muy verde aquí». Siente ganas de inspeccionar y

camina dos pasos.

«Lamentamos decepcionarlo en relación al tiempo. Disponemos de cuarenta y cinco minutos sōwilares».

«Ahora se expresan como Adalberg, disculpándose por todo», se burla, pero al instante aparece la misma duda. «¿Se han contactado con él? Woah, la vegetación es profusa en el este».

«Su hermano es un espécimen interesante. Es contactado en otro punto del espacio-tiempo para abordar a la nave».

«Es contactado en otro punto del espacio-tiempo», se repite, tratando de entender. «¿Eso qué quiere decir?».

«Su hermano es un espécimen interesante. Es contactado en otro punto del espacio-tiempo para abordar a la nave».

«¡¿Qué significa eso?!».

«Su hermano es un espécimen interesante. Es contactado en otro punto del espacio-tiempo para abordar a la nave».

Silencio de corchea

«No van a clarificar».

Chirría los dientes y orienta su mirada al suelo. Hay un grupo de florecillas con pétalos blancos. «Si pudiera usar el B102, habría registrado el hallazgo y detectado el nombre de la especie».

«*Bellis perennis*. Le invitamos a subir a nuestra nave para que pueda vernos».

Se molesta de nuevo. «¡Solo veo herbolaria en la zona! ¿Dónde está la tan mencionada nave?».

Silencio de corchea

«Aquí». Cinco metros al frente se materializa un edificio en forma ovalada y de apariencia metalizada. Mide veinticinco metros de diámetro por seis de alto. Flota sin un evidente medio de propulsión.

Valdi retrocede asustado e impulsado por una energía descomunal.

«Han estado aquí todo el rato. ¿Qué tecnología usan?».

«Nos mostramos cuando deseamos ser vistos».

«¿Pero qué tecnología usan? ¡Odio que me respondan A con B!».

«Nos mostramos cuando deseamos ser vistos».

«Ya está, no contestarán».

El potente campo electromagnético lo repele y le obliga a alejarse dos metros más.

«¿Y si no me place verlos o subirme a esa bestia? Una descripción basta, ¿no? Podemos comunicarnos tal como lo hacemos ahora».

Silencio de corchea

Vuelve a sentir algo similar a la tristeza.

«¡Basta de inducirme emociones!».

«Abierta la comunicación le es posible receptar lo mismo que experimentamos. Nosotros recibimos su enojo».

«Tienen un desarrollo técnico superior y sensibilidad. ¿Son humanos?».

«Somos seres multidimensionales con interés intelec…».

«Intelectual hacia las formas de vida que habitan en este planeta. Me lo han dicho demasiadas ocasiones, pero nunca me explican qué significa. ¿Sienten empatía?».

«Setenta y cinco».

«Son más desesperantes que Sunna». Gruñe. «¿Son empáticos? Denme respuestas. ¿Son empáticos? ¿Son empáticos? ¿Son empáticos? ¿Son empáticos? ¡¿Son seres humanos?! ¿Son humanos? ¿Son humanos?».

Silencio de negra

«Somos seres multidimensionales con interés intelectual hacia las formas de vida que habitan en este planeta».

«Los odio. Los odio, en serio». Se restriega los dedos por encima de los párpados y recuerda los regaños de Adalberg. Baja sus manos. «Los odio».

Silencio de corchea

«Aquí está otra vez la estúpida sensación. Perdón, ya entendí que les duele. Soy un humano horrible incluso con ustedes. ¿Pero qué es esta compasión? Ni siquiera sé sus intenciones o si son reales».

«La intervención maliciosa se aleja de nuestro proceder».

«¡Estoy harto! ¿Por qué siempre resuenan en plural? ¿Cuántos son? Es indistinguible, los escucho a todos».

Silencio de corchea

«Le invitamos a subir a nuestra nave para que pueda vernos».

Se ríe.

«Carezco de garantías en relación a un retorno libre de traumas. O de salir, como mínimo».

«La inter…».

«La intervención maliciosa se aleja de nuestro proceder», los imita.

Valdi rastrea la entrada de la Base Norte, no obstante, el paisaje parece desprovisto de construcciones.

—¡Seres de la nave —grita—, ¿dónde estamos?!

Silencio de corchea

De pronto, siente la típica y dolorosa intromisión.

Aprieta los párpados y se agarra con fuerza la cabeza. Visualiza el mapa estelar que le han mostrado en otras ocasiones. Sōwilō viaja en

espiral acompañado por objetos astronómicos menores atrapados en su órbita.

«¡Qué dolor! ¡No me refería a esto! Deseo saber en qué parte del planeta estamos».

Se le revela ahora el territorio y las coordenadas.

«65°27'12.7"N 18°08'51.6"W. Es en la isla, a pocos kilómetros de la base, aunque resulta inviable llegar a pie».

«Le recordamos que lo hemos corporizado en la superficie a través del programa *Stentor*. El cuerpo que utiliza es virtual».

Observa sus brazos y manos. Había olvidado por completo que en realidad duerme en el laboratorio.

Silencio de corchea

«Le invitamos a subir a nuestra nave para que pueda vernos».

En el primer intento de acercarse al vehículo flotante, la piel de Valdi reacciona al aumento de energía. Se abstiene de avanzar.

«¿Por qué tengo que subir y arriesgarme? ¿Y si se manifiestan ante mí?», los desafía, pero se aterroriza de inmediato.

Silencio de redonda

«Aquí estamos».

Recibida la comunicación, se cubre los ojos esquivando verlos. Sin embargo, los siente a su alrededor. Son muchos. Al menos una docena. Altos, se alzan un metro por encima de él. No se perciben amenazantes, mas le infunden temor. Los vellos de su cuerpo se erizan por la estática.

«¡Mírenos y crea en nuestra existencia!». El coro es ahora más poderoso.

«Mi incredulidad se desvía de lo ontológico», piensa con dificultad, porque un silbido intraceptivo se torna intolerable. «Mi duda es sobre su benevolencia. Se comportan como máquinas indolentes y con recursos verbales limitados».

«¡Podemos mostrarle nuestro aspecto con imágenes en su mente, empero, respetamos su decisión!», resuenan tan alto que parecen gritar.

Los oídos de Valdi sangran. En vano los cubre con fuerza.

«¡Nos mostramos cuando deseamos ser vistos! ¡La intervención maliciosa se aleja de nuestro proceder! ¡Somos seres multidimensionales con interés intelectual hacia las formas de vida que habitan en este planeta! ¡Sentimos extrema tristeza porque queremos que suba a la nave para mostrarle las dos crías en desarrollo que pertenecen a la licencia del Laboratorio Börn Eyjarinnar, Base Norte!».

«¡Por favor, aléjense de mí! Resuenan altísimo si se comunican

cerca. Regresen a la nave y envíen un representante. ¡¿Pueden hacer eso?!».

Deja de sentir su presencia.

«Desconocemos el concepto de representante», contestan en un volumen soportable. «Le pedimos que nos muestre para entender».

Valdi se deja caer en el suelo.

«Eso fue aterrador. No vuelvan a hacerlo». Abre los ojos y ve gotas de sangre sobre las flores. Aquello le impresiona y se acuesta en decúbito supino para descansar. Se topa con el cielo. Queda fascinado con el cerúleo y la calidez de las plantas salvajes y la tierra.

«Desconocemos el concepto de representante. Le pedimos que nos muestre para entender».

Se esfuerza para juntar los párpados y recordar los momentos en los que ha salido a negociaciones en nombre de los altos mandos de la Base Norte. No lo consigue. Su atención se centra en un fenómeno nuevo: a pesar de tener la piel, el músculo orbicular y la membrana conjuntiva palpebral bloqueando la visión del exterior, Sōwilō resplandece con furia y transparenta los tejidos. Percibe un tono rojizo.

«Le pedimos que nos muestre para entender».

Se sienta. Suspira. Reintenta. Pero su desorganización psíquica da un salto a escenas de la infancia. Aparece una Sunna adulta explicando razones a personajes de aspecto borroso. Adalberg y él se esconden detrás, solo jugaban en los cultivos hidropónicos. Valdi llora desconsolado debido a la vergüenza, mientras su apacible hermano menor lo abraza y consuela.

Silencio de corchea

Se pone en pie.

«Por si perdurase la dificultad de comprensión, un representante es quien expresa con claridad lo que otro o un grupo de individuos quiere decir. ¿Ustedes tienen capacidad de delegación o puedo escoger yo?».

Silencio de corchea

«Ya lo hiciste», le transmite una vibración suave.

Valdi deja de sentir miedo y examina la nave en búsqueda del remitente. La señal no procede de ahí sino de su lado izquierdo. Con la visión periférica advierte que se trata de un ser incorpóreo que emite calidez. Se gira con el objetivo de observar mejor.

«¿Qué eres? Y, por favor, dilo sin repetir la prédica habitual».

«Explicar en términos Sōwilō me limita, pero lo intento. Soy una entidad formada por iones».

«¿Iones? ¿Eres plasma?». Lo mira. «Qué familiar», piensa para sí

mismo y el ser lo capta.

«Te soy familiar porque resueno similar a Adalberg y me encuentras tranquilizador. Tu enfado desaparece conmigo y eso me pone feliz».

«¿Esto también es manipulación?», lo encara.

Silencio de corchea

«Olvídalo, me rindo ante ustedes y la negativa a confrontar la verdad de su malicia. Más bien, dime cómo es que un ser en estado plasmático puede sentir felicidad y comunicarse conmigo a través de la telepatía. ¿Acaso desvarío?».

«Te confiamos nuestras fórmulas básicas estructurales cuando hacías mejoras en los proveedores de luz elaborados con lo que llamas plasma».

—¡¿Me dices que eres como un aparato de la base?! —exclama y el ser se aleja de manera defensiva.

«Perdón, no quise gritarte».

«Tus proveedores de luz son receptivos y sienten con independencia, al igual que la cúpula del tercer nivel subterráneo y los visores holográficos, aunque ellos transmiten con menor complejidad. Adalberg sube a la nave cuando es el indicado punto espacio-temporal y le permitimos examinarnos con detalle para una información completa».

A Valdi le resulta psicótico, sacude su cabeza. «No sigas, por favor, no logro asimilarlo. Y me confunde tu imposibilidad de hablar en futuro».

Silencio de corchea

«Lo que llamas futuro es solo un modo limitante de interpretar la realidad, reflejo de tu lenguaje lineal. Pero te agradezco que me enseñes a usarlo».

«¿Cuál es la adecuada reacción cortés a esto?». Lleva sus manos al cuello. Las racionalizaciones tienen el poder de hundirlo. Y ya siente la inseguridad hacerle un hueco en el estómago. «¿Y si no soy tan inteligente como para comprender?», se dice a sí mismo. «De ahí que sea Adalberg el destinado a descubrir las verdades de un universo absurdo porque yo soy el idiota que ni siquiera se entiende a sí mismo».

Silencio de corchea

Siente una repentina diversión. Es el ser del exterior que disfruta con sus cuestionamientos. Se enoja.

«¿Se puede saber qué es lo gracioso?».

«Tus dudas ante mí son las mismas que tienes ante Adalberg. Y, si bien resueno como él, no somos lo mismo. Pero es placentero que me

transmitas una indefensión falsa para mostrarme tu amor».

Silencio de negra

«*Indefensión falsa*», se repite.

«Todo lo que se parece a él desata vulnerabilidad fingida».

Valdi rememora escenas infantiles detestables. Grita hacia sus adentros para frenar las asociaciones.

«Es innecesario alterarse o que te compares, Valdi. En ti la niñez se esfuma».

Esas palabras lo incomodan porque no las entiende. Despliega un esfuerzo descomunal por evitar pensar y exponer emociones.

«Ya es suficiente, representante», le transmite.

Silencio de corchea

El ser se acerca y resuena fuerte: «Sobran pocos minutos Sōwilō antes del fin de la transmisión. Subir a la nave resulta riesgoso por el impacto psicológico. Te muestro a las crías por la vía que ya hemos usado».

Antes de poder objetar, Valdi siente la intromisión y se queja de dolor. Aprieta los párpados. En vano lleva sus manos hacia las partes dorsolaterales de su cabeza en un intento de aliviar la presión intracraneal. Puede ver los embriones. Le siguen imágenes de la extracción controlada. Un crecimiento regular. Risas. ¿Por qué aquella luce más débil? De pronto deja de ver a una niña. La que subsiste aprende ingeniería genética.

«¡Alto! ¡Alto!», ordena.

Las visiones se detienen.

«Solo veo a una. ¿La otra se muere?».

«La cría de tu interés se llama Ísidore. Nos la entregas en un punto del espacio-tiempo».

«¡Jamás! ¡Ella es de la Base Norte! Ustedes ni siquiera son humanos, ni saben cómo cuidarla. No voy a permitir que», se frena de golpe al ver que el ser se aleja al sufrir el tono de su mensaje. «Perdón, fue sin la intención de lastimarte». Regula su enfado. «Explícame por qué ella crecerá con ustedes».

«Para salvarla».

«¿De qué? ¡Di las cosas completas!», replica y el ser toma distancia. «Perdón». Se molesta consigo mismo por gestionar sin asertividad sus impulsos.

«Ísidore enferma de gravedad. Adalberg te dice que nos la des para recuperarla. Te la devolvemos sana en un punto del espacio-tiempo».

Silencio de corchea

«¿En el futuro mi hermano confía en ustedes?».

—No de manera directa. Pero podrías comprenderlo con una simulación de empatía —se escucha reverberar desde un lugar indefinido—. ¿Quisieras probar?

«¿Qué es eso?», pregunta Valdi confundido.

«La interferencia está por terminar, escuchas lo que se halla en tu entorno físico».

—Podría ser que le encuentre utilidad —vuelve a sonar y reconoce la voz de Sunna.

—Ya veo.

«Ese otro es Adal. ¿Por qué se juntarían?».

«Estás próximo a enterarte».

—Por cierto, tiene una programación retardada de seguridad, pronto llegarán instrucciones.

«¿Qué pasará?».

«Estás próximo a enterarte».

Gruñe enfurecido, mas su enojo se modera cortado por un repentino miedo. Comienza a ver borroso el paisaje del exterior y, tras presumir que su tiempo se agota, se fija en su acompañante.

«¿Tienes nombre, representante? ¿Te veré de nuevo?».

«Mi nombre es aquel con el que me llamas en el siguiente encuentro».

Valdi asiente con la cabeza. Nunca antes había experimentado tantas ganas de proseguir en una interferencia.

—Me entristecería verte en aprietos, consúltame antes de usarlo.

Silencio de negra

«Que tengas buen descanso», se despide del humano, aunque Valdi ya se ha ido.

El cuerpo virtual se desploma en el terreno y produce un ruido seco. Poco a poco se desintegra. El ser contempla el hecho y busca devolverse a la nave. A su paso va dejando un rastro de vegetación aplastada y radioactividad por efecto de los rayos gamma. Un ave trina a cincuenta y cinco kilómetros de distancia y el ser detiene su desplazamiento. Es un ruido inusual en el sector, pero de inmediato redirecciona su atención, no irá a indagar. Se ha sentido mal desde la separación con los demás. Se ubica debajo del artefacto suspendido en el aire y se eleva hasta incorporarse. Al traspasarlo, se oculta.

Once seres asexuados resuenan felices en coro. «¡Hemos tenido éxito!», exclaman, mas el recién llegado discuerda. Enseguida, todos se sintonizan con su desasosiego. «¿Qué nos sucede?», se preguntan.

«La separación nos afecta, es necesario corregir este malestar», se responden al unísono.

Se ubican en el centro y se acoplan en una sola sustancia que emite

ligero brillo. *la*$_{b3}$ *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$ *re*$_{b4}$. Comienzan a sentir alegría. *sol*$_{b3}$ *si*$_{b3}$ *re*$_{b4}$ *do*$_{b4}$. Conforme transcurren los minutos sōwilares, los seres experimentan un mayor estado de unión mística. *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$. «¡Ya viene Ísidore!». *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$. Conquistan el éxtasis. *do*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *si*$_{b4}$ *do*$_{b5}$. La nave empieza a vibrar y su campo electromagnético se amplifica dos kilómetros a la redonda. *si*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$. Un destello precursor del clímax se extiende por las montañas. *do*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *si*$_{b3}$ *do*$_{b4}$ *la*$_{b3}$.

Un sonido abrupto los libera del trance.

Toc toc toc toc toc[5].

«¿Escuchamos eso?».

«¿Acaso es Lara?».

Toc toc toc toc toc.

«¡Lara!».

«¿Qué le sucede? Se lamenta, y su desesperación es musical».

Toc toc toc toc toc.

«Toc toc toc toc toc».

Toc toc toc.

«Toc toc toc».

Toc toc toc toc toc.

«¿Le dimos comida?».

«¡No! Olvidamos que es carbonodependiente y necesita nuestra ayuda. Debe vivir la aberración que los homínidos llaman hambre».

Toc toc toc toc toc.

Empiezan a sentir falta de energía y malestar.

«¡Pobre Lara! Hay que alimentarla y tenemos limitadas opciones de acceso».

Toc toc toc toc toc.

«¡Lara!», lloran.

Les fue mal la última vez que asignaron un representante, así que sería un error considerarlo. Es una alternativa nada altruista elegir sufrientes sin ofrecerse para la acción.

Silencio de corchea

Toc toc toc toc toc.

«No podemos retrasarnos. Hagamos a un nuevo ser a nuestra imagen y en conformidad con nuestra semejanza».

Estando de acuerdo, cada uno separa un fragmento de su sustancia.

«¡Qué dolor!», exclaman. Los alaridos del parto resuenan más allá del fiordo y las cadenas montañosas.

El plasma viaja y configura una entidad independiente que resplandece fuera de la nave.

«Criatura hermosa», resuenan al notar que lo hecho es muy bueno.

El autómata asexuado, avatar de ellos mismos, comienza a

desplazarse con torpeza por la hierba. Destruye todo a su paso.

«Que la luz se oculte para evitar arrebatar vidas», imperan y logran invisibilidad. Avanza-avanzan lento.

Toc toc toc toc toc.

«¡Tranquila, Lara, criatura hermosa va-vamos por ti!».

Avanza-avanzan.

Sōwilō ilumina el valle a una altura de seis grados.

Avanza-avanzan.

Faltan diez horas para que la estrella alcance su cenit.

Avanza-avanzan a más velocidad.

Toc toc toc toc toc.

«Somos seres multidimensionales con interés intelectual hacia las formas de vida que habitan en este planeta».

Avanza-avanzan.

«La intervención maliciosa se aleja de nuestro proceder».

Avanza-avanzan cien veces más deprisa que cuando inició-iniciaron su travesía.

Toc toc toc toc toc.

«Resiste, Lara. Lamentamos nuestra distracción. Criatura hermosa va-vamos por ti».

Avanza-avanzan.

Cerca del Laboratorio Börn Eyjarinnar, Base Norte, el neonato desacelera.

Se detiene-detienen en la entrada.

Toc toc toc toc toc.

«Toc toc toc toc toc», contesta-contestan.

Burla-burlan la defensa, saltándose todo tipo de protocolo. Desciende-descienden quince kilómetros hasta el subsuelo de alojamiento.

«Toc», avisa-avisan.

Toc toc toc.

«Toc toc».

Toc. Toc toc. Toc toc.

«Toc toc toc toc».

Ha-han aprendido el lenguaje de Lara. Avanza-avanzan por los pasillos. Entretanto, los aparatos triangulares del techo presentan ligeras variaciones en la luz que despiden. Han advertido su presencia.

«¿Toc toc?».

Toc toc toc toc toc.

Evalúa-evalúan el sitio dejándose orientar por la intensidad del sonido.

«Toc», verifica-verifican.

Toc.

Traspasa-traspasan la habitación de Sunna y encuentra-encuentran

a Lara en un recipiente de muestras orgánicas.

Toc toc toc toc toc.

«Toc toc toc. Toc. Toc toc».

Recorre-recorren la estancia y recolecta-recolectan restos de células muertas, hongos y cadáveres de ácaros. Logra-logran destapar la prisión donde está atrapada la hormiga y vierte-vierten dentro la comida. Cierra-cierran.

Los proveedores de luz centellean.

«¿Toc toc, toc?», pregunta-preguntan con preocupación.

Toc. Toc toc toc toc toc.

Todo indica que Sunna viene en camino. La criatura hermosa debe irse pronto. Y regresa-regresan por la misma ruta. Avanza-avanzan, pero ocurre lo indeseado. Se topa-topan de frente con la comandante, quien está atenta a su entorno y mira justo en la dirección del titileo.

«Buscar intruso», ordena ella a su B102 y un pulso invisible se expande y desestabiliza la sustancia del ser multidimensional. «Sin error de mapeo. Datos no encontrados», recibe, pero desconfía y decide seguir la irregularidad en la luminiscencia.

La criatura hermosa está débil, pero escapa al cruzar la cápsula transportadora. Sunna le pierde el rastro en la puerta. Sin permiso para indagar, reprime el ímpetu de corroborar sus presunciones. El autómata asciende con demasiada torpeza y luego le cuesta desplazarse por las antesalas de desinfección y defensa. Al tocar el exterior, se desintegra.

Silencio de corchea

Los seres de la nave no se lamentan. Se apagan como muestra de mayor aflicción.

Silencio de corchea

—Despierta.

No consigue hablar.

—Despierta. ¿Estás vivo?

Abre los párpados. «No lo sé», responde, pero su interlocutor no lo recepta.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a alguien?

—Acabo de morirme —contesta a secas y nota el miedo que ha desatado en el niño de cuclillas a su lado.

—Quédate acá, pediré ayuda —y se va de prisa.

«¡Espera, no me dejes solo! Estoy muy confundido», le envía.

Nadie capta sus cogniciones y afectos. Se acuesta de lado y se recoge. Hunde su cara en el suelo.

«¿Por qué me has abandonado?».

Rememora el doloroso momento de su muerte. Y es lo único que

recuerda en esta ocasión.

EPISODIO 2: ÉXODO

Lilja e Ýr son los nombres de las hijas de Sólmundur que van rumbo al Laboratorio Börn Eyjarinnar en la Base Norte. Desde el visor holográfico puede simularse su recorrido aproximado. Allí son dos puntos verdes movilizándose hacia el norte. Un pitido sugiere que acaban de pasar sobre el tercer sensor geomagnético. 65°46'21.6"N 18°15'04.7"W.

Sólmundur enciende su intercomunicador.

—¿Qué tal todo? —pregunta.

—Despejado —Ýr contesta temblando.

—¿Tienes frío? ¿Cómo estás tú, Lilja?

—La escafandra nos protege del clima.

—Estoy bien, padre. Algo asustada y exaltada.

Es su primera vez en el exterior. Han de estar aterradas, piensa Sólmundur. Se sienta en el piso sin desviar la mirada del visor.

—Tranquilas —les dice con presión en la garganta—. Es normal amedrentarse frente a lo nuevo, pero todo saldrá bien, estoy con ustedes de forma remota.

Otro pitido señala que pasaron por el cuarto sensor. 65°46'58.4"N 18°15'01.5"W. Aquello ha de ser un error, es muy pronto para haber cruzado ese punto. Se preocupa.

—¿Todo va en orden? La distancia ha resultado corta.

—¡Tiempo récord! —bromea Ýr.

Sólmundur se ríe como mecanismo reductor de ansiedad. O como método para animarlas. No lo sabe.

—Padre —aclara Lilja—, puede ser porque hemos andado sin detenernos.

Puede ser, trata de hallar una lógica. Sin embargo, ambos cortes de ubicación están a un kilómetro y medio de diferencia. El siguiente pitido irrumpe más rápido que los anteriores. 65°47'39.9"N 18°14'17.3"W.

—¡Lilja! ¡Ýr!

—Padre, ¿qué sucede? —formula la menor.

—Han dejado atrás el siguiente sensor, esto ya no es normal. ¿Se desviaron?

—No, seguimos la ruta trazada.

—Por favor, díganme si ven algo diferente de la simulación que hemos ensayado.

—Padre, me asustas —agrega Lilja—. Todo es idéntico.

—Perdóname. Mientras más pronto lleguen, mejor.

—Padre, háblanos de la abuela y nuestros nombres —pide Ýr—. Así te escuchamos en el camino.

—Sí, nos gustan esas historias.

Sólmundur se limpia las lágrimas con el antebrazo.

—Nos ayudará.

Pitido. 65°48'20.0"N 18°13'24.8"W.

—Está bien —les dice para calmarse—. Margrét era el nombre de mi madre, la respetada científica que instaló los nuevos cultivos hidropónicos en el Laboratorio Börn Eyjarinnar. Y quien me enseñó todo lo que sé sobre las plantas. Ella tenía dos favoritas. Una flor blanca llamada Lilja. Y un árbol extinto llamado Ýr. —Se ríe—. Cuando nacieron ustedes no imaginé mejores nombres para ponerles.

—¿Qué dijo nuestra madre? —consulta Ýr.

Pitido. 65°48'55.6"N 18°14'09.3"W. Sólmundur comienza a temblar. Debe concentrarse más de la cuenta para articular sus palabras.

—A ella le gustó la idea —les miente.

Pitido largo. Los puntos verdes desaparecen de la simulación.

—¡Ýr! ¡Lilja! ¡¿Siguen ahí?!

No existe respuesta del otro lado del intercomunicador.

—¡¿Me escuchan?!

Palidece y sus extremidades se tornan heladas. Se levanta de golpe. Con torpeza busca una indumentaria de aislamiento primario y su escafandra. Teme que sus hijas se hayan perdido.

—¡¿Están conmigo?! —vuelve a intentar.

Se viste agitado y entra a la cápsula transportadora. Irá tras ellas sin importar cuán aterrado esté. Se alista para el ascenso de seis kilómetros. Nunca se percibe preparado, piensa y solo activa el elevador. Llega mareado después de cuatro minutos. Empuja la puerta y con esfuerzo pasa la primera sección de defensa. La siguiente se halla bloqueada por una pared de acero y debe girar una escotilla para abrirla. La adrenalina le ayuda a lograrlo pronto, sin embargo, antes de cruzar recibe una comunicación de Sunna a través de su intercomunicador. Por fortuna ha olvidado quitárselo.

—Sunna Friggdóttir. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Comandante de Operaciones Especiales.

—Sólmundur Margrétsson —se identifica jadeando, haciendo notoria su disnea—. Agente —se detiene, no puede continuar.

—El actual reporte es para informar que tus hijas han sido bienvenidas en la base. Permanecerán en aislamiento por Asunto de Seguridad hasta que se estabilice su condición médica. Te he

compartido al visor holográfico el diagnóstico detallado con el propósito de precautelar tu vida. Identificamos la presencia de un rotavirus del grupo A y bacterias resistentes a la claritromicina, penicilina y fluoroquinolonas.

Es imposible que realicen un viaje de dos horas en menos de veinte minutos, piensa.

—Solicito que me confirmes la recepción del mensaje —continúa Sunna.

—Sunna, lo he recibido.

—Percibo incomodidad en tu tono de voz. ¿Deseas reportar algo?

—Ocurrió un suceso extraño. Ayúdame a investigarlo.

Ella demora en contestar y Sólmundur se desespera.

—¿Extraño en qué sentido? —al fin se pronuncia.

—¿Acaso no te asombró que mis hijas arribaran en la hora mínima pactada? Las simulaciones previas en mi visor dieron un tiempo promedio de dos horas. El recorrido real se hizo en diecisiete minutos.

—Sería ridículo que el trayecto se lograra atravesar en dicho tiempo. Acá nos sorprendió, no obstante, pensamos que Lilja e Ýr habían abandonado antes el refugio.

—Emigraron tarde por temor. Te avisé, pero entonces ya debías estar impedida de captar mi señal.

—Correcto.

—¿Qué crees que pudo haber pasado, Sunna?

—Debo investigar. El sistema de radares es de tu licencia, dame acceso a tus simulaciones.

—¿Me contactas en diez minutos? —ocultará que estaba a punto de salir.

—Lo haré.

Sólmundur emprende su regreso con pensamientos repetitivos y absurdos sobre lo ocurrido. Quizás sus hijas descubrieron un atajo o corrieron.

A diez metros para culminar el descenso, la cápsula empieza a sacudirse. Se detiene e ingresa al refugio. Una cúpula general ilumina la estancia y el invernáculo hidropónico destinado al cultivo de hortícolas y flores. El agente se saca rápido la escafandra, va hacia su visor holográfico y programa la transferencia de información a la Base Norte. Obvia el informe médico y activa la simulación. Necesita comprender. Desliza hologramas del recorrido grabado y verifica que sus hijas se han saltado dos sensores movilizándose a una velocidad impropia de humanos a pie. Se horroriza al imaginarlas flotar como si fueran *homo eusocialis*.

—Sólmundur Margrétsson. Agente independiente e investigador —se identifica con Sunna—. La base tiene vía libre para inspeccionar las simulaciones.

—Sólmundur, recibí los archivos. Los analizaré con cautela.

—Gracias.

—También poseo datos adicionales importantes.

—Dime, Sunna, te doy toda mi atención.

—Tengo autorizado mencionarte que en las últimas ochenta y cuatro horas han ocurrido anomalías selectivas en los aparatos que funcionan con plasma.

—¿Acaso se trata de un error en los sistemas que los controlan?

—Es una de las hipótesis. Todavía es pronto para poder concluir.

—¿Crees que se relacione con el fallo en la simulación de Lilja e Ýr?

—Considero precipitado inferirlo, pese a que podría ser un desenlace a la discrepancia entre las estimaciones y lo sucedido.

—Podría, aunque a mi perspicacia científica le es inadmisible tal posibilidad.

—Estamos de acuerdo —asevera—. Y de lo comentado se deriva otra situación.

—Dime.

—El presidente Valdi quiere que abandones el refugio en el siguiente período seguro que será dentro de cincuenta y cuatro horas. Y que te traslades al Laboratorio Börn Eyjarinnar.

Sólmundur lo sopesa con detenimiento. Ojea sus plantas.

—Agradezco la invitación, pero no comprendo el motivo. ¿Acaso corro peligro?

—Desconocemos si las anomalías selectivas te alcancen. De ser así, sería riesgoso que permanezcas aislado.

—He durado por mi cuenta.

—No del todo. Te hemos prestado ayuda cuando lo has requerido. Si ocurre un fallo general en las comunicaciones, será difícil permanecer en contacto.

—Debo pensarlo bien.

—Entiendo.

—No me malinterpretes, sé los beneficios de vivir en la base y anhelo estar cerca de mis hijas, pero tengo investigaciones en curso. —Echa un vistazo a su invernáculo—. Además, estoy acostumbrado a prescindir de rendiciones de cuenta a un gobierno centralizado.

—Sobre el gobierno, puedes discutir tus condiciones civiles cuando estés acá —garantiza Sunna—. En cuanto a las investigaciones, serían trasladadas. Yo gestionaría la operación.

La luz proveniente del techo comienza a experimentar ligeras variaciones. De pronto, percibe inseguro quedarse.

—¿Sunna?

—¿Sólmundur?

—La luz de la cúpula centellea. Espera, ya paró la intermitencia. Nunca había visto manifestaciones así.

—La anomalía —dice ella con certeza.

—Tus sistemas y los míos están inconexos. ¿Cómo es posible?

Solo hay una solución factible. Y esta confirma sus predicciones en relación a un cambio estratosférico y del flujo magnético.

—Creemos que algo en la superficie interfiere —escucha decir a Sunna. ¡Lo sabía!

—Creo que es la conclusión más lógica.

—No te percibo asombrado.

—Pues no lo estoy. Lo que sí me afecta es que esto convierte en vulnerables a mis sistemas operativos.

—Deberías reflexionar más sobre la invitación del presidente Valdi. Él te aprecia lo suficiente como para adelantarse a cualquier probabilidad de desgracia.

—Está bien, lo pensaré.

—En cuanto a las simulaciones de tus hijas, carece de sentido todo lo que veo.

—¿Verdad que sí? Es inverosímil, pero puedes estudiar los detalles de la programación, falsear datos es imposible.

—Es cierto, Sólmundur. Sin embargo, no hallo explicación. Al faltarle tecnología de la Base Norte a tus hijas, no hay memorias almacenadas del viaje. Solo contamos con lo relatado.

—Y déjame adivinar, dijeron que todo fue normal.

—Sí, incluso la duración del viaje.

¡Tiene que ser una broma!, refunfuña. Piensa sus siguientes enunciados con la minuciosidad que lo caracteriza.

—Sunna, voy a compartirte información confidencial, empero, deseo que nadie se inmiscuya en mis inventos.

—Te respetaré. Voy a encriptar el mensaje.

—Tengo un dispositivo que me permitió comunicarme con Lilja e Ýr durante un tramo de su traslado.

—No nos mencionaron aquello.

—Les pedí que guardaran silencio, aunque puedo darte acceso a la grabación.

—Acepto.

Sólmundur programa el envío.

—Confirma si tienes el audio —le dice.

—Lo escucho ahora. Incluso aparece el sonido de los sensores y concuerda con la simulación. Es un inconveniente que ellas no lo reportasen, habríamos podido indagar a profundidad antes de su aislamiento médico.

—En el contrato consta que mis hijas tienen permiso de negarse a hablar de mis inventos.

—Es correcto.

—¿Sabes qué? Me harté de este misterio. Acepto la invitación.

Saldré a la base en el próximo período de horas seguras.

—Entendido. Comunicaré tu decisión al presidente Valdi y él me dará nuevas indicaciones.

—Gracias, Sunna.

—Debo preguntarlo para estar clara. ¿Tu ingreso es de forma permanente?

—Sí, permanente.

—Es sensato de tu parte.

—Ya te dije mis únicos obstáculos.

—Analicé tus preocupaciones principales y todo recae en la pérdida de independencia.

—Es engorroso, para mí, convivir en grandes grupos y frenar mi ritmo de trabajo para ir al compás de los demás.

Según Sólmundur, la Base Norte se desarrolla con grandes falencias. La primera, y más importante, es que su funcionamiento depende de la instancia presidencial. ¿Y si Valdi se desestabiliza o va cegado por ideales nada innovadores? Como considerar que el mejoramiento de la especie debe estar supeditado al control de variables genéticas dentro de un laboratorio, cuando tendría que ser orgánico y basado en la adaptabilidad al entorno.

—Eres un tanto egoísta —responde Sunna.

Aquello lo toma por sorpresa. Se siente juzgado.

—Me importa poco si es así a tus ojos —le espeta—. Estar atado a un sistema centralizado dista de mis intereses. Acepto por mis hijas.

—Tendrás que negociar ciertas libertades que salvaguarden la buena convivencia cuando estés acá, Sólmundur. De momento, lo que puedo hacer por ti es crear un servidor aparte para que migres tus datos y los mantengas fuera del sistema informático central.

—¿Es lícito?

—Todos los miembros de la base tenemos derecho a la privacidad de información, a menos que se trate de un Asunto de Seguridad. Ya hablaremos luego sobre nuestro funcionamiento social y advertirás que está centralizado solo en apariencia.

—Me será muy útil tu ayuda, gracias de nuevo.

—Te contactaré en veinte minutos. Solicito que en ese lapso revises el informe médico de tus hijas para que conozcas la medicación profiláctica que precisas. Ahora que vivirás con nosotros se torna más importante que tu estado de salud se acerque al óptimo.

—Lo haré.

La gran obsesión de la Base Norte es, sin duda alguna, su siguiente falencia: la búsqueda de salud perfecta y la anulación de patologías. Roza una utopía biológica. *Ja*, se burla. Como si los organismos pudieran saborear la inmortalidad.

Revisa el diagnóstico, lo ha realizado un tal Adalberg, un cualquier

lacayo del loco Valdi, piensa. Si Lilja e Ýr están infectadas, es indudable que él también, a pesar de no presentar síntomas de enfermedad. Y esto puede resultar perjudicial para los inmaculados que viven en la burbuja norte. Aunque tanta prolijidad tiene sentido por tratarse de la localidad que alberga un importante laboratorio.

Programa la síntesis del medicamento de autoaplicación. Suena un pitido. Ya está lista la dosis única. Una potente combinación de antirretrovirales, antibióticos de alta sensibilidad y enzimas coadyuvantes.

Sólmundur acerca su brazo izquierdo a la máquina y siente cómo esta le desinfecta la piel a nivel del deltoides. Otro pitido apunta a que el fármaco ha sido expulsado al torrente sanguíneo a través de tecnología de presión. Un pitido final avisa que es seguro moverse.

Espera con impaciencia que Sunna vuelva a contactarse. Mira aprensivo hacia la cúpula temiendo que en cualquier rato brille con ligero temblor. Camina al invernáculo y permanece cerca de un ejemplar de *Lavandula angustifolia*. La calma que le trae el embalsamado de efluvios vegetales es interrumpida por el sonido abrupto del intercomunicador.

—Sunna Friggdóttir. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Comandante de Operaciones Especiales.

—Sólmundur Margrétsson. Agente independiente e investigador.

—El servidor está listo. Te he enviado una puerta de acceso digital que borrará la mía en cuanto la abras.

Va a su visor principal y verifica.

—Lo he recibido. ¿Puedo comenzar a encriptar la información?

—Sí.

—Gracias, Sunna.

—También te he compartido las instrucciones de la misión con código Traslado 01272.

Revisa.

—Lo tengo.

—La misión ha de llevarse a cabo en un período entre las veintitrés y las veintiséis horas con cincuenta minutos, pero es seguro iniciar tu salida una hora antes. Nosotros esperaremos desde el momento estipulado. Llegarás a la base en un aproximado de ciento diez minutos.

—Una travesía de casi dos horas. ¿Y el lapso restante?

—Por si acontece algún percance.

—Entendido.

—Si está todo claro, daré fin a la comunicación.

—Sí, Sunna. Voy a transferir los datos y prepararme.

—Te recomiendo que duermas luego de finalizar. Que tengas buen descanso.

—Gracias otra vez. Que tengas buen descanso.

Con una pinza retira su intercomunicador del meato auditivo externo. Se trata de una placa bio-adhesiva de un milímetro cuadrado que crea un canal de voz y amplifica el sonido para la sintonización inalámbrica entre aparatos dentro de un espacio determinado. A diferencia del de las escafandras del Laboratorio Börn Eyjarinnar, el suyo puede sincronizarse con su visor holográfico y además ampliar el rango de la señal mediante puntos de extensión.

Debe trasladar el respaldo de este y otros experimentos al nuevo servidor. En total son siete mil novecientas treinta y dos investigaciones entre las que se incluyen sistemas complejos para la defensa y supervivencia, proyectos de hidroponía basados en la ionización de elementos inorgánicos disueltos en agua y optimización en el cultivo de especies vegetales.

Mantener cierta independencia le brinda una grata esperanza. Pudiera compartirlo todo si le certificaran que pondrán la información al servicio de objetivos que propicien el desarrollo y la adaptación. Observa sus plantas: sobrevivientes y resistentes. Con estructura colaborativa evolucionan sin necesidad de gobierno central. ¿Quiénes están en la profundidad de la roca? Ellas, cautivas, base de la mal llamada existencia superior. ¿Quiénes en la superficie? Ellas, libres, sin necesitarnos.

Desconoce cómo Sunna piensa transportarlas. Le dolería verlas morir. Tiene ejemplares atrofiados con más antigüedad que él mismo. Tendría que programar una liberación controlada de nutrientes durante un tiempo indefinido. También dejar en funcionamiento el sistema de células fotoeléctricas y conducción de energía. Todo ello con un grave inconveniente, sus cultivos morirán si la mudanza queda sin completarse antes del perihelio cuando Sōwilō apenas asoma.

¿Y si las lleva él mismo?, se le ocurre. Después de todo, consta con las horas necesarias y los recursos para materializar cualquier equipo que lo permita. Podría usar un condensador discoidal. Energía cinética. Estabilizadores con sensores. Control giroscópico. Ingeniería y algoritmos de desplazamiento. Diseño de suspensión que amortigüe las irregularidades del terreno. ¡La idea viene a él en una revelación! Dentro de su mente lo tiene resuelto, se trataría de una plataforma móvil, flexible y autómata elaborada con elementos sintéticos conectados a la vida por cadenas invisibles en movimiento. Comienza el nuevo proyecto en su visor holográfico principal.

Detrás de él, la cúpula vuelve a titilar en dos ocasiones. Sólmundur está tan concentrado que ni lo detecta hasta que el refugio queda sumido en la más absoluta oscuridad. Por lógica, descarta una falla energética, pues se escucha el ruido blanco del sistema artificial de ventilación y oxigenación.

—¡Qué carajos! —exclama.

Para el asombro de Sólmundur, la luz centellea en rojo antes de corregirse la intermitencia y la coloración de forma abrupta. El rostro pálido del agente es vivo reflejo del miedo. Suda frío. Intentando enderezarse, se desmaya.

Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Lo despierta un pitido automático de seguridad. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii.* El sonido es la señal molesta para indicar que han buscado comunicarse desde la Base Norte sin obtener contestación durante al menos catorce horas. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Un picor en el cuero cabelludo le hace percatarse de un hematoma y sangre coagulada. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. El brazo lo percibe entumecido. *Pi. Pi. Piii*. Apesta, sus esfínteres se han dilatado. Ve desechos orgánicos. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Aguarda adolorido. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Luego de unos segundos, se mueve lento con la intención de revisar. Parece que Sunna ha dejado una grabación. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Se coloca el intercomunicador antes de reproducirla.

—Sunna Friggdóttir. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Comandante de Operaciones Especiales. Avísame cuando recibas la misiva.

Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Calcula la hora y lo que falta para el siguiente período seguro. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Ha estado desmayado durante cuarenta y ocho horas. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Abre la mandíbula y nota un intenso dolor. *Pi. Pi. Piii*. No puede hablar así, se desprende el intercomunicador. *Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii*. Mareado, se arrastra hacia la cápsula vertical de aseo. Allí dentro desaparece el ruido.

Respira.

Respira hondo, pero enseguida se agudiza el hedor. Se desnuda. Jamás se había sentido tan sucio. Deposita el traje en una abertura y empieza el proceso de limpieza corporal. Cómo le molesta haber perdido tanto tiempo sumido en la inconsciencia.

Sale.

Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii. Pi. Pi. Piii.

Está harto del sonido.

Vuelve a pegarse la placa.

Pi. Pi. Piii.

—Sólmundur Margrétsson —se identifica con dificultad—. Agente independiente e investigador.

Retorna el silencio.

Espera impaciente la respuesta.

—Sunna Friggdóttir. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte.

Comandante de Operaciones Especiales. ¿Está todo bien en el refugio?

—Sí, disculpa. Me apliqué un sedante y acabo de despertar —miente.

Busca un traje limpio y se lo pone.

—Has calculado el tiempo con exactitud. Faltan tres horas y diez minutos para la misión con código Traslado 01272.

—Gracias, Sunna. Si concuerdas, finalizaré nuestras comunicaciones e iré a prepararme.

Mira su invernáculo con mucha tristeza. Tendrá que desistir de la idea de llevarlo con él, sería descabellado.

—De acuerdo. Nos vemos —se despide ella—, que tengas un buen viaje.

—Gracias. Nos vemos.

Nunca ha visto a la comandante, ignora su apariencia por completo. ¿Será humana?, se pregunta y un inusitado escalofrío hace más evidente su padecimiento por la caída. Se toca la herida mayor para tantear la severidad del daño. Ya no sangra, pero va a necesitar un antiinflamatorio.

Vigila la cúpula. De repente le atemoriza otro fallo parecido al que activó su mecanismo inhibitorio horas atrás.

—Si no lo pienso, no existe —se repite a sí mismo una frase típica de Ýr. Pretende engañarse con quimeras llenas de vitalidad casi mágica, mas lo cierto es que sus sistemas de iluminación no admiten los errores provocados por la anomalía. Fue como si algo tuviera el poder de absorber luz para hacerla desaparecer y luego expresarse a voluntad.

—Si no lo pienso, no existe. Si no lo pienso, no existe. Si no lo pienso, no existe.

Trae el recuerdo de su hija menor para darse valor. Ella siempre fue la más valiente. En sus excursiones lo asistía vigilante a través del intercomunicador. En cambio, Lilja se encerraba en su alcoba con extrema cobardía y pavor de perderlo. Ya la comprende. Ambas le hacen falta, no obstante, pronto vivirá con ellas de nuevo. Pensar eso le da aliento.

Se aplica el medicamento antiinflamatorio y de inmediato mejora. Después se dirige a su visor principal, debe dejar todo listo. Programa el funcionamiento continuo de energía y la liberación controlada de nutrientes a su invernáculo. Esto último le toma más trabajo, pues es un largo procedimiento. Cada especie requiere cuidados específicos que revisa uno por uno. Comienza por los árboles atrofiados, luego siguen las flores y al final las hortícolas. No se da cuenta, pero se le han ido los minutos.

Falta poco.

Un pitido da inicio al período seguro.

Termina las indicaciones para la ulterior especie y suspira aliviado. Se pone en pie, es hora. Se acomoda la indumentaria de aislamiento primario y regresa a sus hologramas. Sería conveniente grabar un mensaje por si acaso un foráneo encontrase su hogar en el futuro.

—Soy Sólmundur Margrétsson —empieza su registro de audio—. Agente independiente e investigador. Este es mi refugio localizado en las cercanías de la Base Norte donde está el Laboratorio Börn Eyjarinnar. Si has llegado hasta aquí, es probable que escaparas de Sōwilō en perihelio. En estas latitudes la superficie del planeta es un lugar inhóspito y necesitas ayuda para sobrevivir. Puedes utilizar mis equipos sintetizadores de alimentos y medicinas. No salgas en la época próxima al afelio sin antes estudiar las condiciones del exterior —finaliza con cierta melancolía.

Se quita el intercomunicador y suspira recobrando fuerzas. Halla tendida su escafandra en el suelo, se la pone y se mueve en dirección a la cápsula transportadora. Con ello, y sin ningún otro preámbulo, inaugura su éxodo. Sube con el corazón desbocado. Traspasa los cuartos de defensa.

Él, Sólmundur, hijo de Margrét, un ser libre, aunque aterrado por las actuales circunstancias, parte de la morada que lo vio nacer. De todas las veces que lo ha hecho, aquella resulta la más dura. Es probable que nunca regrese. Y no tiene a Ýr en el refugio para brindarle calma.

Asegúrate de cerrar la última puerta, imagina que le dice.

Atranca el portal y espera en el exterior. Cuando sus ojos se acostumbran le permiten ver mejor a su alrededor. Entonces se gira para maravillarse con un cielo color violeta intenso. También divisa la antena de la Base Norte en dirección a la montaña.

—Lilja. Ýr. ¿Verdad que es hermoso aquí? —juega a que lo escuchan.

—Sí, padre —se contesta a sí mismo.

Transita sin voltear. ¿Con qué propósito mirar lo que se deja atrás? Aunque en verdad no lo deja. Su cuerpo está conectado con cada sitio a través de partículas que vibran. Aun si jamás viera otra vez su refugio, su conciencia puede volver cuando quiera con solo seguir la conexión.

Pasa el primer sensor. Sabe que es una distancia prudencial para sacarse el casco de la escafandra sin que lo embargue la culpa. Lo hace. Siente el viento golpearle con fuerza las mejillas y percibe aroma de canela. Inhala el aire con placer, es la mejor parte de salir. Mientras se aleja, escucha con claridad el sonido de sus pisadas sobre el terreno arcilloso. Y también el canto de las escandalosas cigarras. En el laboratorio lo tomarían por necio si les dijera que es inocuo estar afuera sin ningún tipo de protección. Se vuelve a ajustar el casco y

este se empaña hasta aclimatarse. Él lo usa por costumbre. Y para que Lilja deje de llorar.

—Ya me lo puse, pequeña, ya me lo puse —le dice en su conversación imaginaria—. Tranquila, aquí no es tóxico.

Lilja lloraría igual, no habría manera de convencerla. Fue difícil criarlas en un espacio reducido. Pero amó cada momento desde que esa humana sin nombre llegó cojeando a su refugio para pedir ayuda en un idioma extranjero. Tenía una cría en brazos, Lilja. Y otra por nacer, Ýr. La mujer murió en el parto.

Cansado de andar, Sólmundur activa la polaridad de carga negativa de su masa corporal haciendo que vibre y se separe del suelo a una altura de diez centímetros. Piensa flotar y desplazarse a una velocidad constante, aunque más bien pierde el equilibrio con facilidad y cae. Es la escafandra y el ropaje, no podrá volar vestido. Claudica hostigado, asienta los pies, se sacude y anda.

Pasa el segundo sensor. Su osamenta y musculatura son torpes durante el esfuerzo físico. Jadea. Se tumba en la planicie donde identifica agregados de silicatos de aluminio hidratados procedentes de descomposición de granito. Se libera del casco para ver mejor. Es un paraje estéril, pero su olfato le insinúa la presencia de vegetación abundante y agua estancada en las cercanías. Algo más captura su atención, percibe movimiento en la boca de un hormiguero. Eso le enoja sin entender motivos y esta vez recobra fuerzas para moverse.

Necesita irse y se obliga a caminar, pero al rato se agota. ¿Cuál es la razón para llevar unidades especiales de desplazamiento si no hay toxicidad ambiental? ¿Por qué teme que lo vean levitar si es una característica adaptativa y forma parte de su naturaleza? Se saca la escafandra, la indumentaria de aislamiento primario y el traje simple. Se separa medio metro del suelo, sin embargo, enseguida regresa a su estado anterior para liberar una mariposa atrapada en su campo gravitatorio. La observa partir. Un cambio de dirección en el revoloteo del animal le recuerda que su objetivo actual no es explorar sino adentrarse al Laboratorio Börn Eyjarinnar. Sobrevuela los siguientes sensores hasta llegar al último.

A doscientos metros de alcanzar su destino, se arrepiente de sus decisiones. Aparecerá desnudo y flotando y elaborarán ideas equivocadas. Sin embargo, y a pesar de sus cavilaciones, continúa con firmeza. Ya logra definir las formas de la Base Norte y dos individuos que se yerguen en las afueras. Con certeza, ellos también consiguen divisarlo porque el más alto se aproxima.

¿Será Sunna?, se pregunta. A poca distancia el individuo hace un gesto que Sólmundur interpreta como saludo. Copia el comportamiento y le sonríe gentil.

—Agente Sólmundur, soy Adalberg —se manifiesta a través del

intercomunicador externo de la escafandra. Es quien envió el informe médico—. Eres bienvenido a la Base Norte. Veo que fue más cómodo levitar.

—Gracias por tu acogida —le responde—. Pido disculpas por presentarme así, mi contextura me impidió seguir a pie.

—Imaginé que sucedería, no te preocupes. Lo importante es que viniste a salvo.

—Entiendo. Gracias por la comprensión.

—No hay por qué agradecer. Prosigamos —lo invita a avanzar—, es peligroso que te expongas a la radiación. Le he pedido a Sunna que se nos adelante para que nuestro ingreso sea rápido.

—Qué amable. Y gracias por explicarme —comenta impresionado por el trato y la autoridad de Adalberg sobre la de ella. Eso le lleva a conjeturar que está en compañía de un alto mando—. Déjame despejar una duda.

—¿Cuál sería, agente?

—Deseo conocer tu rol dentro de la base.

—¿Mi rol? —consulta divertido—. Soy el director del Laboratorio Börn Eyjarinnar.

Sólmundur traga saliva. ¡Lo ha venido a recibir el director! El único con rango homólogo es Valdi. Contrae la musculatura facial en gesto de sorpresa. Pueden verse con claridad sus iris color rojizo, muy comunes entre los de su especie.

—Es un honor.

—El honor es todo mío, agente Sólmundur. Ya habrá una ocasión más apropiada para presentarnos y conocernos mejor. Ingresemos.

La entrada de la base es tétrica a causa de tener mucho gris y estar limpia. Le atemoriza más cuando cruza el primer umbral y el olor del acero quirúrgico lo consume todo. Además, en el piso divisa vestimenta de poliparafenileno tereftalamida.

—Me disculpo si los protocolos de bioseguridad aumentan en exigencia a partir de ahora —Adalberg manifiesta apenado—. Tenemos altos estándares de protección y es normativo precautelar el bienestar de nuestros miembros. Más adelante estaremos en una zona apacible, pero antes debemos atravesar un corredor de desinfección cuya temperatura y ozono harán daño a tu desnudez. Por ello, es imprescindible que te coloques los trajes.

—Lo entiendo —y se apresura a ponerse la protección.

—Además, un sistema automático tomará muestras de tus fluidos y bloqueará la escafandra en caso de hallarse enfermedad infecciosa. De no haber patógenos, podrás quitártela pronto.

Termina de vestirse. Le resulta exagerado, mas no tiene otra opción.

Los proveedores de luz titilan.

—La anomalía —menciona Sólmundur acobardado.

—Ya veo, estás al tanto.

—Sí, la comandante Sunna y yo compartimos opiniones.

—Aún es un fenómeno sin esclarecer, sin embargo, nada nos hace considerar que sea nocivo en esencia.

—¿Ese principio aplica también para el caso de mis hijas y lo ocurrido en su travesía?

—No puedo afirmarlo. Tampoco convenimos una explicación y ellas están tan sorprendidas como nosotros. Empero, aparte del susto, no existe otro daño. Caminemos, por favor.

Un cambio ambiental sugiere que la desinfección se lleva a cabo al transitar hacia la estancia más amplia. Al llegar, una pared se cierra para aislarlos.

—¿Mis hijas están bien?

—Me contenta que al fin lo preguntaras. Rozan el perfecto estado, les he dado el alta y el permiso excepcional para que se instalen en la zona de residencias.

—Gracias por cuidar de Lilja e Ýr.

—No, no. Gracias por confiar en que haremos todo por el bienestar de ustedes. Y cierto, tú también estás libre de patógenos, según el análisis rápido.

Sólmundur se asombra.

—¿Ya se efectuó la toma de muestras?

—Sí. Mil nanopartículas sintéticas se introdujeron en tu cuerpo y recolectaron múltiples datos de manera simultánea. Tengo el resultado en mi B102.

Se lo imagina y se sobresalta con un escalofrío en la espalda. No cabe duda, su tecnología es superior. Si bien lo que a continuación ve es aún más insólito. El director Adalberg se retira el casco y deja al descubierto su rostro. ¿Es un humano subadulto? ¿O es un sujeto con neotenia? Lo observa con detenimiento. Presenta características morfológicas que le otorgan una apariencia juvenil, dientes pequeños, escasez de vello corporal, ligero prognatismo y pliegue epicántico. Un inusual color grisáceo en sus iris. Sólmundur entreabre la boca. Esa rareza genética con regularidad se acompaña de ventajas adaptativas como altas capacidades intelectuales, sensibilidad y mayor tiempo promedio de vida.

—¿Te incomoda mi aspecto físico? —pregunta con el ceño fruncido, como si le hubiera leído el pensamiento.

Sólmundur se mantiene perplejo ante su acompañante, solo conocía el fenómeno a través de rumores.

—En lo absoluto —rechaza—, pero ha sido una sorpresa.

—Encontrarás algunas sorpresas aquí —le advierte, a la vez que realiza una serie de pestañeos extraños—. Ahora es tu turno de sacarte el casco y el resto de la escafandra, verás que podrás respirar mejor.

Así lo hace. Y al igual que Adalberg, la deposita en una tubería de pulverización. Qué ridículo, piensa. Desechar es un desperdicio de recursos, empero, las reglas del sector son otras. Inhala aire.

—El sistema de oxigenación es excelente.

—Me alegra que te agrade. Y si estás listo, podemos ir a la siguiente antesala. Del otro lado nos espera Sunna.

—Vamos, ansío saludarla.

Al desplegarse la puerta, aparece una *homo eusocialis* de pie. Es adulta o, para ser más preciso, próxima a la vejez. Ella lo mira con fijeza y hace una especie de reverencia que él copia por cortesía. Echa en falta protocolos para saber cómo actuar.

—Eres bienvenido a nuestra base, Sólmundur —ella toma la iniciativa.

—Gracias, Sunna.

—Ten.

Saca de su bolsillo un aparato de un centímetro cuadrado por cinco milímetros de ancho y se lo muestra. Sólmundur lo contempla sin entender.

—¿Qué es eso?

—El dispositivo biomédico de implantación del prototipo B, modelo 102 —asevera ella.

Impulsado por la intriga, lo toma con la finalidad de examinarlo.

—¿El prototipo está adentro? ¿Cómo es?

—Sí, está contenido en el interior. El B102 lo conforman varias nanoplacas protegidas por bicapas lipídicas. Al accionar el dispositivo, se liberarán para adherirse a estructuras internas de tu sistema nervioso.

—Te he oído hablar del invento, pero ¿cuál es su función específica?

—El B102 está diseñado para mejorar las capacidades biológicas. Funciona como una memoria externa que proporciona identidad digital y posibilita la interconexión sin necesidad de visores holográficos. Entre otras cosas, otorga acceso a espacios, datos y comunicación teledirigida.

—Debes usar tu B102 —agrega Adalberg— para pasar el siguiente sistema de defensa y la revisión médica que realizaré en el laboratorio.

—¿Hay engaño detrás? —se cerciora suspicaz. El agente intuye que le velan información.

—Todos los miembros de la base lo utilizamos —responde él—. Es fiable, privado y simplifica nuestras operaciones.

—La única objeción que podrías tener —añade Sunna—, es que los altos mandos tenemos permitido realizar ciertas funciones de seguridad social. No obstante, carecen de efecto sobre ti hasta que negocies con el presidente Valdi.

Sólmundur desconfía. Ellos se dejan fagocitar por la tecnología y se trasladan a una dimensión virtual que ahora mismo lo excluye. No participar es estar en desventaja. Y formar parte es dar el control a quien gobierna.

—¿Y el implante es permanente? —inquiere, para dejar claro su inconformidad con el requisito.

—Sí —replica ella—. A menos que sea desactivado.

—Tras la desactivación —explica Adalberg—, los linfocitos destruyen los restos del nanoimplante y surge una reacción inflamatoria que produce ligera fiebre durante cinco horas.

Sunna aprueba con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Entiendo —expresa Sólmundur—, la desactivación podría ser mi recurso en caso de rechazar la utilización del B102 después del acceso y la revisión médica.

Adalberg sonríe.

—Sí, así es. Sin embargo, es mejor decidir después. Son más las ventajas de llevarlo y te lo dice alguien que es poco asiduo de su uso.

—A menudo los humanos prefieren sistemas anticuados —acota la comandante y esto le llama la atención. Parecería que existe cierta tensión entre *homo sapiens sapiens* y *homo eusocialis* dentro de la base. ¿Sería por asuntos tecnológicos?

—Sí, es la tendencia —Adalberg menciona y esa contestación lo confunde porque siente que le ha leído la mente—. En fin, podríamos pasar una eternidad aquí, mas Sōwilō se tornará despiadado en unas horas. ¿Me permites colocarte el implante?

Observa la pequeña caja.

—Sí, está bien —consiente ansioso y se la entrega.

El director se acerca y presiona el dispositivo sobre la sien izquierda de Sólmundur.

—Listo —concluye.

Al mismo tiempo, Sunna sitúa su mano sobre una máquina de lectura dactilar. Segundos después, una pared de acero se alza y revela otra habitación.

«Sólmundur Margrétsson. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Agente independiente e investigador», resuena una voz neutra y sutil dentro de su conciencia. Mira en todas las direcciones, trata de averiguar su procedencia. Los otros no la advierten, de modo que debe tratarse de una señal del B102.

—Entra, por favor, antes de que se bloquee el paso —ordena Sunna y le obedece.

«Intenta enviarme un pensamiento», recibe de ella.

«¿Eres tú, Sunna?».

«Sí. Así puedes tener comunicación privada con los miembros de la base. Te sugiero lo compruebes con Adalberg».

«Director».

«Interesante, has aprendido la función de transmisión de pensamientos. Recomiendo usarla con moderación a fin de no ver atrofiada tu articulación temporomandibular».

De pronto, algo insólito le atraviesa el cuerpo. ¿Acaso son rayos infrarrojos? Eso sería más perjudicial que estar sin protección en el exterior.

—¿Qué sucede? —pregunta asustado, en voz alta.

—Quizás te refieres al sistema final de defensa y escaneo —aclara Sunna—. Descuida, es inofensivo si tienes puesto el B102. Ya podemos descender.

Al meterse a la cápsula, esta se cierra de forma automática para iniciar el viaje al subsuelo. Qué sistema tan avanzado, piensa, ni siquiera percibe la traslación. Le parece mentira vivir tal fantasía tecnológica. Con razón su madre había quedado deslumbrada cuando colaboró con Valdi.

—¿Mis hijas realizaron el mismo procedimiento?

—Sí —replica Sunna—, aunque con una ligera variante.

—Ellas mantuvieron las escafandras proporcionadas por nosotros —clarifica Adalberg— y el B102 fue activado después.

—¿Puedo relacionarme con ellas mediante el nanoimplante?

—La comunicación con el último nivel subterráneo requiere un permiso especial —contesta Sunna.

—Lo tendrás con certeza luego de negociar con el presidente Valdi —interviene el director—. Claro, si decides conservar el B102.

—¿Qué otras cosas puedo hacer con esto?

—Ya te muestro.

«Memorias del arribo» recibe de él.

«¿Qué es? ¿Cómo funciona?».

«Son mis elementos almacenados de mi primer saludo a tus hijas. Ordena descargar».

«Descargar».

Adalberg se ríe divertido.

«No a mí, a tu B102».

«Descargar». Entonces visualiza lo mismo que él cuando aconteció el evento. Llegaron sonrientes. Esa es Ýr, bastante animada. Y Lilja está, como de costumbre, detrás de su hermana y con una actitud más tímida. ¿Cómo es posible traspasar recuerdos?

«¿Has podido mirarlo?», se cerciora.

«Sí. Muchas gracias, director».

«Se conservará en tu B102 por tiempo indefinido».

«¿Puedo acceder cuantas veces me plazca?».

«Así es».

La cápsula se abre sin previo aviso. No ha notado los kilómetros del

viaje. Todo es tan rápido y sobrio que le provoca náuseas.

—Que tengas buen descanso, Sunna —se despide el director y ella le devuelve un leve gesto reverencial.

Adalberg se marcha y Sólmundur espera indicaciones.

—Hasta aquí te acompaño —manifiesta la comandante—. Quedas bajo la responsabilidad de Adalberg, quien te revisará a profundidad.

—Entiendo. ¿Nos veremos en otro momento?

—Me aseguraré de eso. Que tengas buen descanso.

—Que tengas buen descanso.

Se retira con el objetivo de buscar al director pues este se ha adelantado para mostrarle la ruta. Lo localiza y escolta.

«Sólmundur Margrétsson. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Agente independiente e investigador», recepta y visualiza un tono verdoso. ¿Qué fue eso? ¿Otra lectura?, se pregunta. «Presión arterial: 118/75 milímetros de mercurio. Respiración: 12 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 89 latidos. Temperatura: 36.2 °C. Libre de virus y bacterias perjudiciales». Se aturde por la revisión no solicitada de su estado físico.

—¿Estás ansioso? —consulta Adalberg al verlo abatido.

No logra responder. Ni siquiera sabe lo que siente. Son demasiados estímulos seguidos.

—Disculpa, temo que he sido entrometido —el director habla de nuevo desplegando su agilidad para detectar patrones afectivos—. Si existe algo que pueda hacer por ti, me gustaría saberlo y prestarte mi ayuda.

—Tan solo me adapto al intrusivo nanoimplante.

Adalberg se ríe y detiene su paso ante una máquina de reconocimiento.

—Sí —revela—, el B102 suele ser invasivo, pero podemos configurarlo de modo que disminuya la cantidad de notificaciones.

Se desliza una puerta.

—Entra conmigo, por favor.

La estancia tiene un tamaño que, sin exagerar, quintuplica el de su refugio. Tiene una zona de descanso, el ala del visor principal y las cámaras.

—Gracias, infiero que seré examinado ahora.

—Después de una breve charla. Eres bienvenido, ten la confianza de acomodarte como gustes.

Observa todo.

—¿Lilja e Ýr pasaron por este sitio?

—Estuvieron muchas horas aquí y en otras instalaciones.

—¿Luego podré verlas?

—Lo más probable es que el presidente Valdi aspire a hablar contigo antes de ello. Pero sí, creería que estás en todo tu derecho.

—Tengo entendido que aquí hay que negociarlo todo.

—Protocolos —contesta a secas—. La vida en la base es un poco compleja.

No sabe qué pensar al respecto. Parece normalizado el filtro social. Sacude su cabeza y observa que el director activa los hologramas y manipula información codificada con símbolos y rutas ininteligibles. Está a punto de preguntar el funcionamiento, no obstante, Adalberg se le adelanta hablando.

—Prepararé una cámara de cuidado y restauración para averiguar si tienes enfermedades no transmisibles que yo pueda sanar. Me llama la atención ese golpe en la cabeza, ¿te lo has hecho durante el traslado?

—Sí —miente, y huye de explicaciones vergonzosas.

—Tendré que examinar si se contaminó. Hay parásitos indetectables a los sistemas de defensa.

Se alarma ante la posibilidad y Adalberg se percata.

—Lamento si te asusté. Lo mencioné con la convicción de que se trata de una lesión con repercusión intrascendente. Por un instante olvidé que nuestro lenguaje suele centrarse en este tipo de aspectos y no estás acostumbrado.

—Asumo que a partir de ahora me será imposible ignorar a propósito mis procesos biológicos.

El director se ríe.

—Es cierto, mas puedes considerarlo una ventaja: tu buena salud optimizará tu desempeño y producción. En fin, antes de comenzar el proceso curativo, ¿deseas hacer un reporte sobre tu viaje?

—¿Lo cuestionas a nivel médico o en función de los datos que le suelen interesar a Sunna?

—Lo segundo, la otra información la sabré pronto.

Piensa.

—Pues sí, dejé mis trajes en el transcurso para venir levitando. Los doy por perdidos.

—Yo también. ¿Algo más?

—Vi insectos.

—Sí. Hemos identificado un incremento de la fauna.

—Creo que cerca hay agua baja en sal. Me fue posible olerla.

—Consideramos esa opción —y enmarca en su rostro la sorpresa—, al presidente Valdi le encantará escuchar lo que me has dicho. ¿Quisieras añadir otro elemento a tu reporte?

—Sí. En el refugio aguardan mis cultivos. Sunna me dijo que los traería.

—Entonces ten por seguro que ella ya habrá coordinado la misión.

—Bien, creo que es todo, director.

—Si ya acabó lo que te apetecía compartir, ven conmigo.

—Está bien —dice y lo sigue hasta una cámara.

—Debes acostarte aquí adentro —señala—. Puede que te sobrevenga la angustia al principio, empero, le continuará una absoluta relajación.

—De acuerdo.

—Es recomendable no pelear por mantener el estado de vigilia. —Suspira—. Eso te infligiría daño.

—Entiendo.

Adalberg hala la puerta y lo invita a ingresar. Sólmundur lo hace con esfuerzo por la inclinación de la máquina y su cabecera emplazada a veinte grados encima del suelo.

Encapsulado en la pieza, entiende el énfasis en las advertencias protocolares. La libertad de acción es limitada y no le cuesta sentirse exasperado. Se distrae cuando visualiza el tono verdoso en su mente. Empieza a presumir que es una señal del nanoimplante para indicar cumplimiento de requisitos. Una sutil vibración irrumpe para arrullarlo. El director monitorea a pocos metros, puede verlo a través del panel transparente.

Sus párpados móviles se tornan pesados.

Sus manos se inmovilizan.

Su respiración enlentece.

Busca rebelarse contra la sensación, pero falla todo esfuerzo por moverse.

«¿Dónde estoy?».

«¿Elegí venir a este lugar?».

Sus músculos pesan y se hunden en la superficie.

Parece ser aplastado por una fuerza invisible.

«Esta calidez es lo que necesitaba».

Su ritmo cardíaco se modifica.

«Ahora mismo anhelo estar aquí».

Se abstiene de resistirse a la inducción.

«Luces. Veo pequeñas luces como esferas hermosas que se elevan hasta la superficie y se fusionan con el aire y la vegetación. Jamás había visto un paisaje así. Quiero quedarme a descansar».

Ha sentido esto antes.

«¿Qué es este sitio?».

Le es tan familiar.

«Aquí estoy. En un sueño, en un contexto tan tranquilo y eterno».

Duerme.

«Y si me fijo bien, aparece una silueta. Es ella quien me explica la perspectiva lineal. Apunta a Sōwilō con un dedo. Bola brillante. Tiro el libro. Ella abre la boca y me mira suplicante de atención. Me enseña el mundo con su sonrisa. Amor resplandeciente como el cielo que comienza a aclararse hasta convertirse en una poderosa luz

blanquecina enceguecedora».

EPISODIO 3: CANTO DE ÍSIDORE

Interrumpe en su B102: «Infante código L00624, alias Dagur, necesita asistencia médica». Ha ocurrido otra vez. Se sobrecoge y suspira. Dagur es un caso atípico, dejaría a un lado cualquier actividad a fin de prestarle toda su atención. Abandona los hologramas, se despega de su asiento y echa un vistazo a Sólmundur, quien duerme plácido en una máquina modelo HL100. Faltan nueve horas para que despierte de la curación, así que es seguro ausentarse en ese período.

«Notificación recibida. Bajaré a una visita médica», envía a Adaldís.

«Te lo agradezco», responde de inmediato y tal celeridad le hace sospechar que es grave.

«¿Se halla consciente?», verifica.

«Sí, aunque en estado de estupor».

«¿Cómo está su prototipo A750?». Le gustaría comprobarlo por su propia cuenta, pero la sincronización con ese tipo de nanoimplantes solo está habilitada para los cuidadores y las cámaras de cuidado y restauración.

«Ha dejado de señalar error en la comunicación».

Una interferencia. Lleva sus dedos al entrecejo.

«¿Al despertar hizo mención a situaciones o conceptos desconocidos?».

«No pronunció palabra alguna».

«Gracias por tu reporte, Adaldís, en breve estaré ahí».

Sale de su estancia para dirigirse al pabellón de conexión con el subsuelo donde las crías *homo sapiens sapiens* de la isla viven en un tecnodelirio. El paraíso, le llaman. La tierra de la infancia. El lugar del que te mudas cuando das el salto a la adultez. Y al que es imposible retornar.

«Adalberg Þórsson. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Director general», resuena en su B102 al acceder al gabinete de verificación.

Visualiza el tono verdoso.

Dichosos los que tardan en crecer porque de ellos es el reino de las bondades. Como subadulto, él puede permanecer ahí cuanto le plazca y, como alto mando, esquivar los protocolos y permisos.

Pasa a la siguiente estancia. «Presión arterial: 102/63 milímetros de

mercurio. Respiración: 10 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 69 latidos. Temperatura: 35.7 °C. Libre de virus y bacterias perjudiciales».

Desecha su traje gris, lo reemplaza por otro más apropiado y se interna en la cápsula transportadora para comenzar el descenso al nivel tres. Pasados cuatro minutos, las paredes se tornan transparentes y dejan ver el jardín. La nostalgia se lo traga por completo. Tiembla. La cápsula se abre y el aire se vicia con un intenso aroma de aceites vegetales. Estornuda. Camina por el sendero de césped y atraviesa los viveros colgantes que ya no motivan su curiosidad. Solo anhela llegar a la zona residencial.

«¿El inconveniente sucedió adentro?», consulta con Adaldís.

«Sí, ya sabes que prefiere el enclaustramiento. ¿Ubicas la residencia?».

«La más cercana al polo magnético. Corrígeme si me equivoco». Ha ido demasiadas veces.

«Es exacto».

Observa con melancolía las doce construcciones artificiales y se fija en el espacio esencial común. Enseguida, irrumpe una escena que lo enternece: Nanna e Ísidore juegan con su cuidador, Sindri. Trasladan rocas para formar estructuras a escala. Son notables las diferencias anatómicas entre las niñas. Aunque fueron concebidas al mismo tiempo, Ísidore presenta un desarrollo más lento que la hace lucir como si estuviera en la primera infancia. Se sacó la lotería genética y es parte de la tendencia evolutiva que ha de seguir el ser humano.

Nanna controla su cuerpo a la perfección y de tres brincos pasa al otro extremo. Su hermana se tropieza con sus propios pies y hace que su cuidador se ocupe de gestionar su asistencia. Las características psicofísicas infantiles y cierta torpeza motora equivalen a una prolongación de la dependencia que, a su vez, es reforzada por la simpatía y el apego inconsciente de quienes están alrededor. Pero Ísidore tarda menos en identificar las piedras correctas y le enseña a Nanna a concentrarse en los patrones requeridos. Gastaría casi toda su energía en desarrollar primero un pensamiento abstracto y una comunicación más eficiente. El resultado apunta a un mayor impacto social basado en la síntesis y la observación de variables externas, una detección compleja de señales afectivas y de expresión corporal.

Nanna alcanza a verlo y corre hacia él. Se parece a Ýr, su madre. Espontánea, alegre y un tanto impulsiva.

—¡Adalberg! ¡Adalberg! ¡Adalberg! ¡Adalberg! ¡Adalberg! —grita con mucha energía.

—Qué gusto verte, Nanna.

—¿Vienes por mi hermana menor?

Sonríe. Los niños con neotenia se convierten en hermanos menores,

pese a no serlo.

—Acudo motivado por alguien distinto.

—¡¿Me vienes a ver a mí?! —exclama con emoción, y eso lo conmueve.

Sabe que si elige mal sus siguientes términos podría resultar hiriente.

—Lamento decirte esto, pero tampoco. Aun así, ha sido muy hermoso encontrarme contigo.

Sindri se acerca sin Ísidore. Ella ha vuelto a jugar con las piedras.

—Saludos, Adalberg, perdona a Nanna y su imprudencia, creo que ha interferido con tus labores.

—Descuida, ha sido ameno coincidir con ustedes. No obstante, si ambos me disculpan, tengo que ocuparme de otra situación.

Se despiden con gestos silenciosos y Adalberg avanza al hogar de Dagur.

Se detiene frente a la estructura de un piso. Es igual a las demás, diseñada a modo de laberinto para dividir el espacio en varios ambientes que prescinden de puertas. El boquete está adornado con helechos y tiene que moverlos antes de poder entrar. Ingresa sin anunciarse, su destino es la estancia donde suele hallarse el infante.

Lo encuentra absorto, sentado sobre unas telas en el suelo y entre paredes amarillas.

—Dagur.

No contesta.

—¿Dagur?

Persiste la falta de reacción a los estímulos.

—Dagur, soy Adalberg —se identifica y el niño establece contacto visual—. Vine de visita.

—Adalberg —murmura—. Has venido.

—Sí. —Se sienta a un metro y medio de distancia—. Aquí estoy.

—Perdí la conciencia, ¿verdad?

—Creo que sí. ¿Qué es lo que recuerdas?

Dagur carece de respuesta. No se acuerda y se muestra abatido. Es como si le hubieran robado el entusiasmo.

—¿Experimentas perplejidad cognitiva? —verifica.

—Sí.

—¿Hay dolor corporal?

—Cefalea.

—¿Tienes la sensación de haber estado en un área diferente a tu habitación?

Afirma con la cabeza.

—¿En ese sitio había mucha luz e irregularidades del terreno?

Confirma.

—¿Te comunicaste con seres desconocidos?

Dagur se levanta de golpe, aquella idea parece perturbarlo. Se recoge en posición fetal en una esquina y arrima su hombro izquierdo.

—Lo siento —Adalberg se lamenta al observarlo intentar tranquilizarse con estrategias motoras regresivas.

Le es difícil discernir la forma adecuada para tratarlo. Luce como un niño, pese a haber nacido horas antes que Lárus. Dagur es el caso de heterosis con características neoténicas más extremo del que se tiene registro.

Se escuchan los pasos de Adaldís acercándose. Quizás hablaron demasiado fuerte y le generaron inconformidad. Se abstienen de emitir comentarios y esperan pacientes a que ella aparezca. Ven su sombra corta proyectada.

—Gracias por venir a saludar a Dagur —habla y ambos voltean a mirarla.

Refleja cansancio, debe ser agotador ser la responsable de velar por el eterno infante. Ella es la quinta cuidadora que ha tenido.

—Gracias a ti por avisarme que necesitaba mi ayuda. Permaneceré un rato con él.

—Entonces saldré para que tengan mayor privacidad.

—De acuerdo, Adaldís, será bastante útil.

Ella se retira y él vuelve a centrar su atención en Dagur, quien ahora está más sereno y ha retornado a su asiento de telas lejos de la pared.

—Iba a estudiar una pieza —comienza a relatar el niño—, luego sentí una presión en el cráneo. Y tuve un sueño. Entonces desperté con Adaldís a mi lado, me pedía que reaccionara.

—¿Me contarías tu sueño?

—No es un sueño.

—Me dijiste que lo era, podemos tratarlo como tal.

—Yo sé que te gustaría saber lo que me sucede —manifiesta con cierta fatiga—, pero me siento incapaz de expresarlo con claridad.

—Sucede así porque la vivencia es la mejor vía de entendimiento, y no he pasado por lo que tú sí. Eso es distinto a que falle tu capacidad comunicativa.

—¿Estoy condenado a la alienación?

Es interesante su selección de palabras, piensa Adalberg y exterioriza su ansiedad a través del tic nervioso de parpadeo.

—Mi respuesta es no, Dagur. Y poseo una evidencia.

—¿Cuál?

—Conozco a un individuo que ha experimentado situaciones similares a las tuyas. Me refiero a sueños que no son sueños.

—¿En serio?

—Sí. Si no puedes hablarlo conmigo, él tendrá, con certeza, mejores oídos que yo.

—¿Y quién es?

Reflexiona su definición.

—Es solo un triste que vive en el subsuelo uno.

—¿Triste como yo?

—Ninguna tristeza es similar. La de él viene con muchas ocupaciones y responsabilidades que lo atormentan.

—¿Por qué?

—Creo que todo recae en sus conocimientos, marcados ideales y…

Dagur lleva con desesperación las manos a sus oídos.

—¿He dicho algo que te hiciera daño? —Adalberg inquiere asustado—. Lo siento. Está bien si deseas desviar el tema.

El niño se resiste a aceptar la condescendencia. Suspira cuando se calma y adquiere una postura menos defensiva.

—¿Él sabe sobre mí?

—Sí —y arquea las cejas—. Domina información sobre todos. ¿Te gustaría conocerlo?

—Sí, si él puede venir hasta acá. ¿Lo tiene permitido?

—Posee acceso indefinido incluso a los rincones más remotos. Sin embargo, quizás convenga que tú acudas donde él. Pudiera ser que le incomode la idea de adentrarse a tu residencia.

—Es bienvenido, lo invito para que me vea.

Adalberg sonríe.

—Dudo que se solucione con una invitación, es temeroso de resultar herido.

—Aquí es pacífico y la intervención maliciosa se aleja de mi forma de proceder.

—Lo sé, tú serías incapaz de lastimar. Solo que se ha vuelto receloso de ir a espacios poco frecuentados por él.

—Entiendo —murmura resignado—. ¿Me volveré así?

Dagur se ha identificado con Val y ha elaborado una conclusión interesante.

—Admito un paralelismo —replica Adalberg—, en especial porque a raíz de los episodios de ausencia ambos han limitado sus interacciones. Pero hay grandes diferencias entre ustedes y su forma de reaccionar.

—Él es adulto —concluye Dagur.

Y tú también, piensa, mas enseguida se retracta. Además, recuerda la actitud caprichosa e infantil de su hermano. ¿Y si la neotenia no siempre es evidente? ¿Es posible que se camufle con un envejecimiento externo?

—¿No es un adulto, Adalberg? —encara al predecir que la reflexión prolongada va por esa vía.

—Lo es, pese a que a veces no lo parece.

—¿Es como tú y como yo? —pregunta, complacido.

Tendría que investigar el caso. Hace unos minutos su resolución habría sido un no rotundo, porque Val ha alcanzado su pleno desarrollo físico y se encamina a la vejez, si bien es pueril. Algunos misioneros también poseen esa disonancia. ¿Cómo se le pasó por alto? Es la tendencia general. ¿La especie se estaría preparando para dar un gran salto evolutivo?

Se da cuenta que Dagur lo examina con fijeza. No ha respondido.

—Es como tú y como yo —le contesta— porque es *homo sapiens sapiens*, mas su velocidad de madurez orgánica cubre los parámetros esperados para la especie.

—Diferiremos, entonces.

—No lo creo, tienen demasiado en común. Te recomiendo que, si en determinado momento compartes con él, no te dejes llevar por su apariencia. Así mismo, sé que él evitará tratarte como niño.

Dagur lanza un resoplido.

—¿Te he desanimado? —pregunta Adalberg.

—Todo lo contrario. Me gustaría que viniera.

—Puedo preguntarle si se arriesga.

—Bueno —aprueba y hace una pausa para analizar—. ¿Y si nos encontramos en un lugar neutral?

—¿Neutral, dices?

—Ni su residencia ni la mía.

—Podría ser mi laboratorio. Sin embargo, te has negado a ir las últimas veces que lo he sugerido. Han sido tantas.

—Veintiuna.

—Gracias por el dato, desconocía que llevabas contabilidad, pero sí, mis estimaciones rondaban ese número.

—Acerca de salir, ahora es distinto.

—¿A qué te refieres? —consulta intrigado—. ¿Acaso aceptarías subir?

—Sí.

—¿Vendrías conmigo ahora? —insiste con incredulidad y traga saliva—. Aun si no estás listo para socializar, anhelo realizarte una curación.

—Sí. Iré a que me revises. Y te pido que luego me presentes al individuo triste.

—¿Sí? —cuestiona escéptico una vez más.

—Sí —y ríe con timidez porque le divierte la expresividad de Adalberg—. Vayamos tan pronto la cúpula comience a disminuir su luz.

—Está bien —replica, mas sigue asombrado y frunce el ceño—. ¿Puedo enterarme del motivo de tu cambio de actitud?

Dagur lo piensa unos segundos.

—Siento que es lo adecuado, Adalberg.

—Me confunde tu explicación.

—Es que tampoco lo entiendo.

—Ya veo, entonces es mejor no intentar racionalizarlo. En todo caso, me alegra tu decisión.

Dagur pestañea en repetidas ocasiones y le regala su sonrisa más genuina. Ostenta ademanes semejantes a los suyos, inexplicables a partir de la influencia social. A Adalberg eso lo colma de ternura. Le sonríe de vuelta y sus latidos se acompasan en plena algarabía. Tiene prohibido mencionarle que cedió su material genético para engendrarlo. Al menos hasta que él mismo pueda ser catalogado como adulto. No obstante, las similitudes lo delatan volviéndose un asunto obvio a la inteligencia del niño.

—Faltan pocos minutos —musita Dagur—. ¿Te gustaría escucharme tocar el piano?

«19:36», verifica.

—Claro, tenemos tiempo y me haría muy feliz. ¿Es lo que ibas a practicar antes de lo ocurrido?

—Sí —y guía a Adalberg a una galería central con múltiples instrumentos musicales que, dada su complejidad tecnológica, parecen inventados. Otros podrían haber sido construidos a partir de descripciones antiguas.

—Veo que has ampliado tu conjunto de artilugios.

—Y mi potencia cognitiva sobre ellos. Quiero dominar la técnica de cada uno.

Adalberg reconoce un violín, fiel copia del suyo.

—Tómalo —le insta Dagur—. Está afinado. Procura acompañarme.

Le obedece y agarra el instrumento. El infante corre hacia el piano y se precipita a presionar las teclas. Adalberg acomoda el rostro sobre la barbada del violín. Se concentra y junta los párpados a fin de limitar estímulos y oír con agudeza. Es un melancólico preludio en *la bemol* menor. Empuña el arco. Se prepara para interpretar las notas. *la*$_{b3}$ *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$. El anterior certamen con Dagur lleva la impronta de cuando Sunna vivía. *sol*$_{b4}$ *si*$_{b4}$ *re*$_{b3}$ *do*$_{b4}$. Sabe a agua tibia endulzada con flores, procedimiento fugal, risas, culpa. *la*$_{b3}$ *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$. Los registros mentales permanecen claros sin necesidad de nanoimplante. *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$. Aquella vez pausó su ejecución de la pieza porque Sunna le consultó a través del B102 si podía usar la simulación de empatía ampliada. *sol*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$. Quería entender por qué Lilja e Ýr lloraban tanto luego de ser separadas de sus hijas. *do*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$. Debió negárselo. *do*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *si*$_{b4}$ *do*$_{b4}$. Sería otra después de la experiencia humana. *si*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *la*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *mi*$_{b4}$. Cómo la extraña. Interpretar el violín también es volver a las horas en que tocaba para ella en una habitación amarilla. *do*$_{b4}$ *sol*$_{b4}$ *si*$_{b3}$ *do*$_{b4}$ *la*$_{b3}$. Sus lágrimas caen por primera ocasión en mucho tiempo. Le es imposible continuar.

Gira la cabeza y cubre su rostro.

—Adalberg —murmura el niño, quien interrumpe el instante musical.

Silencio de redonda

—¿Adalberg? —vuelve a llamar.

El director se fuerza a reponerse. Con sus manos limpia el excedente de lágrimas y respira hondo.

—¿Hice algo mal? —Dagur pregunta afligido.

—No —asevera por temor de ser malinterpretado. Lo mira aún con los ojos húmedos—. Tu composición es más que bella, me ha conmovido con recuerdos.

—Lo lamento tanto.

—¿Por qué? Lo sucedido está fuera de tu responsabilidad —le dice y suspira arrepentido de dejarse dominar por su tristeza—. En tal caso, perdóname por romper la sublimidad.

—No has roto nada. La melodía es nostálgica y le has dado vida.

—Gracias, Dagur —dice amable—. A pesar de mi afectividad intensa de hace un rato, ya me siento mejor.

—¿Me lo garantizas?

—Sí. —Sonríe—. Es así.

—Me alegra bastante escuchar eso, Adalberg.

«19:57» consulta, preocupado por la hora.

—¿Todavía deseas venir conmigo al laboratorio?

—Eso no ha cambiado. Me siento raro y prefiero la atención médica. Podemos irnos ya, solo debo ordenar lo que acabo de usar.

—Bien, te ayudo. Situaré el violín donde corresponde.

Nos vemos, se despide del instrumento y de Sunna. La astilla del pasado bastó para desatar una reacción afectiva exagerada. Tendrá que programar una inducción que le ayude a disminuir la pena. Pero ha de ser luego de las curaciones pendientes.

Inicia la atenuación de luz. Es sencillo darse cuenta porque las sombras se marcan de forma diferente y el amarillo de las paredes se torna gris.

—Llegó el momento —asegura Adalberg.

Dagur afirma con la cabeza. Luce más agotado que de costumbre. Se sienta despacio como si algo le doliera.

—Tengo un mal presentimiento.

—Un nuevo análisis nos ayudará a comprender mejor tu situación. Podría ser una desregulación de neurotransmisores.

—Entonces vamos pronto —replica y se pone en pie.

Estando prestos para cruzar el boquete cubierto por helechos, escuchan un grito. Un alarido desgarrador. Se miran. Esperan a que el ruido se detenga, sin embargo, aquella idea se desvanece con cada

segundo que transcurre.

—Iré a ver, aguarda aquí —recomienda Adalberg y abandona la residencia sin notar que Dagur se ha desmayado detrás de él.

La cúpula general centellea. Entretanto, han salido también los adultos cuidadores y tres curiosos niños. Adalberg intenta averiguar el origen del chillido y de inmediato identifica que la fuente es Ísidore. La niña gruñe y cubre sus orejas con las manos. ¿Acaso serían molestias por su pineoblastoma de lento crecimiento? Tiene la cara roja y Sindri la agarra para calmarla.

«Evento insólito en el subsuelo tres», envía a Val con la esperanza de una pronta reacción.

Logra ver a Nanna escondida y aterrorizada detrás de unas plantas. Adalberg apresura su paso y se acerca al aturdido Sindri. Utiliza su B102 para aclarar la orden: «Por favor, lleva a Nanna a la residencia. Yo me encargaré de Ísidore».

El *homo eusocialis* obedece con diligencia. Segundos después de haber sido soltada, Ísidore se desmaya. A partir de entonces abunda el silencio y la expectación.

Adalberg comunica a los demás presentes: «La niña recibirá atención médica, cuiden ahora de los que están a su cargo».

«Entendido», recepta.

«Entendido».

«Entendido».

«Entendido».

«Entendido».

«Entendido».

«Entendido».

«Entendido».

«Entendido».

Le aturde el masivo resultado, así que sacude su cabeza para refrescarse. Lo consigue, pero se marea porque la luz de la cúpula sigue titilando.

—Ísidore —la nombra para probar, sin éxito, su reflejo auditivo.

La acomoda con la cara en dirección al techo y verifica que respira. Descarta lesiones, luego realiza un montículo de arena sobre el cual eleva las extremidades inferiores de Ísidore por encima de la altura del corazón. Está pálida y la visión lo impacta.

«Val, te comparto mis memorias. Dame tus indicaciones». «Error al intentar comunicación», obtiene de vuelta.

Lo que faltaba, una intervención externa. Se apoya en el piso para sentir la calidez de la arena y pretender que posee control sobre sus pensamientos, pero todo lo ocurrido lo sobrepasa. Mira frustrado en dirección al polo magnético. Es alta la probabilidad de que Dagur también esté descompensado.

«Adaldís, necesito que regreses».

«Reportaron un incidente. ¿Se trata de Dagur?».

«No, empero, es sobre un caso que precisa mi atención urgente. Discúlpame».

«Lo entiendo, voy».

«¡Val!», exclama furioso al B102 de su hermano. «Error al intentar comunicación».

Lanza un resoplido de resignación. Esta es la ocasión que temían los demás altos mandos y es su obligación reaccionar a la altura con decisiones sabias. Observa a Ísidore. Con su dedo izquierdo le traspasa corriente hasta que ella toma una bocanada de aire y recupera el conocimiento.

—Quédate quieta —susurra gentil— y mantén los párpados juntos. Soy Adalberg. Si me escuchas, aprieta tus puños.

Lo hace.

Es una buena señal. Además, se percata del cese de la intermitencia de luz, lo que representa una calma adicional. Tal vez sea la hora. «20:32», registra. Eso le recuerda que debe darse prisa en marcharse si prefiere esquivar el efecto del gas somnífero.

—Te voy a trasladar a una locación segura. Mueve los dedos si me das tu consentimiento.

Mueve los dedos.

Adalberg contiene el aliento. Siempre es una aventura interactuar con Ísidore, pues parece saber todos los secretos, incluso los que su propio cuerpo oculta. Fue ella quien se detectó a sí misma una tumoración y explicó cómo los seres de la nave se lo extirparían.

Suspira. Debe organizar su cognición para hablar con coherencia y transmitirle estabilidad.

—Tendremos que partir de aquí sin que se altere el resto —plantea Adalberg—. Necesitaré que juegues a dormir mientras te llevo en brazos hasta el pabellón de conexión. Si concuerdas conmigo, balancea dos veces la cabeza.

La niña lo complace. Es difícil reconocer el nivel de seriedad en sus actos. Él la carga con cuidado y la moviliza a través de la zona residencial y los cultivos hidropónicos. En el camino de césped se cruza con Adaldís, quien comprende la severidad del asunto y solo realiza una venia antes de pasar de largo.

Él le corresponde, luego ingresa a la cápsula transportadora.

—Logramos la primera victoria —comenta a Ísidore cuando están adentro—, pero todavía necesito que sigas desmayada un poco más.

La niña se ríe, no obstante, con velocidad se autorregula e interpreta su papel.

A Adalberg le impresiona su capacidad de frenar los propios impulsos. De verdad simula inconsciencia y sus bracitos colgantes

hacen que sea tarea sencilla asociarla con la fallecida hija de su hermano. Traga saliva. Lara fue la única cría, de entre dos nacidos, que Val reconoció como su hija. El niño rechazado sería Lárus por tener más oportunidades de sobrevivir. En cambio, a ella la acogió con lástima para protegerla por su neotenia. Necesitaría más cuidados. Tardaría en desarrollarse. Sería débil, dependiente y no competitiva. Un gasto inútil de recursos igual que Dagur. Un individuo improductivo en sus primeras largas etapas. Mas, al nacer, todos la amaron y le tuvieron paciencia. Pensaban que se quedaría por siempre. Sin embargo, como Ísidore, también tenía un pineoblastoma que al final le arrebató la vida. Atisba la figura flácida y sin tono muscular de la niña, le dolería que la historia se repitiera.

Al terminar el ascenso, entran al gabinete de verificación. «Adalberg Þórsson. Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte. Director general. Presión arterial: 105/63 milímetros de mercurio. Respiración: 11 inspiraciones y espiraciones por minuto. Pulso: 74 latidos. Temperatura: 35.9 °C. Libre de virus y bacterias perjudiciales», recibe. Una pérdida de tiempo que lo pone nervioso.

«Asunto de Seguridad relacionado con el caso Ísidore. Tengo permitido ausentarme en la base. Agradecería tu ayuda para desbloquear y agilizar mi movilización a la superficie», envía a Örn, comandante de operaciones especiales.

Coloca a Ísidore en un equipo de traslado.

«Adalberg, ya está habilitado el acceso a la salida».

«Muchas gracias, Örn».

«¿Quieres que te acompañe?».

«Es mejor si nadie más se expone, sin embargo, te pido invisibilidad».

«No te comprendo. Si me explicas bien, lo haré por ti».

«Solicito que por favor se despeje el área desde mi ubicación actual hasta la superficie. Que se apaguen incluso las cámaras térmicas».

«Desconozco si gozo del permiso. Me asesoraré con el presidente Valdi».

«El presidente Valdi tiene el B102 interferido».

«Es correcto. Acabo de verificarlo. En ese caso, estás al mando y haré lo que me pides de manera progresiva para mayor eficiencia. Te guiaré. Puedes alejarte de ahí».

«Gracias, Örn», le reconoce su esfuerzo y termina el proceso de ajustar el torso y las extremidades de la niña.

«20:51», revisa la hora y se enfada. Desde que murió Sunna tiene por costumbre activar con frecuencia la función horaria. Quizás es su forma de mantenerla presente. Suspira. Necesita regularse, no es un contexto adecuado para la nostalgia. Observa a Ísidore y se pone en marcha.

«¿Ya puedo recorrer los pasillos?», le consulta al comandante.

«Sí. Detente antes de asomarte a la galería principal».

Así lo hace y nota cómo algunos proveedores de luz centellean cuando pasa por el lugar. La anomalía.

«Adalberg, está despejado el tramo a la cápsula transportadora. Te he dejado allí una indumentaria de aislamiento primario y una escafandra».

Va a necesitar dos de cada pieza. Aunque puede sacrificarse para que Ísidore se cubra.

«Gracias, será de mucha ayuda», responde.

Entra a la cápsula con la plataforma móvil. Comanda «ir a nivel cero» desde su B102 e inicia el ascenso. «21:01», registra. Cercano al perihelio, Sōwilō asoma poco y es posible despreocuparse por ventanas de período seguro.

Pronto perderá toda comunicación con Örn.

«De subida», le avisa, pero echa de menos su contestación.

—Puedes dejar de fingir —le dice a la pequeña, quien primero escudriña lo que hay alrededor.

—Saludos, Adalberg —musita e intenta levantarse, pero las cintas de ajuste se lo impiden.

—Déjame ayudarte a que te liberes de esta máquina —y con cuidado le suelta los amarres—. Ya está, algunos los había dejado flojos.

—Gracias —comenta y se sienta.

Adalberg tiene prisa. Procura ser directo y averiguar los límites de sus conocimientos.

—Si no lo crees muy entrometido de mi parte —le dice con cautela—, me interesa entender qué pasó en el espacio esencial común.

—¿Te refieres a mi grito?

—Sí, nos asustamos los espectadores.

—Lo siento. Sucedió que los seres de la nave me mostraron mi casa.

Casa es un término tan antiguo que ni siquiera consta en el sistema informático central. Sabe a qué se refiere porque Val también ha hablado del lugar. Conserva el asombro por la palabra hasta que cae en cuenta de su mención a los seres multidimensionales. Titila el proveedor de luz.

—Qué amables al mostrarte tu casa —manifiesta con recelo—, lo único que me intranquiliza es que te lastimaron. Deben encontrar la manera de transmitir imágenes sin hacerte doler, sangrar o desmayar.

—Oh, pero eso lo hice yo, era parte del plan de fuga. Y no creas que fui la única lastimada, nos sacrificamos todos. Ellos también sufren cuando grito.

—Ya veo —dice con el ceño fruncido.

—Las otras veces apenas he sentido molestias al inicio. ¡El truco es no resistirse a la visión! —exclama alegre, como si contara un dato banal.

—Deja comprobar si entendí, ¿tú misma te has opuesto a la intromisión mental y te has causado el desmayo?

—Sí —confiesa triste—. Perdón.

Suspira. Intenta suavizar su rostro.

—Tranquila, despreocúpate. Has hecho lo que se te ha ocurrido. Solo me cuestiono los métodos de los seres de la nave porque se supone que son inteligentes y sensibles. Me pregunto, ¿tan complicado era hablar conmigo y coordinar un encuentro más civilizado y menos traumático?

—Dicen que fue la mejor opción entre múltiples alternativas. Reconocen que tú también lo has intuido y por eso me pediste fingir.

Ignora cómo encarar la lectura manifiesta de los eventos, en el espacio esencial común se había dejado llevar por sus impulsos.

Se apertura la cápsula e Ísidore sonríe de alegría por arribar a la superficie.

—Está bien —acepta más sereno—. Voy a confiar en su capacidad para visualizar la complejidad de la esfera temporoespacial. Gracias por compartirme tu experiencia.

—Gracias por permitir que los eventos sigan su curso.

—¿Cómo es eso? —consulta con curiosidad.

—Nadie más me hubiera traído hasta aquí.

Respira hondo. Es penoso escuchar de otro individuo cómo toda la responsabilidad es suya. Cualquier inconveniente, la mínima herida, el menor daño irreparable sería, de ahí en adelante, su culpa.

Ella cambia su semblante, abandona su ostensible alborozo y se sincroniza con su angustia.

—¿Te asusta que me vaya?

Los niños son la razón de ser del Laboratorio Börn Eyjarinnar y de la Base Norte. Nunca habían cedido el cuidado de alguien.

—Por supuesto —afirma afligido.

—¿Qué es lo que temes?

—Velo por ti desde antes de tu nacimiento e ignoro qué tan bien lo sepan hacer ellos.

—Estaré a salvo, te lo aseguro —intenta consolarlo.

La única garantía para Adalberg es que, hasta el momento, siempre se ha cumplido lo pronosticado por los seres. Pero su hermano aún duda de su benevolencia y le extiende, cada vez que puede, su repertorio paranoide confabulatorio.

—Prométeme una cosa, Ísidore.

—¿Cuál?

—Si pretenden obligarte a cometer acciones o si solo experimentas

malestar e incomodidad, por favor pídeles que te traigan de regreso. O si es factible, que me lleven contigo.

—Lo haré, lo prometo.

—Si se hacen los desentendidos, rebélate o piensa muy fuerte en nosotros, de modo que nos mantengas cerca tuyo para defenderte, ¿entendido?

—Entendido.

Guardan silencio. Él se apoya en el equipo de traslado para sosegarse. Se concentra en su respiración.

—Igual nos volveremos a ver —asegura la pequeña—. Y regresaré cuando me recupere.

—Está bien —cede para replegar su ánimo—. Confío en eso.

—Ahora que te sientes más sereno, ¿partiremos?

Adalberg agarra los trajes protectores.

—No sin que te pongas esto.

—¡Son enormes! —Ísidore expresa con vigor y se ríe—. No van a amoldarse a mi complexión. Además, los seres dicen que son innecesarios y que nuestros datos sobre las condiciones externas son, por tradición, imprecisos. Afuera estaremos a salvo.

No lo creería si no fuera porque Sólmundur ha estudiado la relativa inocuidad ambiental en los organismos adaptados. Sus resultados son contundentes, es absurdo llevar escafandra por períodos breves y semiprolongados si se controla con exactitud la información sobre el entorno. Lleva sus dedos al entrecejo para extender la piel circundante. Pudiera ser que a corto plazo sea imperceptible un perjuicio. Un individuo quizás no note una influencia durante su existencia, mas se desconoce si las siguientes generaciones se verán afectadas. No es casual la longevidad del *homo sapiens sapiens* en esta comunidad infantocéntrica que vive en un hormiguero subterráneo gigante. Evitar la radiación estelar y la exposición a agentes infecciosos ha sido la clave. Pero su prudencia científica es casi siempre descrita como excesiva.

—Tenemos pruebas sobre lo que me mencionas —le explica a Ísidore—. Sin embargo, me gusta ser cauteloso.

—Es tonto que me ponga los trajes —responde con una sonrisa—, ya que pasaré sin estos el resto del tiempo. En cambio, si tú los usas no sería un desperdicio porque debes regresar y cuidar a los demás.

—Tienes razón. No obstante, hay una posibilidad que todavía contemplo: si salimos y resulta que los eventos se complican a tal punto de suspenderse tu partida, te habré expuesto de modo irresponsable.

—¿Y si vas tú primero, revisas si está la nave y les preguntas por ti mismo si me van a llevar?

—Es una idea inteligente, solo dudo que me sienta más tranquilo si

te dejo acá sola. Tendría que elaborar un plan.

«Kodlabsuwbdbxhhssl», recibe Adalberg en su B102 y se sorprende porque no identifica al remitente.

—¿Y si además —agrega la niña— fijamos un plazo cortísimo para estar en el exterior? Por ejemplo, después de diez minutos de espera, retornamos.

«Apljdnakkqwou».

¿Qué es eso?, se cuestiona. Contrae el entrecejo en señal de desconfianza.

«Hkalodnwnksksjddjdjjdjdkdkdkdkdidksaoanzn».

Lucen como archivos de descarga, pero con codificación azarosa. Las únicas fuentes de las cuales pudieran provenir ni siquiera poseen un nanoimplante y jamás se han comunicado con él.

—¿Adalberg?

—Perdóname, ¿qué me decías?

—Nos retrasamos —verbaliza furiosa—, todavía seguimos en la cápsula transportadora.

«Saksnabqjq».

De nuevo. Se incomoda con el mensaje. Parece que insistirán hasta que acepte. Al menos con él atinan en ser sutiles. Decide ordenar el comando «descargar».

Nada cambia.

—Discúlpame, Ísidore, es que acaba de suceder algo inexplicable —comenta extrañado y percibe una débil corriente en la extensión de su cuerpo.

El proveedor de luz centellea.

—¡Oh, woah! —exclama Ísidore y lo mira maravillada.

—¿Qué? ¿Qué tengo?

—No lo sé, pero brillas.

Se examina los brazos. Porta una fina capa de plasma.

«Neurotraje protector. Analizar en otro punto de espacio-tiempo. Avance tecnológico».

Gracias, contesta perplejo tras asumir que se trata de un obsequio de los seres multidimensionales.

Cuando se acostumbra, deja de observarse para volver a centrar su atención en la infante que permanece sentada en la plataforma móvil. Nota que ella también posee un neurotraje. Lanza un resoplido burlón.

—Es evidente que nos han ayudado.

—Sí —dice ella y se ríe—. Con esto hemos resuelto el dilema.

—Creo que ahora podemos irnos —afirma y coloca a un lado la ropa extra, la necesitará durante su futuro descenso.

—¡Entonces vamos! —exclama ilusionada mientras analiza cómo llegar al suelo.

—¿Necesitas que te dé una mano?

—Puedo hacerlo por mi cuenta.

—Bien.

La espera. Se introducen en la antesala D, deshabilitada gracias a Örn. Adalberg no obtiene la típica lectura de la máquina de reconocimiento y asume que debe realizar una programación manual. Se acerca al aparato.

—¿Qué haces?

—Digito los códigos de salida. Es una excursión excepcional.

—Oh, comprendo.

—Ya está. Tardará unos segundos. Entretanto dime, ¿los seres de la nave te muestran imágenes en cada contacto?

—A veces. En otras solo se interesan por mis afectos o me corporizan y exploro.

—¿Te corporizan?

—¡Con un programa llamado *Stentor*! —responde exaltada—. Cuando pasa eso también puedo subir a la nave y vamos rápido a cualquier lado. ¡Y viajamos al campo y al océano!

La apertura de la antesala C viene con un espeluznante recuerdo. Lo que cuenta Ísidore le sonaría delirante si no fuera porque él mismo conoció la nave. La diferencia es que a él no lo corporizaron. Había estado trabajando con Sólmundur y sus teorías sobre el exterior, cuando de pronto vio la estructura esferoidal estacionada a tres metros de la base. Abordó con curiosidad y, al no hallar a los seres, se puso a investigar la tecnología. Lo hizo durante veinte minutos. Al regresar, se enteró de la aberración temporal. Para los demás habían transcurrido mil seiscientas treinta y cinco horas, lo tenían por muerto, las niñas estaban a punto de nacer y se acercaba el perihelio.

Pasan a la habitación y Adalberg se mueve hacia la máquina para ordenar la elevación de la siguiente puerta de defensa.

—Interesante lo del programa *Stentor* —al fin le contesta—. ¿Y qué es lo que más te ha gustado de lo visto?

—¡La lluvia! ¿Sabes lo que es, Adalberg?

—Sé lo que es, ¿la has sentido?

—¡Sí! —exclama con dramatismo—. Las gotitas te bañan y moverse es divertido.

Es posible cruzar a la antesala B y al hacerlo se aproximan a la máquina.

—A pesar de eso, parece que te produce algo de miedo —interpreta Adalberg al verle el rostro.

—Es que recordé que si se intensifica, los monstruos salen.

—¿Los monstruos? —inquiere con extrañeza, ya que lo ha asociado con el delirio autopunitivo de su hermano Val.

—Yo les digo así porque son horribles —murmura apenada y se cubre los oídos.

—Descríbelos. ¿Hacen ruido?

—Mucho —menciona y alza las cejas de forma exagerada—. Aparece un rayo luminoso y caliente que surca el cielo y lo rompe. Las ondas de choque hacen un estruendo horripilante.

Ha descrito un trueno.

—Vaya —expresa admirado—, te han enseñado fenómenos naturales significativos.

—La lluvia es lo que más me gusta, pero depende del tipo de nube originaria.

«Cumulonimbos», recepta y se estremece al visualizar la imagen como si se tratara de una memoria.

¿Qué carajos ha sido eso? Al presentir el advenimiento de su tic nervioso, aprieta con fuerza los párpados para contenerlo y no pensar. Funciona.

—¿Te duele algo, Adalberg?

—No, descuida.

Necesita un descanso de la cháchara. Y realizar la programación.

Digita los códigos.

—Emanas sangre del oído —la niña murmura con recelo.

Se toca.

—Es cierto.

Limpia su piel con el borde del traje gris. Ella respeta su aseo deficiente debido a la escasez de recursos en ese rincón de las instalaciones.

—Lamento que tengas que presenciar este hecho, Ísidore. Ignoro la causa —pero la sospecha. Ha tenido su primera intromisión externa.

—No te disculpes por lo que se aleja de tu control o por situaciones donde eres inocente.

Antes de poder reaccionar de modo asertivo, se levanta el bloqueo a la antesala A. Adalberg suspira.

—Tomaré tu recomendación. Y te tengo una noticia que creo que te entusiasmará: esta es la última estancia protocolar.

La niña lanza un grito ahogado de felicidad y entra dando brincos. Grave error. Su motricidad torpe propicia que caiga al piso y se lastime.

Adalberg acude a asistirla.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —manifiesta, y se soba el antebrazo que ha soportado la mayor parte de su peso.

Él se resiste al impulso de sobreprotegerla, pero al final cede.

—Bien. Estira las extremidades —le dice para guiar su examen médico—. Rota tus pies. Perfecto. Rota las muñecas. Listo. Rota las rodillas. Excelente. ¿Te duele la cabeza?

—No.

—Tampoco veo raspones. Creo que tuvimos suerte esta vez. —Le sonríe—. El dolor del brazo y la cadera irá pasando con los minutos.

—Gracias, Adalberg.

—De nada.

Él se dirige a la máquina para finalizar el proceso. Luego registra la hora en su B102. «21:38». Y vuelve la vista a ella.

—¿Estás lista?

—¡Sí!

Después de unos segundos sucede el espectáculo, se deslizan las paredes de acero y se vislumbra un cielo iluminado con líneas curvas color verde y violeta.

—Woah, ¿qué es eso? —pregunta la pequeña.

Impactado por los colores, Adalberg aguarda sin articular palabra. Se trata de uno de los fenómenos más bellos del perihelio: los estragos de Sōwilō en el planeta. El plasma de la estrella, compuesto por electrones, protones y partículas *alfa* con energías térmicas de entre dos y diez electrovoltios, sale despedido escapando de la gravedad del astro a causa de las altas temperaturas y la energía cinética. Las partículas cargadas viajan y con suerte chocan con la magnetosfera planetaria y quedan atrapadas colisionando con átomos y moléculas. Sólmundur se equivoca al hablar en contra de un gobierno central. Es lógico girar alrededor de una entidad pesada y ver afectación por sus caprichos. Todos tenemos un amo incontrolable. Y de la cercanía con este dependen nuestras vulnerabilidades.

—Adalberg, ¿desconoces lo que es?

—Es una aurora boreal. La he visto menos de diez veces a lo largo de mi vida.

—Ahora entiendo tu reacción, te gusta mucho —arguye, satisfecha—. ¿Pero no es arriesgado asomar con el cielo así?

Él pestañea incontables veces.

—Es apabullante, no peligroso. Siento gratitud de poder contemplarlo. ¿A ti te asusta?

La niña niega con la cabeza.

—El cielo no —dice y con sus siguientes palabras lo obliga a regresar a la dolorosa realidad—: lo que me preocupa es que falta la nave.

—Es verdad. Salgamos a divisar mejor el terreno.

—Está bien. ¿Me guías?

Adalberg se enternece, sonríe para sí mismo y la toma de la mano. Andan despacio hasta llegar a la exterioridad de la estructura. La calidez de una ficticia parentalidad le da la fuerza para continuar, no obstante, también evoca la desazón por saberla perecedera. Piensa en Lara, Dagur y, en particular, en un pasado con Sunna.

A sus espaldas se cierran los últimos muros.

Fascinada por lo que sus sentidos perciben, Ísidore se suelta y se pone de cuclillas para tocar el suelo. Él la mira con intriga y trata de adivinar sus intenciones, mas solo parece interesada en palpar las texturas.

—¿Es como lo esperabas?

—Sí, es exactamente igual.

La pequeña vuelve a ponerse de pie, se sacude la arcilla y toma de nuevo la mano de Adalberg. Lo inesperado no tarda en ocurrir. De manera repentina se abren las puertas por las que han cruzado antes. El ruido los desconcierta y ambos voltean sin disimular sus caras de espanto al ver la figura de alguien saliendo.

—Los alcancé —dice el recién llegado a través del intercomunicador externo—. Woah, el cielo.

Es la voz de Val, reconoce Adalberg a pesar de la agitación.

—Presidente —saluda a su hermano regulando sus emociones. Entretanto, una tímida Ísidore se esconde detrás de él.

—¡Idiota! ¡Vi la escafandra tirada sobre el equipo de traslado y no tienes idea el susto que me dio! ¡¿Qué se supone que hacen sin protección?! ¡¿Perdiste el juicio?!

—Tenemos puesto un neurotraje cedido por los seres multidimensionales —contesta calmado.

—¿Neurotraje? ¿Qué diantres es eso?

—Tampoco soy un experto. Solo sé lo que acabo de mencionarte.

—¿Lo puedo analizar? —replica enojado.

—Indicaron que es conveniente hacerlo luego. Asumo que un examen afectaría su funcionamiento actual —verbaliza, mas al instante le envía: «¿Estás bien? Tenías el nanoimplante interferido. Supuse una intervención externa».

Val pretende llevar su mano izquierda a la cara en un movimiento inconsciente típico de sus estados de desesperación, pero la escafandra se lo impide. Le enfurece la situación. Aprieta la mandíbula y hace sonar los dientes.

«Me hicieron perder tiempo para corporizarme y mostrarme la ubicación de la nave».

«¿Y dónde está? Íbamos a buscarla».

«Al norte».

Ísidore se encuentra aterrada. Val recién recae en su presencia y refunfuña arrepentido de haberse mostrado agresivo. Si tan solo pudiera regular su temperamento.

—Te presento a Ísidore Liljadóttir —Adalberg la nombra formal, luego orienta su mirada hacia ella y descubre pánico en sus pupilas. Se conmueve y se acuclilla para nivelar su estatura y hablarle—. Es gruñón, empero, vino a ayudarnos. Él es el presidente de la Base Norte y también mi…

—Ísidore Liljadóttir —pronuncia su hermano, interrumpiendo—, es un gusto conocerte. Sé la localización de la nave.

Ella se reserva comentarios, aunque es evidente que el dato le ha suscitado una grata sorpresa.

—El presidente Valdi me ha dicho que debemos movernos al norte.

—Sí, justo hacia allá —señala él—. Veremos la nave cuando estemos a pocos metros. Vamos.

Adalberg le sonríe a Ísidore y le pregunta: —¿Quieres que te cargue?

—Bueno —contesta y se sube sobre sus hombros.

Iluminados por la aurora boreal, empiezan a andar en el territorio a un ritmo constante.

«¿No crees que la infantilizas demasiado?», cuestiona Val.

«¿Infantilizar, dices?».

«Le confieres cualidades absurdas. Puede caminar».

«Con dificultad. Parece que el desarrollo de su motricidad gruesa es bastante lento».

«No me lo habías reportado».

«Me percaté hace poco. La he visto tropezar».

Escuchan un particular crepitar bajo sus pies y eso les da una pauta sobre la superficie. Pisan vegetación.

Val suspira.

—Ya estamos cerca —advierte.

—¿Qué tanto, presidente? No diviso nuestro objetivo.

—Unos cincuenta metros más —contesta y añade a través del B102: «por cierto, ¿qué hacías en las residencias? ¿Fuiste por Dagur?».

«Sí. Tuvo otro episodio. Me disponía a llevarlo al laboratorio antes del incidente de Ísidore».

«¡Qué conveniente que estuvieras ahí!», insinúa su hermano, no obstante, el nanoimplante elimina el tono emocional del mensaje y a Adalberg se le complica identificar su intención y si tiene alguna cuota de cinismo.

«¿Crees que usaron a Dagur como anzuelo para atraerme al lugar?», interroga, a la vez que trata de apaciguar su tic nervioso que ha aparecido durante unos insoportables segundos.

«No me extrañaría que nos utilizaran como fichas. Incluso ahora».

«Si desconfías de ellos, ¿qué hacemos aquí? Tú nos llevas a su encuentro».

—¡Ahí están! —exclama la niña, frase que obliga a sus acompañantes a detener el paso.

—¿Dónde? —pregunta Adalberg.

—Tampoco los veo. Deberíamos estar en la zona.

—¡Ahí! —Ísidore muestra con el dedo un espacio en apariencia desocupado.

—*Nos mostramos cuando deseamos ser vistos* —balbucea Val.

—¿Qué? —Adalberg cuestiona sin entender.

—¿Puedes bajarme? —la pequeña solicita sin contener su regocijo.

—Sí, pero mantente cerca —le advierte, mas en un instante de discusión entre hermanos, ella se escabulle y corre hacia la nave.

—¡Ísidore! ¡Ísidore! —gritan Valdi y Adalberg al percatarse y la persiguen.

Quedan asombrados cuando la silueta de la niña desaparece frente a sus ojos. Dan manotones en el aire tratando de asir un cuerpo que ya no está.

Cansado, y tras varios minutos, Adalberg cae vencido de rodillas en la planicie. S*icut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum. Amen*. Enséñenle ciencia más allá de nuestras posibilidades, piensa recio, para que lo recepten. Se acuesta. Percibe el olor a canela. O a hormigas muertas. A dos metros, Valdi se ha quitado la escafandra y empieza a revolcarse en la tierra. Con su histrionismo logra el cometido de acaparar la atención. Luce abatido, aunque libre. Adalberg ni siquiera se enoja, le deja hacer lo que le plazca. Ha perdido el interés en protegerlo. Si es por él, que se enferme. Mira en dirección al cielo, ahí donde se evidencian las secuelas de la actividad de Sōwilō.

Mentira.

Mentira.

Mentira, Adalberg se arrepiente. Se precipita a tomar la escafandra, pues necesita convencer a su hermano de ponérsela.

FLORITURA

Dagur duerme. Y en su sueño aparecen dioses objetivados mediante intérpretes que defienden lo sagrado de su esencia musical. Dagur duerme y sueña con sus cuidadores. Dagur duerme y sueña con pequeñas luces que se elevan. Dagur duerme y sueña con memorias artificiosas de cuando tocaba violín. Sunna le sonríe gentil y le dice que lo ama.

[1] Cántico arcaico en lengua muerta, se sospecha origen religioso.
[2] Prototipo B. Modelo 102. Diseñado para el mejoramiento de las funciones biológicas. Licencia del Laboratorio Börn Eyjarinnar. Base Norte.
[3] *Homo sapiens sapiens*, especie en extinción filética, conocida con la denominación genérica de humano.
[4] Término despectivo para denominar al *homo eusocialis*, especie de la familia de los homínidos que posee un alto grado de altruismo y cooperación social, así como un fenotipo característico que lo diferencia de sus parientes *homo sapiens sapiens*.
[5] Auxilio.